

EL
SUEÑO
DE LAS
MARIPOSAS



LAS ALAS DEL TIEMPO
PARTE 1

DANIEL PANIAGUA



EL
SUEÑO
DE LAS
MARIPOSAS

DANIEL PANIAGUA

EL
SUEÑO
DE LAS
MARIPOSAS

LAS ALAS DEL TIEMPO
PARTE 1

NOVELA



EL SUEÑO DE LAS MARIPOSAS

© Daniel Paisa Paniagua, 2015, por el texto

El sueño de las mariposas, se inscribió en 2015 en el registro central de la propiedad intelectual de Valladolid, España, pasando a declarar lo siguiente:

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación, o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo por escrito del autor y/o de Jezebel Editorial, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor.

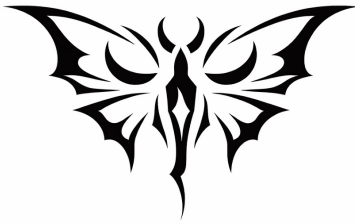
Primera edición: 2026

Editorial: Jezebel editorial

Diseño de cubierta: © Jezebel editorial

Las imágenes incluidas en esta obra, tanto en portada como en interior, han sido creadas mediante herramientas de inteligencia artificial y forman parte del proceso creativo. Estas imágenes no forman parte del copyright del libro, de Daniel Paisa Paniagua o de Jezebel editorial.

Creado en España.



Por último, imaginó cómo sería, en el futuro, esta pequeña hermana suya, cómo sería Alicia cuando se convirtiera en una mujer. Y pensó que Alicia conservaría, a lo largo de los años, el mismo corazón sencillo y entusiasta de su niñez, y que reuniría a su alrededor a otros chiquillos, y haría brillar los ojos de los pequeños al contarles un cuento extraño, quizás este mismo sueño del País de las Maravillas que había tenido años atrás; y que Alicia sentiría las pequeñas tristezas y se alegraría con los ingenuos goces de los chiquillos, recordando su propia infancia y los felices días del verano.

Alicia en el país de las maravillas, Lewis Carroll

Un antiguo cuento, dice así:

«Un joven analfabeto, para disminuir su carencia, le dice a otra persona:

—Yo sé escribir... pero no sé leer.

Su interlocutor asombrado por la confesión le pide que escriba algo en un papel. El joven analfabeto toma un lápiz y garabatea extraños trazos sobre una hoja en blanco. Cuando concluye, el interlocutor toma su escrito y, asombrado, le pregunta:

—¿Pero qué dice aquí... no entiendo nada?

Soberbio el analfabeto le responde a viva voz:

—¡Te dije que sé escribir... pero no sé leer!»

Había una vez, hace muchos años en una remota y pobre aldea ubicada en lo profundo de un hermoso valle, una débil e inocente niña que casi nunca salía al campo a jugar.

Alicia, que así se llamaba, vivía con sus padres en una pequeña casita de madera de dos plantas, quines apenas cuidaban de ella por sus oficios y que no le permitían salir de aquél lugar si ellos no estaban allí. Como solía ser todos los días, para Alicia, los oscuros y desgastados muros que delimitaban su vida en esa especie de cárcel, se con-

virtieron en el fin del mundo, como si no existiera nada más allá y el paisaje que podía llegar a contemplar a través de las escasas ventanas no fuera más que un cuadro hecho de pinceladas de colores vivos.

Aburrida en muchas ocasiones y encerrada en su pequeña habitación desordenada, Alicia pasaba las horas peinándose su larga y sucia melena negra, pausada y cautelosa mientras soñaba despierta en huir de aquél lugar triste y de aquella familia horrenda que la trataba como si nunca hubiese existido, como a un mueble barato en el rincón más inútil de su hogar.

A veces, en su imaginación, se escondía detrás de los matorrales de la casa y esperaba con impaciencia la llegada de la noche para escaparse de aquél terreno llano sin que nadie la pudiese ver. Una noche que la sorprendía con un frío aterrador y con un centenar de nubes en lo alto alrededor de una perfecta y escalofriante luna llena. Una copiosa lluvia, también, que lo invadía todo, precipitándose primero con brutal fuerza sobre el bosque que rodeaba la aldea y después sobre su piel con una suavidad abrumadora, incrustándose en sus huesos dejándola más helada que el propio frío, por dentro y por fuera, como un cadáver. Dejándola más muerta de lo que ella creía que ya estaba cometiendo aquella huida.

Un estallido de truenos resonaba entre la maleza como las bombas de una guerra y el cielo, du-



rante unos minutos, se iluminaba con rabia y con dolor. Asustada, Alicia permanecía agachada entre la maleza largos minutos que se convertían en horas. El viento, incluso, agitaba las ramas altas de los árboles cercanos produciendo una decena de sonidos inquietantes que la atemorizaban aún más acelerándole vertiginosamente las pulsaciones de su corazón. La pequeña, de forma inconsciente, colocaba la palma de su mano derecha sobre su rostro empapado intentando deshacerse en un alarde de fuerza mental de todos los miedos que la rodeaban y que se abalanzaban sobre ella como a una presa fácil. Pero ya no era capaz de sentir ni su propia piel. Los dedos parecían habérsela caído de la mano igual de silenciosos que las hojas del otoño.

Normalmente, en aquellos sueños diurnos, sentía el calor del fuego en la nuca, los brazos pesados como dos grandes moles de piedra y sus ojos claros tan doloridos como perdidos en la oscura lontananza hacia la que no se atrevía a encaminarse. La espera interminable bajo aquella aciaga noche y el miedo atroz de las posibles represalias de sus padres si aquella decisión salía mal la cansaban. Pero sobre todo estaba cansada de su triste existencia y de las lágrimas aún más pesadas que las gotas de agua de aquella lluvia infernal, las que acudían a ella, como el hambre, varias veces al día.

Un grito de Apolonia, su madre, desde el cuarto de estar en la planta inferior, solía arran-

carla brutalmente de su ensimismamiento, y si ninguna ofensa personal hacia su persona o hacia su físico acompañaba al grito desesperado de su nombre, se podía considerar un milagro.

Alicia, que por evitar un mal mayor acudía rápido a su llamada, no era ni mucho menos una niña fea. Su delgado cuerpo siempre se adornaba de un largo vestidito negro en tirantes que la cubría hasta las rodillas, dejando parte de sus piernas de magnífica seda blanca al descubierto. Unos zapatitos planos y desgastados del mismo color a los pies y un lazo conjuntado anudado a su melena descuidada. Las facciones de su cara, eran al mismo tiempo aniñadas e inocentes y serias y melancólicas. Tan inofensivas como desesperanzadoras. Agridulce. Educada, no obstante, en lo poco que se la permitía hablar, y rebosante de un elixir que sus padres se esforzaban que no pusiera al descubierto: su simpatía.

La madre de Alicia tenía la fortuna y la desgracia de trabajar para un señor ya casi postrado en su lecho de muerte; un arrugado anciano que la acometía semanalmente la tarea de escribirle unos pequeños cuentos de amor que recordaran su infancia. Apolonia, muy disciplinada con esos mandatos, recibía a cambio las cuatro monedas que le faltaban a la familia para sobrevivir cada día, o para darse los caprichos materiales más vulgares a costa de las necesidades más básicas y necesarias de su hija.

Apolonia, era una señora que no descuidaba un segundo su apariencia y que se entregaba día y noche, como si la vida se la fuera en ello, a su apreciada pluma y a sus papeles en blanco. Cuando Alicia acudía a su llamada, situándose firme y callada frente a su mesa de trabajo, Apolonia, sin separar sus ojos maquillados de la superficie de madera roída, le ordenaba que la trajese un vaso de agua, cuando no, un puñado más de papeles limpios que solía esconder en el mismo baúl en el que guardaba sus impolutos vestidos. Alicia, obediente, silenciosa como un fantasma a través de pequeños y oscuros pasillos, tan pronto iba como venía. Apolonia que sin mirarla durante un segundo arrancaba las hojas de su mano, no se detenía en su labor apenas ni a respirar y la niña, curiosa de aburrimiento, la podía contemplar allí de pies en el más sepulcral silencio durante largas horas.

Borriones y formas raras que nunca llegaba a entender, aquellos trazos maternos iluminados apenas por una esquelética vela se hacían para Alicia toboganes de diversión en los que podía, por una vez en su vida, saltar, correr y reír. Otras veces, cuando Apolonia releía su manuscrito en susurros que la niña podía escuchar, era su propia voz la que la transportaba a paraísos en los que nunca había estado y en donde podía ser libre, en donde podía crear un mundo a su medida, más o menos de la misma manera que lo hacía cuando



soñaba en su cuarto presa de un miedo que ahora ya no la invadía.

Había una carta a la que Apolonia prestaba habitualmente mucha atención y que a Alicia siempre le gustaba escuchar, y que decía:

Mi querido hijo; mi lejano amor. Tus quince años ya deben de ser una inmensidad gloriosa que espero sigas compartiendo con los señores de Montero; son buena gente. La Bourjourns no es gran cosa, en cambio, casas extraviadas y campos secos, y aún más en estos días desolados del año. ¿Qué tal la villa? ¿Sigues visitando la tienda de Don Rafael?; yo le echo de menos: el olor a viejo, la luz en penumbra... en realidad echo de menos todo lo que dejé atrás. Aquí soy muy desgraciada y, como presuponía, la guerra me está matando. Perdona que sea tan franca contigo cariño pero ya nada queda en mí que la sinceridad de mi estupidez, y tu amor, tu amor... ¡Perdóname!, por favor... ahora, ahora ya todo ha acabado.

Papá ha muerto, hará no más de un año, entre sus cuadros, entre su egoísmo, cerca de una pequeña iglesia parecida a la de... bueno, da igual. Quise decírtelo en su momento pero la situación se torció, si bien ya lo estaba, y ahora ya todo ha acabado. Pero no llores por favor.

Mi querido hijito, te quiero tanto... sabes, a veces, cuando por la noche todo queda preso del silencio, recuerdo tu sonrisa desahogada en mi cama, tu piel acariciándome en un abrazo, tus ojos leyendo cada parte de mi ser, concentrado, privándome del placer de relacionarme con tu mente. Pero sé que eres inteligente, el extraño valor que siempre faltó en mi familia, y que tú posees. Mi niño...

Desearía decirte tanto... desearía tanto volver a estar ahí contigo, pero ahora es imposible, y todo esto me parece muy violento pero... es... es complicado, mi niño, mi ni-

ñito mío. Digamos, como un artista, que la difusa percepción de los recuerdos hoy no es más que una cortina sombría en la que deposité la esperanza de un futuro mejor para aquello que llenaba el vacío de un mundo en destrucción.

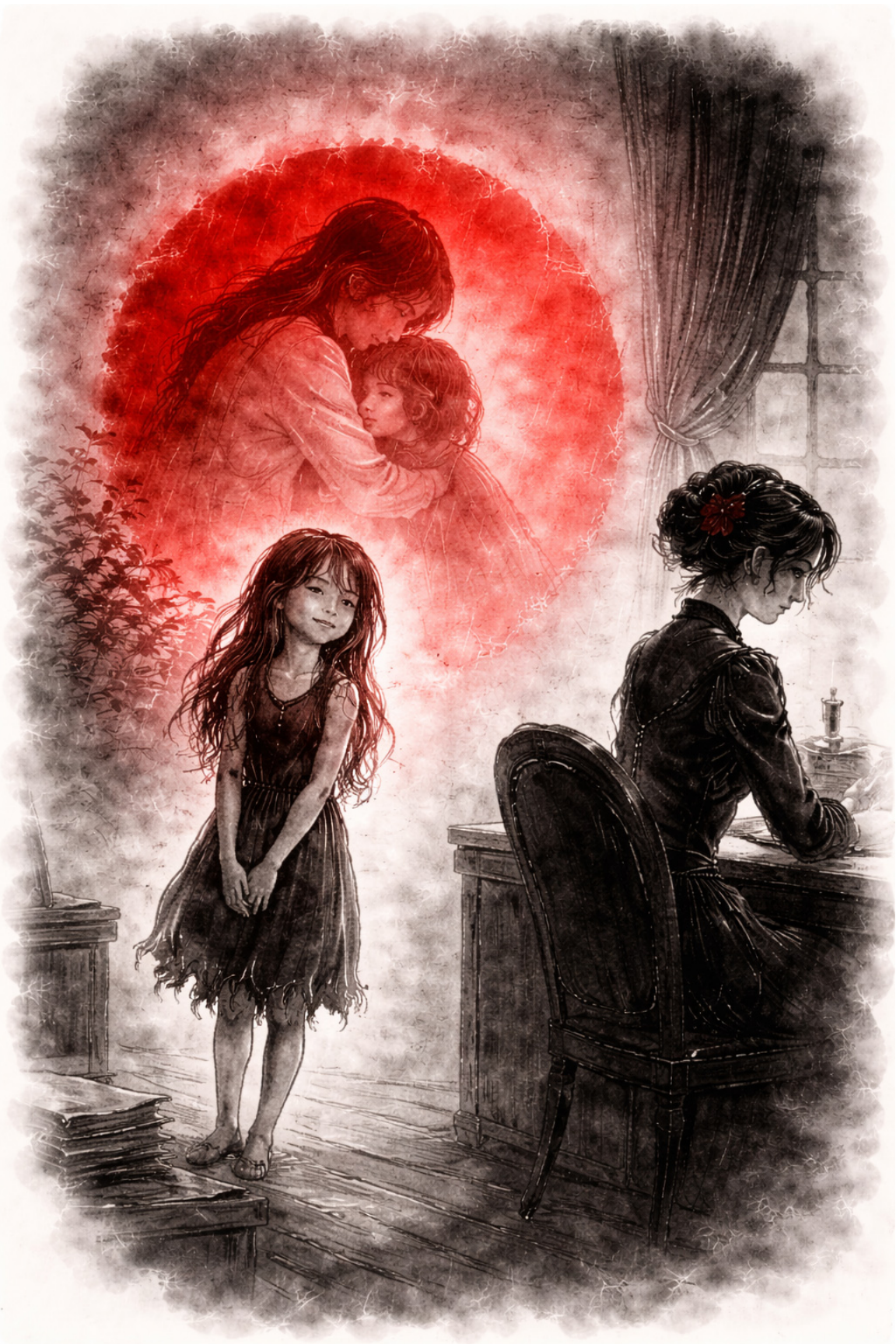
Espero que algún día lo entiendas. Pues parece que el mundo ya se ha terminado de destruir; ya todo es calma, paz, y mi vacío sólo está lleno de ti; te quiero. Siempre te querré.

Para Alicia, que nunca había recibido un cariño tan amoroso como lo hacía aquél niño de la carta, palabras como «mi amor» y «te quiero» eran un baño de agua caliente en el que chapoteaba sin fin. Su imaginación, que volvía a resurgir, la mantenía inmóvil frente a aquella señora despiadada y horrenda que tenía por madre mientras la mujer que su ronca voz había creado la abrazaba tiernamente mientras la susurraba al oído lo mucho que la quería.

— Mi niñita, te quiero. Siempre te querré —le decía.

Alicia, con la sonrisa de oreja a oreja, no cabía en su felicidad teñida de un inmenso cielo azul que casi podía llegar a tocar, y un arco iris gigante que pronunciaba el final de las lluvias de las noches pasadas.

A veces, en su enérgica alegría, la niña iba y venía, subía y bajaba por la casa transformada en una enorme mansión; acalorada, jovial, con el cabello libre al viento, cerrando una puerta y abriendo otra, procurándose al mismo tiempo golpes y satisfacciones. Su nueva madre, siempre tras



ella, ordenaba su caos recogiendo constantemente ropa del suelo, de la cama, de los armarios. La extendía sobre una mesita aparcada en mitad del vasto pasillo de la planta superior y la doblaba con esmero: una vez, dos veces, cuantas hicieran falta hasta que quedaran sin arrugas sus camisas de doble cuello o los pantalones de media talla.

Pero la alegría de Alicia como casi siempre, no duraba mucho, y esa habilidad de evadirse a mundos ficticios que había adquirido pasaba tan rápido como cada mañana lo hacía su padre frente a ella al marcharse del hogar. Algo así como una bruma amarillenta que convertía mágicamente la mesita de la planta superior en donde su madre buena doblaba ropa, en la mesita de la planta inferior en donde su madre mala escribía sin parar.

Hojas y hojas caían como las de los árboles en el otoño. Apolonia llenaba incluso delgadas encuadernaciones que apilaba en una pequeña banqueta de madera roída y sin respaldo situada junto a la mesa, y los que repasaba de uno en uno cada poco tiempo por si algún ser extraño hubiera podido entrar en aquella casa que cerraba a cal y canto y se los hubiese robado. Y aun así, con todo, la mujer siempre prudente, solía prevenir a Alicia de que no se acercase a tan endeble y rústica estructura por nada del mundo, la que quería más que a su propia vida, y de que nunca dejara entrar a la casa más luz que la que podían iluminar las velas junto a las que pasaba más horas que con ella.

La casa, siempre desordenada y en penumbra, parecía un cementerio viejo habitado, evidentemente, de gente sin alma y sin corazón, y en donde siempre flotaba por el aire algo perverso, tétrico y malicioso que se comía desde la paciencia, hasta el color de los muebles. El cuartito de Alicia era el único que, en ocasiones, solía respirar aires nuevos llenándose de una luz que a la pequeña, no acostumbrada, hacía daño a los ojos.

Cuando Apolonia harta de su presencia junto a sus papeles y a su mesa de oficio la mandaba al mismísimo diablo, Alicia siempre se recluía en su pequeño cuartito al final del pasillo de la segunda planta. Desde allí, además de ver pasar las estaciones, oía los furiosos regresos de su padre bien entrada la noche, con una estela de portazos y palabras malsonantes que hacían temblar las pestañas y los cimientos.

César, que se dedicaba a oscuros negocios de los que nunca se sabía nada y que le llevaban de aldea en aldea, era un hombre áspero creado de arraigadas creencias religiosas y por las que prefería discutir con su mujer o su hija antes que con Dios. Una especie de Satanás trajeado que al llegar a su particular infierno debía de tener a su disposición un buen plato de sopa caliente sobre la mesa y de carne fresca sobre la cama. Tras la cena, el placer y, de forma muy habitual las discusiones con su esposa por cualquier tema que solía carecer de trascendencia, César volvía a salir de la casa para



no regresar hasta altas horas de la madrugada con el traje manchado de sangre, el pulso acelerado y dos tragos de más circulando por sus atrofiadas venas. A la mañana siguiente, cuando Alicia se despertaba, él ya no solía encontrarse allí, pero un recuerdo de abundantes moratones sobre la cara de su madre casi nunca se ausentaba para ofrecerla los buenos días.

Alicia también solía amanecer con la cara hinchada, para su media tranquilidad, provocado por los duros cojines sobre los que dormía, con los ojos rojos de llanto también y su vestidito negro aún más arrugado que el día anterior. Su alcoba se componía de tres zonas claramente diferenciadas. Por un lado la cama roída sobre la que descansaba, fantaseaba y, en su mayoría, lloraba. En el lado opuesto, apoyado sobre la pared y elevándose apenas un palmo sobre el suelo, un sucio espejo por el que se reflejaba la miseria y la mala suerte. La tercera zona y, con mucho, la mejor, era la ventana de vidrio emplomado a través de la que podía ser un poco más libre y más niña. Ésta, que permanecía abierta toda la noche mientras Alicia dormía y que nada más despertarse con los primeros rayos de sol la cerraba para evitar que su madre se enfureciese, se componía de dos portezuelas con escuadrías de madera rojiza sobre las que la niña solía dibujar plantas, animales y seres extraños con las yemas de sus dedos hasta que éstos adquirían el mismo color de la ventana o hasta qué, como de

costumbre, su madre vociferaba desde la lontananza reclamándola a su vera.

Uno de esos días, mientras Alicia acometía el mismo mandato que su madre la ordenaba cada pocas horas, descubrió algo sorprendente.

El aposento de César y Apolonia era un lugar terrorífico en el que apenas se podía respirar y al que la pequeña Alicia tenía que entrar con una vela por delante y otra por detrás. El arcón en el que su madre guardaba sus amadas hojas de escritura se encontraba en el rincón más alejado, hasta donde la niña, para poder llegar, tenía que introducirse por entre un centenar de obstáculos de los que a veces no llegaba a percatarse y los que la masculaban la piel, los huesos y la voz entre el silencio sepulcral.

Aquél preciso día, casualidad, fortuna del destino o, simplemente, un descuido, Alicia tropezó en mitad de la habitación camino del baúl de Apolonia, precipitándose duramente contra el frío suelo, cuyo golpe apagó súbitamente una de las dos velas que portaba. La otra, aún en las manos de la pequeña tendida como un espantapájaros sobre la madera, apenas iluminaba el borde de un pequeño librito que asomaba junto a la sombra de una de las patas de la cama. Más curiosa que dolorida y arrastrándose varios centímetros, Alicia lo rescató de la oscuridad y del polvo y se irguió para poder observarlo mejor sentada al borde del cochambroso colchón.

La encuadernación, de desgastado cartón negro, rezaba mágicamente en su cubierta una inscripción en letras mayúsculas doradas algo deterioradas por el tiempo, y que decía: ALICIA. La niña, analfabeta, supo al momento, como dictado por la sublime voz de un ángel, que aquellas letras que no se parecían en nada a las que solía ver escribir a su madre, significaban su nombre. Pero su mayor sorpresa vino cuando, a continuación, al abrirlo, descubrió que estaba vacío. Completamente vacío desde la primera hasta la última página. Alicia, consciente de que no sabía leer, durante un buen rato pensó que quizá, lo que ocurría, es que no entendía lo que fuera que allí estuviera escrito; lo que fuera que aquél libro contara. Pero no era así.

Las hojas que componían aquél compendio antiguo eran más blancas que la tersa piel de Alicia; ni siquiera un rastro del mismo polvo que cubría su exterior había penetrado dentro, y a parte del nombre de la cubierta, ninguna letra, palabra o frase más podía leerse.

La pequeña e intrigada Alicia, pese a saber que ya se demoraba en el encargo de su madre y conteniendo la respiración, no dudó en permanecer un instante más frente a aquél objeto, estudiándolo a su manera por arriba y por abajo y por delante y por detrás. Pero, igualmente, no encontró ningún rastro de tinta o mancha salvo la que de forma enigmática esculpía su nombre: Alicia.



Cinco minutos después la niña averiguó, por desgracia, que ya se había hecho demasiado tarde, pero por primera vez desde hacía muchísimo tiempo parecía no importarla. La implacable voz de Apolonia volvía a resonar, como de costumbre, por toda la casa ahuyentando desde las arañas hasta los pensamientos. Un grito seco que se metía en los huesos y los hacía temblar casi hasta romperse.

—¡Mocosa, dónde están mis hojas! ¡No tengo tiempo para tus juegos! ¡Ven aquí ahora mismo!

Alicia, debiendo reaccionar en una décima de segundo, tomó la arriesgada decisión de esconderse el librito bajo su vestido negro, levantarse de la cama de un salto, depositar la vela sobre el suelo para poder agarrar cuatro o cinco hojas sueltas del interior del baúl de Apolonia y volver a recorrer corriendo y a oscuras el camino de obstáculos de regreso a la puerta y de ahí, a través del largo pasillo, a la mesita de escritura de su madre en la sala de estar.

Cuando la niña llegó allí, Apolonia la observaba fija y duramente, con una mano sosteniendo la misma pluma de siempre y la que parecía moverse sola, y con la otra extendida a Alicia con la palma renegreada hacia arriba.

La pequeña, que se abrazaba a sí misma con el brazo izquierdo rodeando la cintura como si le doliese el estómago o la barriga, ocultando el extraño librito, entregó, como un juez al tomar una

sentencia final con la maza, el puñado de hojas a su madre y salió corriendo de su lado velozmente como ahuyentada por un trueno, un disparo o una bomba cuya onda expansiva la atrapó sin que apenas pudiera darse cuenta, como si de una hora de su vida sólo hubiera transcurrido un segundo en la de su madre, la que pronunció cuando la pequeña ya se creía a salvo de su enfado:

—¿Qué te sucede? ¿Por qué te aprietas tanto la tripa con el brazo?.. ¡Contesta!

Alicia, inmóvil a un par de metros de su madre, asfixiada de pavor, presa indefensa de una fiera criatura, con un nudo en la garganta y una lágrima en los ojos, con un hilo de dulce y delicada voz contestó:

—Me duele mucho la barriga...

—Vete a tu alcoba y métete en la cama. Mañana ya no te dolerá —ordenó la mujer al instante, aún con la mano que portaba las hojas que le había traído su hija extendida y mientras ya desviaba su mirada de ella para continuar con sus labores.

La niña, que no tomó en broma la orden de su madre, reemprendió su carrera de camino al cuarto, subiendo las tenebrosas escaleras que conducían a la segunda planta y atravesando otro oscuro y terrorífico pasillo.

Ya en su estancia, iluminada apenas por una perfecta luna llena que se incrustaba a través de la ventana abierta de madera rojiza, Alicia, como en estado, se liberó lentamente del peso que escondía



bajo su vestido negro, de su dolor de barriga, volviendo a observar el bendito y enigmático regalo como hacía unos minutos, sentada ahora en su cama mientras la inscripción dorada de la cubierta del librito cubría sus pupilas por completo.

¿Qué era ese objeto? ¿Una encuadernación más de Apolonia en donde escribía cuentos y memorias? ¿Pero, por qué estaba allí el nombre de Alicia? La niña aún no daba crédito. Era como si en sus ensoñaciones se encontrara delante de un lugar muy hermoso, pero perdida sin saber dónde, ni cómo, ni por qué. Un inmenso bosque de densa vegetación que se despejaba hacia el interior silencioso, mudo, a través del que caminaba durante horas abriéndose paso entre la vegetación en penumbra con un cuchillo afilado. Horas y horas de expedición que sólo la conducían a un pronunciado barranco del que no distinguía fondo, y al que se precipitaba en una caída al vacío veloz e interminable, que acababa despertándola con un golpe de cabeza sobre al abismo blanco e impoluto de las hojas vacías de aquél librito, de su posesión como bien indicaban las letras de la tapa acartonada, al que no encontraba ni pies ni cabeza. Y fue entonces, cuando sumida en esa profunda confusión, se acordó de una de las tantas historias que su madre leía en susurros sobre la infancia de aquél hombre para el que trabajaba.

Era una historia que comenzaba en una época no mucho más remota a la de la carta amorosa que

tanto le gustaba a ella escuchar simulando abrazos y besos de una madre ficticia, cuando un apuesto muchacho se disponía a abandonar el lugar en el que había vivido toda la vida con sus tíos para encontrarse a decenas de kilómetros al norte con el cadáver de su madre, muerta dos días atrás, y de la que solía tener noticias por carta semanal o mensualmente.

Ramón, que así se llamaba el adolescente según Apolonia, camino de la estación minera en donde tomaría, gracias a un conocido y como si fuera una extracción más de los trabajadores de las cuevas mineras del lugar, el tren de vagonetas que le conduciría a aquél encuentro amargo, se detenía en el establecimiento de don Rafael, una pequeña papelería a unos doscientos metros de la mansión de sus tíos, los señores de Montero, para despedirse de su dueño y amigo, un hombre de mediana edad, calvo en parte y con unas gafas grandes y ovaladas anudadas a un cordón marrón oscuro que siempre brillaba sobre su huesudo cuello, y para el que soltero y sin familia aquella tienda era toda su vida, su hogar, su confesionario y la casa de visitas que tanto apreciaba.

El muchacho, que nunca faltaba a su encuentro después de la escuela, solía llegar al negocio rompiendo el silencio con su voz nada más abrir la puerta principal, entre brincos y cánticos. Don Rafael solía recibirle con una gran sonrisa detrás de un mostrador estrecho situado al final del local,

entre el dinero que despreciaba y que, en parte, le daba la vida, y entre un puñado de libros gigantes de títulos extraños que solía guardar en la trastienda. Ramón iba siempre directamente allí, charlando con su amigo sobre el tiempo, las clases o los profesores que le instruían y a los que tanto odiaba. Durante media hora realizaba algún ejercicio de gramática o ciencias en una mesita redonda situada en medio del cuartucho, lleno de cajas cerradas de materiales para la papelería sobre las que se apoyaban hojas, mapas, rollos y decenas de libros polvorientos. Luego Ramón se ofrecía de dependiente, aprendiendo día a día el oficio, sustrayendo ideas de las conversaciones de la clientela, escasa, y gozando con las viejas historias del negocio que solía contarle don Rafael.

Pero aquél día en el que el muchacho se dirigía triste hacia la desgracia que le había deparado el destino a su madre, nada había sucedido así. Don Rafael, que le esperaba en el mismo lugar de siempre con el rostro serio, sabedor de lo sucedido, sostenía en una de sus manos un pequeño regalo envuelto en un trapo viejo.

Ramón, acercándose a él lentamente con los ojos llorosos y la piel pálida por el mismo pasillito por el que en otras ocasiones había corrido y saltado, le preguntó con la voz temblorosa:

— ¿Qué oculta usted ahí don Rafael?

— Yo lo llamo: diario, mi joven amigo, un conjunto de hojas en blanco encuadernadas que a mi

parecer, manteniendo las distancias, semeja la prensa local, sólo que en vez de aparecer en ellas las noticias trascendentes de los últimos días, se mantienen impolutas para que tú escribas las de los tuyos. Un regalo que deseo lleves contigo en este arduo viaje —contestó el hombre—. Si lo necesitas, espero que te desahogues en él como siempre lo has hecho conmigo amparados en ese cuarto de ahí atrás. Para que le cuentes como a mí, tu día a día, tus inquietudes, tus alegrías y tus penas. La consideración de este viejo, la fe y, sobre todo, el amor, va puesto en él. Recuerda que cuando le escribas será como si esta vez tú, me estuvieras contando una historia a mí detrás de este mostrador que te ha visto crecer, y así sabrás que no estás solo, compañero.

Ramón, asintiendo la cabeza levemente, se esforzó para dibujar una pequeña sonrisa de agradecimiento entre sus labios, mientras recogía el diario que le acababa de regalar don Rafael.

—Siento mucho tu pérdida hijo, y espero que vuelvas pronto —concluyó el hombre mientras Ramón, cabizbajo, que ya se dirigía hacia la salida, se perdía entre una inexplicable bruma que invadía desde los cuadros próximos a la puerta hasta los pensamientos de Alicia recordándolo en su alcoba oscura y tétrica.

La pequeña, que no cabía en sí por lo que acababa de descubrir, había adquirido un nerviosismo hasta entonces impropio en ella que la

llevaba, como a una marioneta, de un lado para otro del cuarto, dando saltitos y tumbándose a veces sobre la cama para después revolcarse sobre una alegría desbordante y en apariencia infinita que como había venido se iba y, es que pese a todo, aún la rondaban varias dudas de suma importancia sobre todo aquello que le impedían cerciorarse de su realidad, del hecho de que esa aventura tan increíble, genial y peligrosa le estuviera sucediendo a ella.

Alicia, que contaba con el factor en contra de que si su madre descubría que la faltaba aquél librito que ella había «robado» su vida, incluso, podía correr un grave peligro, aún no estaba segura por completo de que lo que poseía entre sus manos fuera un diario, porque aunque recordara la historia de Apolonia como si la hubiera vivido en sus propias carnes, ella, en realidad, nunca había visto uno.

Sin embargo, de súbito, tuvo una idea; una genial idea que la serviría para solventar sus dudas y la que no tardó en dar forma pese a la madrugada que se la había echado encima sin apenas darse cuenta; pero si su madre se había creído que la dolía tanto la barriga y la había mandado a su cama, pensó que no se extrañaría de que al día siguiente no se levantara hasta tarde.

Así, esa genial idea, en apenas unos minutos, cobró vida a partir de sus manos. Perspicaz, Alicia que no disponía de una pluma como su madre



para dar forma a las palabras que debía escribir en su diario, frotó los dedos contra la ventana de madera sobre la que solía dibujar a la mañana o al atardecer hasta que sus yemas adquirieron el color rojizo de casi todos los días. Era sensacional, mágico, y ya disponía del arma de guerra para su batalla, en la que inesperadamente no tardó en aparecer un nuevo enemigo; y es que, Alicia, no sabía escribir.

La pequeña, que dudaba en si debía de acercar sus dedos al papel o era el papel el que por arte divino dibujaría sobre sus dedos las palabras, había perdido la súbita alegría inicial, y es que a cada minuto que transcurría todo se le hacía más complicado atrapada en mitad de una encrucijada que le impedía tomar decisiones certeras como si debía de comenzar a escribir por la primera o por la última hoja, por arriba o por abajo, de derecha a izquierda o de izquierda a derecha, pero a la que no pensaba entregarse tan fácilmente, como tampoco lo haría al hecho, del que era muy consciente, de que no supiese escribir. O, al menos, eso se había empeñado en creer. Puesto que nunca antes había escrito nada, ¿cómo sabía realmente que no sabía escribir?

Alicia no iba a darse por vencida tan pronto, y si de algo habían servido las tardes interminables en posición de «¡firmes!» frente a la mesita de su madre era, precisamente, para ese momento, e imitándola se aventuró a su fiel propósito.



Con el librito abierto sobre su cama por la primera hoja y la tenue y placentera luz de la luna iluminándola, la pequeña Alicia deslizó el primero de sus dedos de la mano diestra por su superficie y lo arrastró hacia la derecha, balanceándolo de norte a sur de cuando en cuando como solía hacer Apolonia. Cuando una línea concluía cambiaba el dedo con el que escribía y comenzaba de nuevo otra unos centímetros más abajo con el mismo *modus operandi*. Variaban a veces las formas que se transformaban de líneas rectas en círculos y de círculos en ondas o en cordilleras de altos picos. Letras y palabras ilegibles en todo caso pero que cobraban un gran significado para la pequeña Alicia, que las escribía dictadas por una mente confusa y entusiasmada de nuevo por los últimos avances.

Líneas y líneas corrían veloces como las de una auténtica profesional. Una palabra que era una curva hacia la derecha y un punto, y una frase que estaba formada por una gran línea recta con dos rayas verticales de por medio. Alicia sólo se detenía cuando las yemas de todos sus dedos perdían el color rojizo de la ventana, hacía la que se tenía que acercar para volver a frotarlos contra ella, o cuando se le agotaban las ideas sobre lo que escribir.

—Don Rafael le había dicho a Ramón que escribiera en el diario que le había regalado, como si se lo estuviera contando a él, su día a día y sus in-

quietudes —susurraba a veces—. Sus alegrías y sus penas también...

Y haciendo caso a esas palabras que le quedaban demasiado lejanas se volvía a tirar de cabeza contra el fondo blanco del librito.

Ahora, mi diario, te voy a contar una pena de mi vida, porque alegrías no recuerdo ninguna —escribía sin pausa y tan rápido como pensaba, trazando de la palabra «ahora» medio círculo con una raya diagonal y otra vertical y de «mi diario» un triángulo seguido de un gran y extraño cuadrado—. Hoy mi madre no se ha movido de la mesa en todo el día, ni para ir al servicio ni para comer. Cuando me ha mandado a por unas hojas a su cuarto y casi me pilla robando uno de sus cuadernos la he dicho una mentira muy grande: que me dolía la barriga; pero la verdad es que ahora sí que me duele, porque yo tampoco he comido nada. Los armarios están vacíos. Oí decir a mi padre que iba a traer algo de pan pero es que aún no ha llegado a casa y es bien tarde ya. Pero por una parte lo prefiero porque cuando él está en casa sólo se oyen gritos e insultos. De esta manera, aunque sólo haya silencio, es mucho mejor. Y así, también, me puedo concentrar mejor mientras te estoy escribiendo y contándote estas cosas. No sé si lo estaré haciendo bien. A mí me gusta como está quedando, pero la verdad es que no sé a quién estoy contando mi vida. Ramón se las contaría a don Rafael mientras iba en busca de su mamá, pero a mí nadie me ha regalado este diario. Me lo he encontrado. Bueno... o lo he robado; ya no sé. En cualquier caso era de mi madre y seguro que ni ella misma sabía que se encontraba debajo de su cama porque cuando se trata de las cosas de trabajo suele ser muy cuidadosa.

Nunca he conocido a nadie más que no fuera mamá y papá porque nunca va nadie por casa de visita, pero ese hombre para el que trabaja mi mamá debe de ser muy afortunado. Pasa más tiempo preocupado por él que por mí; pero ya no me importa. Antes sí, pero ahora no. Ya he aprendido a estar entretenida casi todo el día y no me suelo aburrir mucho. Mamá suele ser muy dura conmigo y siempre está mandándome tareas que me llevan de un lado para otro de la casa y que, en el fondo, me resultan muy divertidas, porque aunque tenga ganas de reírme o de hacer una mueca en mi cara me debo aguantar. Si mamá me viera o me oyese no sé qué podría pasar.

Mamá tiene que disponer de sus mandados en un abrir y cerrar de ojos y yo, que no puedo ir corriendo porque el ruido que provocaría sería grandísimo, de repente me convierto en una ladrona de bancos, por ejemplo. Camino de puntillas mirando de un lado para otro a través de la oscuridad de la casa, haciendo como que viene un agente de la autoridad y escondiéndome de él en completo silencio. Hoy por ejemplo el asalto ha sido a un negocio del papiro y, el botín, tú. Pero hoy si que ha faltado muy poco para que mamá me pillase. Te he conseguido esconder bajo mi vestido y, al final, he concluido la misión con éxito. Mañana espero que no me espere nada igual de complicado porque hoy si que ha faltado poco.

Ahora ya me voy a dormir. Es muy tarde. Papá aún no ha llegado a casa. Espero que esté bien y que no haga mucho ruido cuando entre, porque ahora ya sí que estoy cansada.

Los días venideros en la vida Alicia transcurrieron como aquél. Solía trasnochar un poco más y despertarse un poco más tarde, ya que era por la noche cuando podía escribir a su diario con más soltura y tranquilidad; cuando su madre ya

no la reclamaba. Apolonia cada vez más ocupada con los encargos del hombre de sus historias no sospechaba nada raro al respecto, como tampoco lo hacía sobre la desaparición del librito que Alicia rescató de su cuarto.

César hacía unos días que no se marchaba de la casa al amanecer, lo que extrañaba a la pequeña, y tampoco regresaba tarde de madrugada. No salía de casa ni para tomar el aire, lo que provocó que las presencias policiales de Alicia se multiplicaran rápidamente. Ya no sólo tenía que tener cuidado de su madre cuando ella se enfrascaba el papel de ladrona, sino ahora también de su padre, al que conocía menos que a Apolonia, pero al que sabía que tenía que tener un gran respeto, pues sus reacciones ante ciertos hechos eran mucho peores que las de su madre.

Así, con la casa invadida, Alicia, que jugaba a su modo un poco menos, escribía, también a su modo, un poco más, hasta que un nuevo giro de tuerca volvió a modificar desde su espacio hasta sus hábitos diarios.

Hace ya unas cuantas horas mamá me ha llamado a su lado —había «escrito» en su librito íntimo—, como de costumbre, pero no era para lo que yo me imaginaba. Papá también se encontraba allí y, cuando los vi a los dos juntos, me asusté como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Por un momento pensé que ya habían descubierto que había robado a mamá este diario, o que me quedaba a escribir hasta muy tarde con la ventana del cuarto abierta. Pero era algo mucho

peor, ya que me voy a tener que quedar sola en la casa durante varios días. Y una cosa es que ahora, con mi padre todo el día por la casa, no pueda jugar tanto como a mí me gustaría, y otra cosa es que la casa quede tan vacía que hasta me pueda perder con el silencio y la oscuridad.

Papá se marcha a una aldea lejana por nuevos negocios y mamá tiene que ir a la ciudad a por más hojas y cuadernos para sus escritos, por lo que en su ausencia no puedo salir de casa, ni comer en abundancia, ni desordenar nada, ni encender ninguna vela y, solamente, abrir una ventana de la casa para tener algo de luz durante el día, para después cerrarla a cal y canto al anochecer, momento en el que ya tendré que estar dormida en mi cuarto. Lo que viene siendo habitual. Sólo que hasta ahora nunca me había quedado sola en la casa. Siempre que mamá se tenía que ausentar estaba papá y al revés. Por lo que estoy algo asustada. Mañana por la mañana cuando despierte ya se habrán ido y, sólo espero que no me entre mucho miedo, porque aunque hasta ahora la presencia de mamá en casa fuera como la de un fantasma, yo sabía que estaba allí, y eso me daba seguridad. Pero aún quedan varias horas para que eso ocurra y en ese rato confío en que algún dulce sueño consiga tranquilizarme para amanecer como si no pasara nada.

Pero ni el color del cielo con el que abrió aquella mañana era demasiado esperanzador, sumida toda la aldea en una gran nube de ceniza rojiza que apenas dejaba pasar los rayos del sol, y que desprendía un olor que era capaz de matar hasta las bacterias. Alicia se despertó con él y con un nudo en el estómago que la provocaba pequeños retortijones, que se intensificaron cuando decidió abrir la ventana del cuarto para descubrir el motivo por el que el día estaba tan negro.



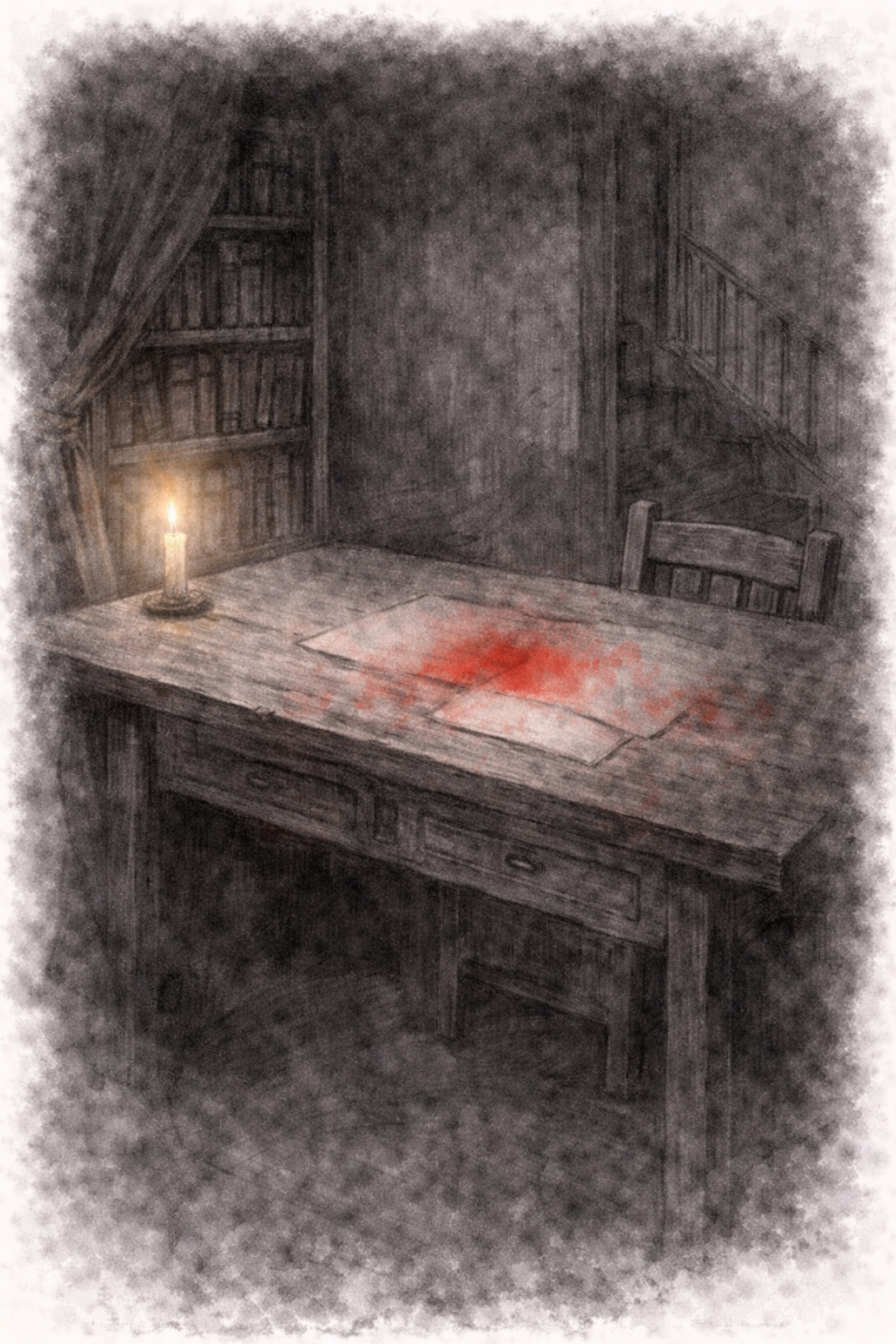
Su diario aún continuaba donde la noche anterior: en el suelo y junto a la cama, el mismo espacio del que disponía en el cuarto de Apolonia antes de que él y Alicia se hubieran conocido, porque aunque quisiera, no tenía otro sitio donde colocarlo, además, como había meditado aquella noche, así no podría caer más bajo de lo que ya lo había hecho perteneciendo a esa familia que era capaz de dejar abandonado sin piedad todo por ahí, como a ella.

Ni una nota de despido, ni un beso en la mejilla al amanecer... nada. César y Apolonia se habían marchado de la casa sin haberla dicho nada más que no fueran las ordenes a cumplir de la noche anterior, y habiendo desordenado un poco más la casa al preparar los equipajes, si se podía, con ropa tirada por el suelo por todos los sitios, muebles corridos de su lugar y, por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, la mayoría de las ventanas de madera rojiza parcialmente abiertas. Pero debido al horrendo día, cuando Alicia salió del cuarto, la casa seguía sumida en la misma tenebrosa oscuridad de siempre, y pese a los temores de la noche anterior la niña, en la soledad, no sintió miedo. Bajó segura y decidida a través de las escaleras que conducían a la planta baja e inspeccionó detenidamente cada zona deshabitada de la casa como si la estuviera contemplando por primera vez, con el rostro triste y dolorido, y es que a cada paso que daba los retortijones se hacían más

fuertes y la obligaban a doblarse por la mitad como una hoja de papel.

La mesa de trabajo de su madre estaba vacía en su totalidad y a los ojos de la pequeña parecía completamente diferente a la de días anteriores, como si Apolonia antes de marcharse la hubiera sustituido por otra, si cabía, mucho más sencilla. La casa en general parecía absolutamente diferente sin la presencia de esos dos seres que, sin hacer nada, lo eran todo para aquél hogar en el que ahora Alicia se empezaba a sentir extraña sin gritos, sin órdenes y sin malas caras. Por unos segundos, en esa abismal ausencia, la pequeña empezó a dudar si realmente sus padres eran malas personas. Quizá un azote o un grito nunca le habían hecho mal a nadie y, a cambio, sus actos de bondad habían sido múltiples sólo que a lo mejor ella había estado cegada por la habitual penumbra de la casa para no haberlo visto así. Aunque en escasez, nunca le había faltado alimento, ni abrigo sobre sus hombros, ni techo sobre su cabeza, pues según había oído contar a veces a su padre, había lugares en los que los niños no tenían ni eso. Y, lo más importante para la pequeña: nunca le había faltado un rato de juego con el que entretenerse, porque Apolonia, aunque en apariencia hiciese caso omiso de Alicia, aquello formaba parte de su juego.

Ahora Alicia no tenía un cuerpo de la autoridad que la vigilara desde la lontananza y sus pi-



llerías, por lo tanto, no surtían el mismo efecto sobre ella que la llevara a esconderse, a caminar de puntillas, a arrastrarse sobre el suelo, a ejecutar su obra con rapidez o a huir del lugar del crimen como un zorro tras desmenuzar a su presa. Lo que a la pequeña tanto le gustaba mientras se tenía que esforzar en disimular su alegría. Las continuas carreras de un lado para otro y los asaltos al baúl de Apolonia estaban ahora bajo el resplandor de una ciudad sin ley en la que podía hacer lo que quisiera y como quisiera; una libertad a la que no estaba acostumbrada y que se presentaba más aburrida que a la que no tenía cuando su madre se encontraba allí, la que se estaba convirtiendo en su ausencia en alguien imprescindible y a la que, sorprendentemente, empezaba a echar de menos.

Y así fue como Alicia pasó aquél día en la solitaria casa. Por la tarde el hedor procedente del exterior había desaparecido, aunque el oscuro manto de nubes que pendía sobre la aldea desde la mañana aún permanecía allí, y la pequeña, de aburrimiento, se había dispuesto a ordenar el caos bajo el que se encontraban las habitaciones, principalmente la de su madre, a la que solía entrar poco y la que más la gustaba.

La escasa luz que se adentraba en aquella estancia a través de la ventana la dotaba de una especie de energía mística que Alicia nunca había sentido al entrar allí y que hacía que nada se encontrase en el lugar que ella se imaginaba cuando

a veces atravesaba la habitación a oscuras, ni siquiera la cama sobre la que se había sentado hacía unos meses al descubrir su diario, ni el baúl donde Apolonia guardaba sus hojas y cuadernos y que ya no se encontraba completamente esquinado en el fondo del cuarto; un baúl que a los nuevos ojos de Alicia parecía de oro, casi tan grande como ella y con infinidad de formas extrañas talladas sobre su cubierta superior, la que, curiosa, se dispuso a abrir ahora que podía contemplar mejor el contenido de su interior cuando, tan sólo al poner una de sus pequeñas manos encima, un estruendoso golpeteo resonó por toda la casa.

Alicia, segura de no haber hecho aún nada, se asustó dando un pequeño brinco, encogiendo los hombros y girando bruscamente la cabeza hacia las cuatro esquinas de la habitación sin saber de dónde procedía aquél sonido. Tras unos segundos de aterrador silencio el golpeteo se repitió con más intensidad y durante más tiempo, lo que provocó que Alicia, de otro salto, saliera velozmente de la habitación. Era un sonido que nunca antes había escuchado y que, incomprensiblemente, no sabía de donde procedía.

Apolonia, cuando escribía en su mesita de la sala de estar, repiqueteaba sobre la madera provocando un sonido similar, pero la hipótesis de que fuera ella quedó para la pequeña rápidamente descartada, ya que era imposible que su madre hubiera regresado tan pronto de la ciudad sin que

ella se hubiese enterado. Sin embargo, Alicia por unos segundos dudó de sus conclusiones y pensó que quizá sí que hubiera regresado y la hubiera descubierto hurgando en su cuarto, lo que, sólo de pensarlo, la erizó el bello. Pero sus peores temores no dudaron mucho ya que, cuando se acercó cautelosa hasta allí, descubrió que no había nadie y que la mesita de Apolonia estaba igual de vacía que por la mañana.

Aliviada, Alicia decidió sentarse en la sillita que siempre acompañaba a la mesa para intentar comprender de la mejor forma posible lo que estaba sucediendo cuando, de nuevo, sin haberla dado tiempo a acomodarse por completo, el incesante golpeteo volvió a retumbar a lo largo de toda la casa.

La pequeña, levantándose rápidamente y corriendo de un lado para otro como una loca, intentó averiguar la procedencia del misterioso ruido prestando atención a sus sentidos como nunca antes lo había hecho. En menos de un segundo el miedo se había transformado en valentía, y la valentía en un apasionante juego que concluyó demasiado pronto, cuando de camino nuevamente a la habitación de César y Apolonia, los golpes la detuvieron junto a la puerta principal, una inmensa mole de madera ennegrecida que apenas se levantaba varios palmos del suelo y a la que hacía años que no se acercaba, pero la que sin embargo abrió sin dudar.



Delante de la niña y entre la bruma se alzaron al otro lado tres personas de avanzada edad a las que no reconoció. Dos de ellas hombres ataviados con traje negro y rostro serio, uno a cada lado de una mujer de ojos verdosos muy arrugada a la que agarraban por los brazos y la que se sostenía sobre un bastón que la encorvaba.

—Tú debes de ser Alicia, ¿no es así? —dijo de inmediato la señora con voz ronca y firme y sin una sola gesticulación, quien sin dejar responder a la niña continuó— Mi nombre es Clementina, y soy tu abuela. He venido a llevarte conmigo por orden expresa de César y Apolonia, tus padres. Desearía que te pusieras rápidamente un calzado y me acompañaras al carruaje. Ahí te explicaré lo sucedido, mientras estos señores recogen todas las pertenencias de la casa a la vez que nosotras, que seremos buenas amigas, nos acercaremos a un lugar de auténtica diversión que te gustará mucho, estoy segura.

Entonces una sonrisa de oreja a oreja asomó del rostro de la anciana, como si de repente hubiera salido el sol en aquél día aciago, mientras Alicia la contemplaba atónica y boquiabierta, sin dar crédito a lo que acababa de decir. Al fin se había acabado su sufrimiento y su soledad, y aunque la pequeña nunca hubiese oído hablar de esa abuela torcida, el caso era que se encontraba allí aparentemente feliz de verla y, ella, feliz de haberla conocido, pues no se demoró en responderla



con una sonrisa idéntica a la suya y un leve asentimiento de cabeza.

—Pues adelante preciosa. El camino va a ser largo y debemos salir antes de que se nos caiga la noche encima. Además, he preparado unos bocadillos que nos están esperando impacientes en mi cesta de viaje.

A la niña se le hacía la boca agua, con los ojos fuera de sus órbitas y, antes de que ni ella misma se diera cuenta, ya estaba enfundada en sus zapatitos desgastados a la vera de Clementina y dando los mismos saltitos de hacía un momento pero ahora, de alegría.

—Ya estoy preparada abuela —ofreció Alicia con voz cálida a aquella señora que parecía ya conocer de toda la vida, deseando llegar a ese lugar misterioso y divertido del que la acababa de hablar—.

—Emprendamos el camino entonces —concluyó Clementina liberándose de los brazos de los dos hombres que la acompañaban y enredándose en los de la pequeña con cierta dificultad—. Pero me tendrás que ayudar un poco hija, porque una ya está algo mayor para estas aventuras.

Alicia asintió con gusto y a paso lento se encaminaron al carruaje de Clementina que se encontraba apenas a veinte metros de la casa, los que se hicieron kilómetros para la pequeña.

El cielo, visto desde afuera, se hizo inmenso para Alicia, que lo observaba como si se la fuera a

echar encima mientras tomaba grandes bocanadas de un aire, acostumbrado al de la casa, que sintió como limpio y puro.

Hacía demasiado tiempo que no salía al exterior y todo le resultaba extraño, desde la hierba amarillenta por la que nunca había pisado hasta la silueta de su propio hogar, hacia el que durante varios segundos se giró casi sin reconocerlo desde la distancia, y el que le suscitó una gran duda que le paralizó las articulaciones de inmediato impidiéndola avanzar o retroceder. Una duda que la mantenía en mitad de una encrucijada en la que ya no veía tan claro el camino a seguir: si el de ir con su abuela, aquella mujer arrugada a la que no conocía de nada y que le prometía una serie de cosas que sólo creía que pudieran tener los niños de la alta sociedad, o el de quedarse en su hogar como la habían ordenado sus padres, aburrida y sola.

—¿Qué sucede Alicia? ¿Por qué nos detenemos? —preguntó la anciana observándola con rostro serio y preocupante, mientras la pequeña, sin apartar los ojos de la casa, parecía no haberla escuchado— No te preocupes mi amor, que esos señores cuidarán bien de la casa hasta que vuelvas, pero ahora debemos marcharnos porque también he preparado una bebida de chocolate calentito con pan y si nos demoramos y se enfría, ya no sabrá igual.

Pero Alicia dudó durante un segundo más, y al siguiente, cuando la información procedente de



su abuela llegó a cada profundo rincón de su mente y de sus sentidos, la sola palabra «chocolate» le devolvió el movimiento a sus articulaciones y una gran sonrisa a su cara que ofreció plácidamente a la anciana mientras se volvían a girar de camino al carruaje. Éste era precioso, de madera negra con una gran puerta con ventanas en medio. Dos caballos, igual de negros que el carruaje, tiraban de él.

Un tercer hombre esperaba junto al transporte sujetando la puerta entreabierta con guantes blancos sobre las manos y una agradable mueca en la cara dando la bienvenida e invitando a Clementina y Alicia a su interior, adornado de pieles rojas y negras y de un puñado de velas que lo iluminaban como si fuera un palacio en miniatura, en donde la pequeña no sabía si sentarse o ponerse a llorar por su belleza.

Una vez dentro el cochero cerró la puerta con seguro, tomó asiento delante del carruaje y azotó fuertemente a los caballos para que emprendieran el viaje. Alicia se había acomodado junto a la ventanilla desde donde podía ver pasar el bosque, las montañas y los animales salvajes mientras atacaba sin tregua los bocadillos que había preparado Clementina y, antes de que pudiera darse cuenta, una nueva aldea sumida bajo una espesa bruma grisácea se levantó sobre sus ojos.

En apenas unos minutos el carruaje se detuvo frente a una de las primeras casas y el cochero, sin

que Alicia le oyera descender del aparato, ya había abierto la puerta y se encontraba a su lado tendiéndole una mano de seda blanca y la misma sonrisa de hacía un rato.

— Adelante guapa, no te dé miedo — dijo Clementina casi en un susurro a los oídos de la niña, que no despegaba sus pupilas, sin moverse, de la mano del hombre—. El que ves ahí delante es mi hogar, bueno... nuestro hogar ahora. Y ya te están esperando una infinidad de juegos divertidísimos, y la bebida de chocolate que te prometí, por supuesto.

Nuevamente, al oír la palabra mágica, un cosquilleo agradable explotó dentro de Alicia haciéndola salir del carruaje casi de un salto mientras un centenar de ráfagas de aire frotaban su piel y la estremecían casi en la completa oscuridad que provocaba la espesa niebla, aunque algunas luces misteriosas dibujaban superficialmente el contorno de la casa que se encontraba al otro lado, y que a la vez que ella y Clementina se acercaban, se iba haciendo mucho más grande de lo que la había parecido a la pequeña en un primer momento hasta convertirse, frente a los enormes portones de entrada, en una auténtica mansión, en donde otro empleado más de la anciana esperaba su llegada con un parche en el ojo y una melena rizada que tocaba sus hombros.

Clementina, saludando al melencudo caballero con formalidad, le ofreció a la niña y le ordenó que



la atendiera como se merecía, que la enseñara su nuevo cuarto y que la preparara para la cena del gran salón.

Una vez dentro de la mansión y mientras el «pirata» la conducía a su nueva habitación bajo el estruendoso golpeteo de lo que parecían decenas, e incluso cientos de cerrojos, Alicia no salía de su asombro caminando estupefacta a través de enormes pasillos adornados con espejos, lámparas de arañas y grandes y portentosas figuras de hierro, y mientras veía pasar salas inmensas a su lado que no sabía si se utilizaban para comer, para rezar, para dormir o, lo que sería más probable, para los tantos juegos y disfrutes que la había prometido Clementina.

Al igual que en la casa de sus padres, la habitación que la habían reservado también se encontraba al final del pasillo de la segunda planta, junto a dos estancias, que a diferencia de las del resto de la mansión, mantenían sus puertas cerradas, una más grande que la otra y ambas adornadas con sinuosas molduras barnizadas y con formas geométricas.

El hombre, sin separarse un instante de la niña, la invitó a pasar a su nuevo rincón abriéndola la puerta como a una señorita y, extendiéndola sobre una cama en la que se podía, incluso, perder por la noche, un vestido largo y blanco que extrajo de uno de los muchos robustos armarios que cubrían las paredes rosadas.

— ¿Es para mí? — preguntó Alicia sorprendida mientras lo señalaba desde la distancia con uno de sus pequeños dedos.

— Adelante — contestó el sirviente mientras se encaminaba de nuevo a la salida—. La señora quiere que se lo ponga para la cena. Arréglese y dentro de un rato subiré a recogerla para acompañarla al salón. Si necesita algo no dude en llamarme. Soy Ricardo y estoy a su entera disposición.

Con un gran gesto amigable, el hombre dejó sola a la pequeña dentro de aquella habitación impresionante, de altos techos y cien veces más iluminada de lo que nunca había estado la suya. Dos ventanales gigantescos cubrían una de las cuatro paredes, especialmente decoradas para una niña de su edad; cuidadas al detalle con cantidad de libros infantiles, cuadernos de pintura, juegos de mesa, muñecas y materiales de belleza con los que seguro ya no volvería a convertirse en ladrona dentro de un museo antiguo.

El escenario a través de los cristales del cuarto aún era un enigma pues la espesa niebla continuaba a ras de suelo, pero Alicia, forzando los ojos, pudo ver apenas a unos metros de distancia, la silueta de otra casa mucho más pequeña que aquella, delimitada por una valla de madera y un jardín que se perdía con la bruma y con la lluvia que poco a poco se aproximaba entre truenos y relámpagos que la pusieron nerviosa durante un se-



gundo, como cuando soñaba en escaparse de la casa de sus padres. Pero, en el fondo, la sensación no era la misma. Ni mucho menos. Con todo el lujo infantil que la rodeaba no se la pasaba ni por la mente abandonar aquella casa desconocida, la aldea misteriosa que no sabría ubicar en un mapa ni a esa señora arrugada que decía ser su abuela. Por un motivo o por otro ya iba a poder ser feliz a su modo, de la manera que ella quería serlo, y estaba completamente segura de que eso ya nadie podía cambiarlo, ni siquiera Apolonia, por mucho que, a su regreso de la ciudad, se diera cuenta de que ella no estaba en la casa, aunque ella y César lo hubieran ordenado así, y de que ya no quería volver a vivir allí. Porque Alicia tenía también por seguro que ahora Clementina, su abuela verdadera o falsa, era toda su familia, y aquella mansión el lugar en que quería crecer y morir.

Pasaba ya un largo tiempo desde que Ricardo se había marchado del nuevo cuarto de Alicia, y el immaculado vestido blanco aún permanecía extendido sobre la cama. La pequeña, sin querer comportarse mal ni hacer enfadar a su abuela el primer día bajo su techo, se lo enfundó rápida, se alisó su desgastada melena con las manos como solía hacer y se apresuró a encaminarse a ese gran salón del que tanto estaba oyendo hablar desde que había entrado en la mansión. Cuando al rato lo encontró, Clementina ya se encontraba sentada en el extremo de una larga mesa de madera oscura sobre



la que se alzaban decenas de platos, vasos, cubiertos, candelabros, flores y otros enseres de los que desconocía su nombre y su utilización.

—Puedes tomar asiento junto a mí —dijo la anciana dirigiéndose a la muchacha con voz alta y desde la distancia, con la cabeza agachada y la mirada perdida en un plato de sopa caliente del que ya había empezado a comer—. Date prisa o se te quedará la cena fría.

—Que aprove... —ofreció Alicia con media sonrisa en los labios a su abuela, que de improviso la interrumpió, mientras se apresuraba a tomar asiento junto a ella.

—Escucha, calla y agarra esa cuchara. La comida se acaba pronto y yo tengo mucho que contarte. Por cierto, no esperes nada tan bueno como hasta ahora. Tus vacaciones acaban de terminar en este preciso momento.

Alicia, con la sonrisa ya borrada, en seguida notó que algo no marchaba bien, y segundos antes de que su abuela empezara a contarla lo que tenía que contarla, volvieron a renacer de su interior las ganas irrefutables de abandonar, igual que la casa de sus padres, aquella mesa bonita que parecía haberla tendido una trampa entre todas las cosas hermosas y el trato amigable que había recibido hasta ese momento de aquella señora arrugada y, por supuesto, la mansión.

—¿Se puede saber qué sucede? ¿No tienes hambre? —preguntó Clementina con la boca



medio llena y levantando por primera vez la mirada de la mesa— Cualquiera lo diría viendo el agujero del que te acabo de sacar. Y, ¿así me lo vas a agradecer?

La pequeña, que ahora turnaba a su abuela observando la mesa con la cabeza gacha, no sabía si responder, comer o alzar una de sus manos para secarse las lágrimas que empezaban a brotar de sus ojos.

—Era acaso una ilusión —continuó Clementina levantando poco a poco la voz y sin misericordia, reclinándose hasta un palmo de Alicia y mirándola desafiante como a una presa indefensa— o me parecía a mí que esos ojos que ahora lloran como los de un bebé, antes sólo lo hacían por un sabroso, exquisito y delicioso cuenco de chocolate con pan de yema. Pues si la quieres deberás comerte antes ese plato de sopa del que ahora no retiras tus pupilas y, asumir, también, que si estás en esta casa no es por mi gusto y, mucho menos, por el tuyo.

Entonces, cuando Alicia creía que ya había pasado lo peor y que todo aquél enfado había sido producido por su considerable retraso y que éste se solucionaría comiéndose el plato de sopa y agradeciéndoselo a su abuela, Clementina, esa mujer que parecía haber sufrido una espeluznante transformación de carácter en un abrir y cerrar de ojos, dijo:

—He de darte una mala noticia.

La pequeña, completamente perdida sin saber ya que esperarse, dejó hasta de respirar, y por unos instantes reinó sobre el salón un profundo silencio que la erizó el bello.

—Hay dos grandes verdades, hija, de esta asquerosa vida que debes aprender antes de que sigas creciendo —continuó Clementina volviendo a retomar su plato de sopa—. Una de ellas es que las casualidades no existen. La otra: que de lo único que podemos estar seguros es de la muerte. Y si yo me he presentado esta tarde en esa casucha en la que estabas metida, evidentemente, no ha sido por la casualidad, sino por lo seguro, porque tus padres han muerto.

—¡Mientes! —exclamó Alicia al instante y con severidad, negando con la cabeza mientras las lágrimas de sus ojos se convertían en llamas.

—¿Y por qué habría de mentir?

—Porque eres cruel...

—Esa es una razón bastante absurda, ¿no te parece? —replicó la anciana mostrando una sonrisa forzada— Si quisiera ser cruel, ni siquiera estarías aquí. Pero soy una santa para ti. Y mi palabra, como la de Dios, es la verdad.

—¡Mentira!

Clementina suspiró irritada.

—Será entonces como tú dices; no es mi costumbre discutir nada con mocosas como tú —finalizó lanzando bruscamente la cuchara sopera contra el plato—. Mañana al alba saldrá el carruaje

para el entierro. Si estás, te llevaré para que puedas despedirte. De lo contrario espero que no salgas de tu cuarto hasta que regrese para darte las primeras órdenes y los primeros mandados. Como ya te he dicho: tus vacaciones acaban de terminar. Ahora levántate y vete. No tengo ganas de seguir hablando contigo.

Alicia, sin mediar una palabra más, se levantó de un salto y partió de inmediato a su habitación con una carrera. Cuando entró en ella cerró la puerta de un golpe, se tumbó desolada sobre la cama cubriéndose el rostro mojado con las manos y maldijo en susurros a Clementina durante largas horas en que infinidad de pensamientos tristes y dolorosos se apropiaron de su cuerpo en un pesado cansancio del que ni pudo ni quiso escaparse.

A la mañana siguiente, la claridad que entraba por los ventanales y que cubría cada palmo del cuarto como un veneno, la despertó despiadadamente, pero no se levantó de la cama hasta un buen rato después.

Aquella noche Alicia había vuelto a soñar como solía, una dolorosa costumbre que, al menos por un día, no había echado de menos. Un inmenso cielo azul cubría la casita de su vida dentro de la que se divertía inmersa en su juego favorito. César no se encontraba allí y, como de costumbre, Apolonia jugaba con ella. Un juego insaciable que duraba años mientras la casa se caía cacho a cacho y los cuadernos de escritura de la madre aumen-



taban de segundo en segundo. Mientras Alicia se hacía mujer y Apolonia anciana; mientras aprendían a quererse igual que habían aprendido a odiarse. Un extraño juego que acababa en tragedia cuando César llegaba a la casa ya con un manto de estrellas cubriendo el cielo, un puñado de pan desbordando la mesa y un impecable traje negro con el que al día siguiente celebraría su propio funeral. Alicia, entonces, se convertía en anciana y su madre en un fugaz recuerdo. Una anciana triste hecha de pequeños momentos de felicidad perdida. Un alma sin destino, fría y despiadada, que había cobrado la más horrible forma de su abuela; un ser que era capaz de odiar en silencio tanto como de niña había sido capaz de amar, aunque fuera de la peor manera posible, aunque fuera, quizá, de la única forma que la habían enseñado y de la única forma que sabía hacerlo.

En el fondo, pensó Alicia tras despertarse, Apolonia no tenía la culpa de ser como era, y si era cierto, como había dicho su abuela, que ella y su padre habían muerto, de lo único que podría lamentarse y echarse en cara era de haberlo descubierto demasiado tarde, así como que la quería, a su modo, al igual que ella también a su modo había disfrutado de ese tiempo juntas correteando de un lado para otro siendo consciente de que, aunque a sus padres no les gustara y renegasen de esa idea porque quizás ellos nunca la habían sentido en sus propias carnes, esa niña pequeña, ella

misma fuera el centro de atención y, por ello, lo más importante.

Pero importante o no, ya todo hacía indicar que daba igual. La mansión se sumía en un profundo silencio que Alicia notó extraño. Lo más seguro era que la casa se encontrara vacía; que Clementina habría acabado teniendo razón y que ella y sus criados se hubieran marchado temprano al entierro de César y Apolonia. Sin embargo la pequeña que era de sueño ligero no había oído el relinche de los caballos o el traqueteo del carruaje al partir.

—Y si no he oído el transporte marcharse porque... no se ha marchado... —susurró casi para sus adentros.

Y es que, aunque quisiera afrontar el asunto de la forma más valiente, no daba igual porque, incluso en el supuesto de que no hubiera sentido el más mínimo afecto hacia esos seres extraños que la habían dado la vida, no podía pasar por alto el hecho de que habían muerto, porque buenos o malos, eran sus padres. A lo mejor ella, incluso, tampoco había sido buena hija porque en realidad no sabía lo que era ser bueno o malo, así como no sabía lo que era querer o no querer. Alicia no conocía otra vida más que la que tenía junto a su madre, ¿y si esa era la vida que tenían todas las familias? ¿Cómo podía entonces ella dudar del amor de sus padres si ese era el único amor que existía en el mundo? Clementina había caído en gracia en

un principio a los ojos de la pequeña pero al final había resultado ser igual que su madre. ¿Y ella qué podía hacer? A lo mejor eran así todas las mujeres del mundo, incluso ella misma lo sería al ser mayor y al convertirse en madre. Igual que había soñado.

Pero Alicia, encerrada en aquella alcoba como la había ordenado su abuela que permaneciera hasta su llegada, se negó a aceptar la realidad. Una realidad que la comía por dentro como no lo había hecho desde la cena la noche anterior, porque el carruaje sí que había marchado y la niña, que debía de estar alegre por haberse liberado de esos seres que la humillaban y la menospreciaban continuamente sentía, en cambio, un gran dolor en su interior y unas ganas irrefutables de expresarles lo mucho que les quería.

A los pocos minutos, mientras Alicia no concedía una tregua en su ardua batalla, el galope de varios caballos y un murmullo lejano procedente del exterior rompieron el silencio, y cuando la pequeña, tan inquieta como curiosa, se asomó a los ventanales contempló una estampa muy diferente a la que se había imaginado entre la densa niebla la tarde anterior en su llegada.

La aldea era enorme y se fundía con el cielo azul en el horizonte. Cientos de casa bajas, como la de sus padres, lo cubrían todo de un lado a otro y una portentosa iglesia las protegía a pocos pasos de la mansión, la que parecía ser la edificación más



consistente de la zona y la más lujosa, frente a la que se cruzaba un pequeña senda de piedra por el que se encaminaba el carruaje de su abuela y frente al que se encontraban los que debían de ser los propietarios de la casa vecina, una mujer de mediana edad que sostenía fuerte la mano de su tierno hijo mientras veían pasar expectantes a los caballos y a los criados, cuchicheando tímidamente y señalando con los dedos a Clementina, que ya se encaminaba a toda prisa al portón de entrada.

En apenas un suspiro la mujer se presentó sin avisar en el cuarto de Alicia, donde aún permanecía junto a los ventanales, y sin mirarla la ordenó que la siguiese. En el salón de la planta baja ya estaba preparado el desayuno y la prensa local sobre la gran mesa alrededor de la que ambas tomaron asiento mientras Clementina, sin rodeos ni pampinas, informó a la niña de cómo iban a ser las cosas a partir entonces.

—He pensado en cómo puedes colaborar con esta casa y con esta familia y, por el momento, comenzarás haciendo las tareas más sencillas: limpiar, fregar, traer madera... Ayudarás a Ricardo en todo lo que ordene y, al final del día, si cumples tu parte, podrás jugar en tu cuarto con todo el material que he dispuesto allí para ti.

—Y si no lo hago.

—Recibirás el peor de los castigos y llorarás como nunca antes lo has hecho.

— Como los has hecho tú por la muerte de mis padres —recriminó Alicia—. Es que acaso no los querías...

— No me cambies de tema.

— Pero es la verdad.

— Sí, la tuya, que ni siquiera has tenido el valor de levantarte de tu cómoda cama para velar por última vez sus cuerpos. No sé yo a quien le importará más de las dos.

— A mí.

— ¿Y por qué?

— Porque son mis padres y les quiero.

— Esa no es razón. Apolonia también era mi hija y tú, mi nieta, y os quiero a las dos.

— Por eso te comportas así...

— ¡Me comporto de la única manera que se debe de comportar una mujer de mi categoría! ¡Lo que hago es por tu bien y algún día me lo agradecerás!

— Y de qué me va a servir limpiar esta casa. De nada.

— Por el momento te mantendrá ocupada y no me darás preocupaciones. Yo también tengo muchas tareas que hacer; cosas que quizás algún día sean tuyas, problemas que si yo no acabo tú tendrás que resolver.

— ¡Yo no haré nada! ¡Nada! ¡Me voy de esta casa ahora mismo!

— Y a dónde irás, ¿a la de tus padres? Si ni siquiera sabes dónde estamos.

— Ese es mi problema, no el tuyo.

— Tampoco tú eras el mío y aquí estás.

— ¡Pues me arrepiento de estar aquí!

— Eso no es lo que decías ayer cuando te comías en el carruaje, casi sin respirar, los alimentos que se habían preparado — dijo Clementina poniendo entre las cuerdas a la niña, hinchada de lágrimas que de un momento a otro iban a explotar.

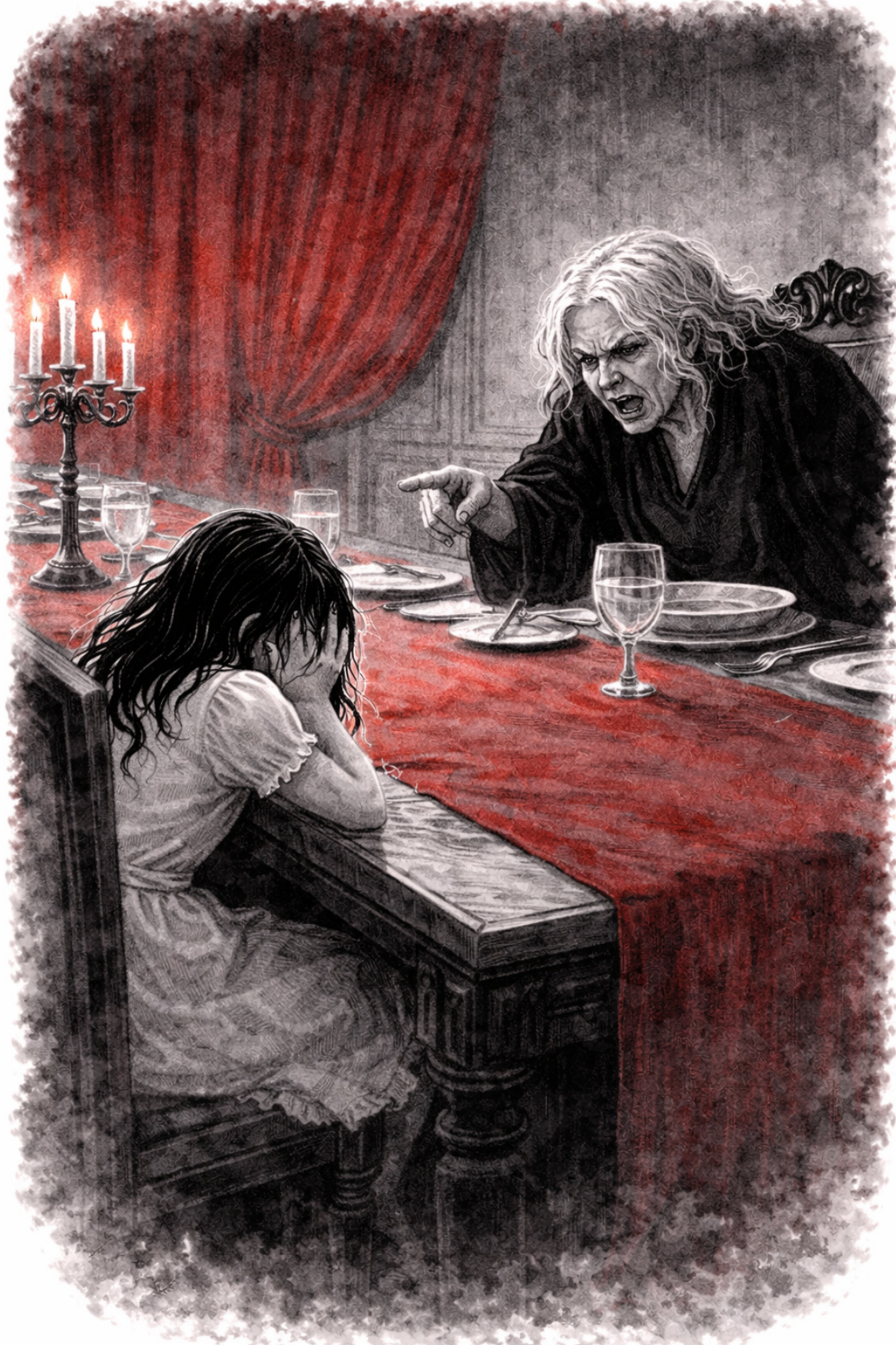
— Tú tampoco dijiste que me fueras a tratar de esta manera.

— ¿Acaso recibías un trato mejor de tus padres, mocosa? — preguntó la anciana ya irritada y a gritos— ¡No tienes ni idea de cómo eran, de las cosas que podrían haberte hecho!

Alicia entonces se desplomó. La valentía con la que se había encarado a su abuela la resbalo del rostro como sus lágrimas sin que pudiera hacer nada más, salvo aguantar el chaparrón que aún quedaba por venir.

— Ahora escúchame bien — amenazó la anciana señalándola con el dedo y con las arrugas de la cara más pronunciadas que nunca—. Te lo vuelvo a repetir: soy una santa. Un ángel, así que será mejor que no me enfades y hagas todo lo que te he dicho. Y no quiero una sola palabra más. Lárgate a tu alcoba y comienza a prepararte. Ricardo subirá en breve y te dirá por dónde empezar.

Alicia, rabiosa y sin poder soportar un momento más la mirada asesina de Clementina, obedeció de inmediato retirándose de la mesa a golpes



y entre murmullos ininteligibles que sin embargo no disipaban la idea aún clara de no rendirse a los pies de esa malvada mujer que se creía mejor que sus padres, y por la que no pensaba hacer nada y menos aún limpiar toda aquella mansión que podía llevarla semanas, aunque ello conllevara no poder jugar ni un solo segundo al día o no poder volver a salir a la calle; y en menos de lo que había tardado en levantarse de la mesa ya se encontraba de nuevo frente a los ventanales de su cuarto observando las hojas secas del otoño con la mirada húmeda y perdida al otro lado del cercamiento de madera clara que delimitaba los terrenos de su familia con los de la casa vecina, en donde aún se encontraba el niño pequeño que había visto fugazmente hacía un rato tras el carruaje de su abuela correteando de un lado para otro sobre un triciclo desgastado y sucio.

Denis, que así se llamaba, vestía con una chaqueta clara y unos pantalones negros manchados de barro y, desde lejos, radiaba tanta alegría y felicidad como pobreza, siempre a lomos del único recuerdo que conservaba de su padre fallecido hacía ya casi un año, un rudimentario y extraño antecesor del Célérifère, un juguete de madera maciza con ruedas, una especie de bicicleta o triciclo moderno que había pertenecido a su abuelo y que el mismo había diseñado para su hijo anticipándose a los avances de su época; un hombre al que nunca había conocido y cuyo objeto ahora le per-



tenecía a él como él pertenecía a su madre, Irene, el polo opuesto de su hijo, una mujer triste y desganada que ya poco tenía que ofrecer al mundo, y que si aún seguía viva era por ese pequeño que correteaba todo el día por la casa y que la hacía reír aunque ella no quisiera, que la ofrecía una esperanza en medio de la oscuridad de su vida.

Cuando Denis jugaba en la calle ella siempre estaba bajo el marco de la puerta de la casa vigilándole, y aunque se callera o se alejara demasiado nunca se movía de allí. La libertad de la que disfrutaba el niño era la que nunca había tenido ella, y eso se adivinaba en su rostro demacrado y en sus hombros caídos. A veces, cuando Denis se giraba para asegurarse de que su madre siguiera allí, ella forzaba una leve sonrisa qué, aunque apenas la distinguiese, le cargaba de energía para continuar jugando media tarde más y aunque Irene le hiciera un leve movimiento de cabeza para que entrara en casa él nunca obedecía y, ella, continuaba allí de pies con la mirada perdida en el horizonte hasta que el pequeño se cansaba.

Alicia, con el mismo gesto desganado que la madre de Denis, en ningún momento le perdía de vista entre el inmenso dolor que le estaba causando su abuela y la envidia sana que sin querer le provocaba el niño.

Cuando empezó a anochecer y Denis, apenas sin fuerzas, se encaminaba al interior de la casa empujando el sucio Célérifère se percató de la pre-

sencia de Alicia al otro lado de la valla de madera que delimitaba las dos viviendas y, sin dudarlo y como si la conociese de toda la vida, deteniéndose en medio del empedrado y descuidado jardín, se posicionó frente a ella con gesto amable y la ofreció bajar a jugar con él con la misma inocencia que su madre le ofrecía entrar en casa cuando le creía cansado o hambriento. Pero Alicia no tenía ni el cuerpo ni el alma para juegos, y cuando la puerta del cuarto volvió a abrirse de golpe y sin previo aviso ni siquiera tiempo tuvo para negarle al simpático Denis la invitación, quién la vio perderse tras los ventanales del mismo modo que cuando veía pasar una estrella fugaz en el cielo.

Por primera vez desde que le había conocido, Ricardo no llevaba el parche sobre su ojo derecho y su semblante parecía distinto, como si algo malo estuviera a punto de volver a pasar, pero cuando se acercó a la niña y comenzó a hablar, su voz suave la tranquilizó.

A mi pesar, la señora me manda para que la enseñe el oficio.

—¡Yo no voy a hacer nada! —exclamó Alicia tajante mientras se volvía de nuevo hacia los ventanales.

—Sé que este lugar puede parecer una prisión pero le aseguro que no lo es, y no debe usted pensar así, señorita.

Alicia ignoró las palabras del sirviente y se concentró en el horizonte a través de los ventana-



les tras los que ya no se encontraba Denis y hacía el que quería perderse para ya no regresar nunca más a aquella casa de locos.

— Si me permite usted la confianza me sentaré al borde de la cama mientras contempla el hermoso paisaje — dijo Ricardo—. Si supiera cómo estaba la aldea hace tan solo unos meses seguro que ahora no estaría ahí mirando, con tantos animales mágicos sueltos... pero da igual porque a usted no la importa este sitio, ¿verdad?

Y era verdad, a medias, pero el misterio con el que Ricardo había expresado aquellas palabras picó la curiosidad de la pequeña Alicia que volvió a girarse, acercándose hasta la cama y sentándose junto al jubilado pirata que no dejaba un segundo de mirarla.

— ¿Qué animales mágicos? — preguntó Alicia en un susurro.

— Los de las montañas — respondió Ricardo en su mismo tono de voz.

— ¿Y qué animales son esos?

— Unos que sólo abandonan su hogar en el invierno. Son muy altos, muy fuertes y con grandes cuernos sobre su gran cabeza que se pasean por la aldea de un lado para otro como si fuera suya y que se llevan todo lo que quieren sin que nadie les pueda decir nada.

— ¿Ni siquiera mi abuela?

— Ni siquiera su abuela.

— Lo dudo mucho, porque con ese genio...



—Pues fíjese señorita, ahí donde la ve su abuelita suya de usted les tiene mucho miedo porque les atrae el desorden, el polvo y la suciedad. ¿Por qué cree que está tan obsesionada con la limpieza? Lo huelen a distancia, entran en la casa utilizando la fuerza bruta y se llevan a todas las personas que se encuentren dentro para comérselas en las montañas durante el resto del año. Como ellos son animales brutos y sucios pues buscan cosas de su misma calaña, hasta los alimentos.

—Qué animales más raros...

—No, para nada. Porque ellos no sólo vienen aquí para comer, sino para algo mucho más importante.

—¿Para qué?

Ricardo, guardando unos segundos de riguroso silencio, miró a un lado y a otro del cuarto antes de responderla, asegurándose de que nadie más oyera el secreto que la iba a confesar.

—Para buscar un diamante mágico.

Alicia tomó aire asombrada.

—¿Y qué es eso?

—Pues mire, señorita —susurró Ricardo con un hilo de voz tan suave que le costó entender a la pequeña— es una piedra que brilla mucho en la oscuridad y que ellos perdieron hace mucho tiempo en esta aldea. Antes esas criaturas eran como tú y como yo, personas normales pero cuando perdieron la piedra mágica se convirtieron en animales salvajes. Por eso vienen todas las no-

ches de todos los inviernos, para recuperarla y poder volver a ser como eran antes.

—Ah... ¿y por qué hablas tan bajito? —le preguntó Alicia contagiada de su mismo tono de voz y acercándosele unos centímetros sobre la cama para que le pudiera oír mejor.

—Porque, y esto es muy importante, se nos está prohibido hablar de ellos. Tienen los sentidos muy desarrollados y si nos escuchan hablar de cómo son, de lo que se les teme o de lo que andan buscando podrían venir en cualquier momento, aunque no fuera invierno; e imagínese señorita que vinieran ahora, estando la casa como está. No la quiero ni contar a usted lo que ocurriría. Además, y esto es secreto secretísimo, cada poco tiempo se cambia la piedra de escondite y, ahora, está escondida en esta casa; arriba en el ático. Pero no se lo puede decir a nadie.

La pequeña Alicia negó de inmediato moviendo la cabeza de un lado para otro y agitando la melena bruscamente, asustada e impaciente al mismo tiempo, deseando que el mayordomo Ricardo le contara más cosas sobre esos seres tan extraordinarios.

—Pero su abuelita suya tiene bien cerrada la puerta qué, además, es la que se encuentra aquí junto a su cuarto. La llave la guarda por algún lugar de la casa pero nadie sabe dónde. Y así es mejor; es mejor que nadie esté cerca de ese diamante mágico.



— ¿Por qué? ¿Nos puede hacer algo malo a nosotros?

— En realidad sí, pero es mejor que no se acerque señorita.

— Pues no lo entiendo pirata, quiero decir... Ricardo. Si es tan mala por qué no la dejáis en la calle para que los animales la encuentren y puedan volver a ser normales. Así no nos harán daño, y ya no habrá que limpiar tanto.

Ricardo suspiró apenas sin que la niña lo notara y dijo:

— Porque si se llevan la piedra, nos convertiríamos nosotros en animales, como en su día se convirtieron ellos. Los que posean la piedra están salvados. Por eso hay que ocultarla, no hablar con nadie de esto y limpiar todos los días. Y su abuelita suya de usted quiere que me ayude, y aunque la hable con ese todo estricto no se lo tenga en cuenta, sólo está asustada. Y ahora venga conmigo si es tan amable y verá como la tarea no es nada complicada.

Alicia asintió rendida a la increíble historia mientras se levantaba de la cama junto con Ricardo, que sonreía triunfante, y se encaminaban alegremente hacia la puerta, tras la que el pirata, en mitad del pasillo, había dejado los aparatos para la limpieza antes de entrar al cuarto de la pequeña, que no pudo pasar por alto los muros de madera que la impedían el paso a las dos estancias que colindaban con su habitación, una de ellas, la

que conducía al ático y al escondite de la piedra mágica, y la que la invitaba con un cartel invisible que decía: «entren y vean; magia, diversión y fiesta» y sobre el que se perdieron sus ojos durante largos segundos.

—¿Señorita? ¿Se encuentra usted bien? —preguntó Ricardo preocupándose por la muchacha.

Alicia, incansable, volviéndose hacia él, le miró con media sonrisa traviesa intentando comprarle con su inocencia para que le acompañara al otro lado de la puerta. Pero sus manipulaciones no surtieron efecto.

—Recuerde lo que le he contado antes señorita. Además, la puerta está cerrada. Y la de al lado también. Será mejor que nos pongamos en marcha y se aleje usted de ambas dos, ¿verdad que sí?

Alicia volvió a asentir resignada, pero tan sólo durante un segundo.

—¿Y qué hay tras esa otra puerta? —preguntó señalando la contigua a la del ático.

—Eso se lo deberá usted preguntar a su abuelita suya de usted —atajó Ricardo poniendo fin al asunto—. Y ahora, al mocho. Y cuando digo al mocho, digo al mocho, no a rondar la puerta como un animal hambriento o a buscar la llave por toda la casa desatendiendo sus obligaciones.

La pequeña asintió decidida por enésima vez, esforzándose en mostrar un gesto excesivamente embriagador y colocándose tras Ricardo e imitándole en sus quehaceres mientras en el silencio, y

pese a lo que la acababa de decir, tramaba un plan para poder contemplar, aunque fuera desde la distancia, la misteriosa piedra mágica escondida en el altillo. Según ella la llave no podía encontrarse muy lejos y lo más seguro es que no estuviera muy separada de la mano de Clementina, su patrona ahora. Si ejecutaba su mandato con rapidez tendría más tiempo para investigar a fondo cada cuarto y, con un poco de suerte, a media tarde ya la habría encontrado y podría saciar la enorme curiosidad que le había creado el pirata con aquella historia, y a quien no consideraba un problema en sus planes. Él confiaba en ella, o así se lo había dado a entender, y no sospecharía si la viera ojear alguna mesa o por debajo de las camas; y en el supuesto de que le preguntara algo al respecto siempre podría decir que no sabía si era así como se limpiaba porque ella nunca antes lo había hecho.

Pero todo ese entretenimiento que había creado casi de la nada, como cuando jugaba a ladrona en la casa de sus padres, no duró mucho tiempo, y aunque el pirata no sospechó en ningún momento cuando Alicia abría los armarios o revolvió las ropas, la noche la cayó como de golpe y sopetón y, sin llave alguna y sin darse cuenta, con la moral a ras de suelo y pensando qué todo había sido una farsa y que no existía ninguna llave ni ninguna piedra más allá de la imaginación de Ricardo quién la había engañado para que limpiara la mansión sin rechistar, una nueva cena aguar-

daba sobre la mesa del salón presidida por Clementina en el mismo extremo de siempre, lo que significaba que la jornada laboral había concluido, y en la que tomó asiento la pequeña con gesto inquieto.

—¿Qué te sucede? —preguntó Clementina firme y sebera sin apenas mirarla.

—Nada abuelita —dijo la pequeña sorprendida hasta de sí misma, de la respuesta que acababa de ofrecer inconscientemente mientras el corazón la daba un vuelco e intentaba zafarse de esa muestra espontánea de cariño evitando la mirada de su abuela y comenzando a comer sin su permiso.

Clementina, al escucharla, recuperó su mirada perdida y la observó con especial atención, como si un gigantesco rayo de sol se hubiera colado en el infierno y la niña la hubiera arrancado un trozo de su alma escondida, lugar en el que quizá también se hallara la llave del ático. Pero ni la una ni la otra se encontraban a gusto en medio de la encrucijada que se acababa de formar, y en donde ninguna pretendía quedarse durante demasiado tiempo.

—¿Qué tal se ha dado la primera de las faenas? —preguntó Clementina sacudiendo la cabeza para zafarse del enternecedor gesto de la pequeña y, al igual que ella, encaramándose sin piedad al plato de comida sobre la mesa—. Me han dicho que te has portado. No esperaba menos.

Pero Alicia no era tonta y en seguida adivinó que aquellas palabras que no había querido en ningún momento decir, habían llegado hondo en el corazón de su abuela, lo que significaba que el pirata tenía razón, que ella en el fondo no era una mala persona y que todo lo que hacía y decía era por su bien. Y eso, entonces, también significaba que la historia de la piedra mágica sí que era real, sólo que su abuela había escondido muy bien la llave del ático.

La pequeña no pudo evitar que una sonrisa de oreja a oreja asomara de sus labios y qué, con ello, se la resbalara un poco de sopa del interior de su boca y se precipitara de forma brusca sobre la mesa manchándolo todo.

— ¡Pero qué haces mocosa! — vociferó con espavientos Clementina ante el bochornoso espectáculo — ¡Es que nadie te ha enseñado a comer!

Pero Alicia, lejos de asustarse como en otras ocasiones, seguía sonriendo, lo que enfureció más a su abuela.

— ¡Te hace mucha gracia, eh! ¡Pues tú lo vas a limpiar! ¡Deja ahora mismo de comer y vete a por lo que sea que necesites para limpiar este desastre! ¡Al terminar no quiero volverte a ver por aquí mocosa, has entendido!

Alicia obedeció de inmediato sin borrar el gesto alegre de la cara y se encaminó a la búsqueda de Ricardo, quien guardaba a buen recaudo los artilugios de limpieza y a quien encontró en la cocina



inmerso en un fregadero descomunal cuyos vasos y platos, por la suciedad que se incrustaba en ellos, ya parecían llevar allí varias jornadas, pero los que seguramente habrían provenido del desayuno de ese mismo día.

— ¡Hombre! — exclamó Ricardo al ver a la pequeña entrar en la cocina— Mejor dicho, ¡mujer! ¿Qué la trae por aquí a la señorita? No vendrá usted a limpiar los enseres de la cena porque esa es únicamente labor de un servidor suyo de usted, ¿verdad? Además, a qué viene esa cara de alegría...

— Y a qué viene ese parche en el ojo — objetó la pequeña situándose a su diestra y observando que se había vuelto a convertir en el pirata, nuevamente con el remiendo sobre su ojo derecho— ...

Ricardo no pudo evitar soltar una pequeña carcajada a la que no tardó en acompañar otra de la pequeña Alicia.

— Pero... pero yo la he preguntado primero, señorita — repuso Ricardo tras la risa.

— Y yo te he preguntado la última...

El pirata la observó fijamente y deteniéndose en sus labores como si ella ya supiera, que en esa batalla absurda, tenía todas las de ganar.

— No sé qué sensación me da que algo acaba de pasar sin que yo me haya enterado porque desde que la conozco no había visto antes esa carita suya como la tiene ahora. Pero está bien; usted gana.



El joven melencólico se secó las manos húmedas sobre un paño que reposaba junto al fregadero y se reclinó hacia la muchacha colocándose a su misma altura, quien sustituyó la cara de alegría por una de asombro cuando Ricardo se retiró el parche del ojo y vio lo que se ocultaba por la cara interna del curioso artilugio.

—Creí que no se daría cuenta usted, pero se ha dado —susurró Ricardo casi de rodillas y posando el parche sobre la mano de la pequeña—. Lo que la voy a contar ahora de este objeto es alto secreto secretísimo, como lo otro que usted ya sabe y que no podemos pronunciar, ¿verdad?

El cuero marrón, de forma circular y al que se anudaba una goma elástica del mismo color, tenía labrado por la cara interna la silueta de una gran mariposa que llenaba las pequeñas pupilas de Alicia, atónita y confusa sin moverse ni un ápice del sitio junto al mayordomo Ricardo, quien continuó diciendo:

—Este artilugio me lo regaló su abuelita suya. Me dijo que si algo la llegara a pasar por alguna circunstancia de la vida este símbolo me serviría para encontrar la piedra mágica y así, si era necesario, cambiarla de lugar.

—¿Pero la piedra no está escondida en el ático?

—Así es, pero el ático es muy grande y si uno no conociese este símbolo jamás encontraría ya sabe usted...



— ¿Pero a mi abuelita no la va a pasar nada, verdad?

Ricardo resopló entre una sonrisa medio dibujada en sus labios, negando con un leve movimiento de cabeza y volviéndose a poner en pie.

— No, a su abuelita no la va a pasar nada, pero a mi quizá si me continúa entreteniéndome. Tengo mucho trabajo aquí hija. ¿Podríamos continuar hablando en otro momento?

Alicia, que asintió con la cabeza, se comenzaba a alejar de la cocina cabizbaja por no poder continuar la charla cuando Ricardo se volvió a dirigir a ella:

— Aún no me ha contado lo que la ha traído hasta aquí con esa cara tan alegre suya. ¿Qué ha pasado?

Alicia, volteando su pequeño cuerpo hacia la cocina, cambió el rictus risueño de su cara por una expresión tímida e inocente, cerrando los ojos a medias e inclinando ligeramente la cabeza mientras Ricardo la observaba más hermosa que nunca e igual de desconfiado que en otras ocasiones en las que la pequeña le había mirado así, pues aquel gesto impropio de Alicia era más común en los animales de compañía que se postraban junto a la mesa a la hora de la comida con las orejas gachas y una cara de pena que era capaz de comprar hasta al mismísimo diablo. Pero en contra de la paciencia de la que estos seres se suelen armar, la pequeña Alicia enseguida volvió a cambiar su expresión

por una aún más risueña que la de hacía unos instantes, lo que desconcertó aún más a Ricardo, que la vio alejarse del todo dando pequeños saltitos y canturreando en susurros.

Cuando la pequeña regresó al salón Clementina ya no estaba allí. Los platos de sopa aún continuaban casi intactos sobre la mesa y la silla sobre la que se sentaba su abuela parecía haber sido retirada con fuerza y enfado, como si un disgusto repentino hubiera acontecido o como si Alicia hubiera iluminado una pequeña parte del oscuro corazón de su abuela y eso, la hubiera colmado de una rabia diferente a la que normalmente poseía, pues era la primera vez desde que estaba en esa casa que había visto a Clementina abandonar la mesa sin haber ingerido por completo los alimentos que la preparaban sus sirvientas.

En el fondo de todos los fondos, su abuela Clementina, a su modo, la quería, como ya se lo había hecho saber un día pese a su desconfianza y aunque siempre pareciera todo lo contrario. Pero era un amor que a Alicia la llegaba a medias, un amor turbado por la infinidad de preguntas que la martilleaban a cada segundo su pequeño cerebro; preguntas sobre sus padres, sobre ella misma, sobre aquella mansión, sobre la historia de Ricardo e, incluso, sobre el niño del triciclo de la casa de al lado. Angustias y confusiones que había logrado soportar entretenida con la infinidad de tareas que la obligaba a realizar su abuela, a la que al final en-

contró sentada junto a una pequeña mesita, en mitad la sala de estar contigua al salón, atiborrada de cuadernos y hojas manuscritas que, por un segundo, la resultaron muy familiares.

—¡Ya terminaste de limpiar el comedor! —exclamó la anciana Clementina advirtiéndole su presencia de reojo y elevando el tono de su voz.

Alicia, anclada a la entrada de la sala, tardó en responder. Aquél habitáculo inundado de objetos antiguos y libros se convirtió por un momento en un cuadro de recuerdos paternales, al que Alicia había llegado a través de sus habituales juegos solitarios en la vieja casa de su padre, y en la que parecía encontrarse en mitad del pasillo observando la atareada labor de Apolonia, que entre susurros releía los manuscritos en los que había trabajado los días anteriores, y que Alicia recordaba como si se hubieran escrito con la sangre de su propio corazón, mientras la cálida sensación que adquiría su voz en aquél tono la hipnotizaba por completo, mientras ésta decía:

A los veintidós años Ramón se había casado con la mujer más hermosa y adinerada de toda la comarca. Un regalo que Dios le había ofrecido a cambio del sufrimiento que aún arrastraba por la muerte de su pobre madre. Sin embargo, el verdadero regalo de su vida se lo entregaría su esposa años más tarde, que habiéndole dado ya un hijo y una hija, descubriría el preciso día de los enamorados una cuna con un recién nacido junto a la puerta de su alcoba. Una niña que por seguro estaba no era de su sangre ni de la de

su esposa, pero que ella había traído de algún misterioso lugar del que nunca supo, y a la que acogió en su seno con los brazos aún más extendidos que lo estaban con los de sus propios hijos, al menos durante un par de días en los que no se separó de ella para darla de comer, cambiarla, jugar con ella y sacarla a pasear. El tercer día, sorprendentemente, la niña desapareció, lo que provocó una acalorada discusión entre Ramón y su esposa y los sirvientes que les atendían y que poco ayudaban a calmar el tenso ambiente, cuando la mujer, sin el amparo de sus dos hijos que ya vivían su propia vida, ofreció a su esposo la explicación de que ella había tenido que ver en todo aquello. Que ella había hecho entrega de la niña a una familia que verdaderamente lo necesitaba y que ella, en ningún momento, esperaba que en tan sólo dos días la cogiese el cariño que la había tomado. Ramón, que siempre había sido una persona inocente y tranquila, como su esposa, no aceptó sus palabras y en un arrebato de furia la tomó con ella. El rostro de la mujer quedó, en apenas unos minutos, lleno de moratones que desaparecerían con las semanas, no así la extraña enfermedad en la que Ramón se sumió a partir de ese día, invadido de diablos que apenas le dejaban dormir y que le comían en silencio los huesos y la cordura.

De la recién nacida nunca más se supo nada, al menos para Ramón, que permanecería postrado y delirante en una cama durante muchos años. Para ella, su querida esposa, el destino de la niña se había convertido en un secreto muy valioso, lo que nunca nadie descubrió porqué, y que le había costado meses de pastillas, un cambio de humor significativo y un esposo que le valía lo mismo que un fantasma.

Clementina era el vivo reflejo de Apolonia frente a los ojos de Alicia. Lo que una había escrito en su día parecía que la otra lo leyera ahora postrada junto aquella mesita redonda que se había

convertido en el verdadero hogar de ambas. La anciana sostenía sobre sus manos un par de hojas amarillentas y arrugadas a las que por unos instantes había dejado de prestar atención, con la cabeza vuelta hacia la posición de la pequeña Alicia, que aún permanecía inmóvil y atónita ante aquella emocional estampa.

—¡Es qué no me has oído, mocosa —volvió a exclamar Clementina malhumorada—, o te haces la tonta como sólo tú sabes hacerlo!

Alicia permaneció en silencio.

—Espero por tu bien que no estés jugando con mi paciencia...

No hubo respuesta.

—¡Contesta ya, maldita sea —enfureció violentamente la anciana colocándose de pies de un salto brusco, con los ojos teñidos de rojo y uno de sus brazos extendidos en su totalidad señalando a la niña de forma amenazadora mientras los papeles que sostenía volaban de forma descontrolada por los aires—, o quieres que te meta dos ostias para sacarte las palabras de esa asquerosa boca!

Alicia, muda por completo, cambió rápidamente su semblante, y con los ojos llorosos bajó la cabeza escabulléndose de la mirada penetrante de su abuela. En otras circunstancias hubiera salido corriendo presa del miedo que la infundía aquella mujer cuando adquiría ese aspecto diabólico, pero en aquél momento apenas tenía las fuerzas justas para tan sólo pestañear sobre sus pupilas enchar-



cadadas, que a duras penas conseguían contemplar las hojas manuscritas que su abuela había tirado por los aires y que ahora reposaban en el suelo a escasa distancia de ella. No podía asegurar por completo que éstas fueran las mismas que, tiempo atrás, había visto escribir a su madre, pero su parecido era asombroso. De todos modos de una manera o de otra, fueran o no fueran las mismas, el simple recuerdo que la provocaban ya era suficiente. Como si allí de pies estuviera soñando del mismo modo que lo hacía en su anterior casa cuando quería evadirse de todo lo malo que la rodeaba encerrada en pequeños mundos ficticios que la llenaban de energía, o de felicidad, o de calma, y que normalmente acababan cuando alguno de sus padres, principalmente Apolonia, exclamaba a gritos alguna incongruencia que la tenía a ella como única protagonista.

Frente a la poderosa estampa de la anciana, Alicia había comenzado a desvanecerse como las nubes negras en mitad de la noche oscura, mientras el tiempo en la mansión se detenía sólo para ella. Al levantar la vista del suelo Apolonia escribía incesante en la misma mesita de oficio de siempre, amparada de una triste vela, a la vez que revolvía los cuadernos que había ido apilando a su vera, y que se contaban por decenas.

Apenas recordaba ya el ávido sentimiento que la recorría sus entrañas cuando contemplaba atónita los extraños trazos que su madre realizaba

sobre el papel y que, para ella, eran un juego lleno de diversión que la hacía los días algo más cortos y las penas algo menos dolorosas.

Alicia, viéndola desde la distancia, en mitad del alargado y oscuro pasillo de la casa, como siempre, si alzaba la cabeza hacia el techo de madera podrida podía ver al fondo y entre las sombras la que siempre había sido su alcoba. El único lugar en el que, a diferencia de la mansión de su abuela, la estaba permitido hasta escapar. Y no podía negar que no lo hubiese intentado. De noche o de día, en sueños o lúcida. Pero una fuerza mayor a todo lo que siempre había conocido: a César y a Apolonia, siempre se lo había impedido; incluso hasta el mismísimo día en que lo tuvo más fácil, con la casa completamente vacía: el preciso día en el que había conocido a esa señora que decía ser su abuela, y a Ricardo, el único que la trataba bien en la nueva casa, el más parecido al padre que ya nunca volvería a ver. Y aunque siempre hubiera negado sentir algo por esos seres extraños que tenía como familiares directos, en el fondo los quería como a su propia vida, aunque ciega e inconscientemente.

Y aquellos vulgares papeles que ahora limpiaban el suelo de la mansión de Clementina se lo habían recordado quizá ya para siempre, y cuando ya, sobre todo, era demasiado tarde.

Apolonia siempre la había repetido una frase que decía algo así como que no se valora lo que se

tiene hasta que se pierde y Alicia, aún a su edad, se estaba empezando a dar cuenta de ello en ese preciso momento. Buena o mala como era, era su madre, y ya nunca la volvería a tener; al menos frente a ella como tenía a Clementina, pues su recuerdo siempre permanecería en aquellas hojas descoloridas que a su abuela parecían importarla muy poco, como si en vez de tener en ellas las cenizas de su hija, tuviera las de cualquier vecino de aquella desolada villa; las de su peor enemigo lamviendo el escaso polvo de oscura madera del suelo de la mansión sobre la que de repente se abalanzó un desesperado grito proveniente de la planta superior que cortó la tensión de la sala de inmediato.

— ¡Ayuda, por favor! — vociferaba una de las doncellas — ¡Señora Clementina, venga rápido!

El semblante de Clementina, que aún permanecía con el brazo en alto frente a la pequeña Alicia, cambió de inmediato y como si del peor de los presagios se tratara salió corriendo de la sala gritando a viva voz:

— ¡Ricardo, Ricardo!

Algo realmente grave debía haber pasado que hasta Alicia se preocupó. Durante su estancia en aquella mansión de cuando en cuando había oído gritos pero ninguno como aquellos y, menos aún, que incumbieran a su abuela, que solía escabullirse de jaleos con el personal de la casa ya que creía que no era propio de la gente de su nivel social. Pero



lo que estaba sucediendo en ese instante era algo completamente diferente que perturbó aún más el genio ya alterado de Clementina, que al abandonar la sala a toda prisa golpeó a Alicia sobre un costado precipitándola contra el suelo.

Los recuerdos de Apolonia se encontraban a tan sólo un palmo de distancia de la niña. Desde allí abajo estaba segura que eran de ella, que éstos eran los escritos de su madre. Los había contemplado en el pasado durante tanto tiempo y bajo la misma luz y el mismo techo desquebrajado que por un instante la pareció del todo imposible que fueran las mismas hojas que ella misma solía ir a buscar a la habitación de su madre entre cantidad de juegos silenciosos y peligrosos y los que ahora, misteriosamente, se encontraban frente a ella mirándola directamente a sus pequeños ojos otra vez llorosos.

Con la sala vacía, salvo por su presencia, y por primera vez desde hacía un buen rato en silencio, los manuscritos, a oídos de Alicia, parecieron pronunciar un débil susurro, mientras las palabras de tinta negra se desplazaban sobre sus renglones para vocalizar el mensaje al que la pequeña no prestó ningún interés, absorta en la terrorífica alucinación que creía estar viviendo, con los ojos como platos y la boca abierta.

«Pero bueno, ¿qué está ocurriendo aquí?», pensó Alicia al cabo de varios minutos interminables e intentando cerciorarse de la veracidad de



aquellas hojas a las que todavía no daba crédito y por las que en un instante parecía haber perdido hasta la lucidez. «Primero: mamá las escribía para un hombre que nada tenía que ver con mi abuela o con esta familia. Y segundo: según sé de la casa de mamá y papá apenas se trajeron un par de arcones de madera cochambrosos, el resto fue todo quemado, hasta la propia casa que según la abuela estaba a punto de derrumbarse».

En el silencio aterrador que ahora reinaba en la sala los manuscritos volvieron a emanar un susurro, un canturreo, mientras a su son parecían avanzar arrastrándose de forma lenta como una serpiente hacia la pequeña, que lejos de asustarse, y despreocupada por completo de los sucesos quizás graves que ocurrían en la planta superior de la mansión y que habían requerido la presencia de su abuela, extendió tímida sus manos para agarrarlos por primera vez en su vida, pues ni siquiera Apolonia mientras los escribía la había dejado acercarse a ellos. Pero justo cuando las afiladas hojas rozaban las yemas de sus dedos produciéndola un escalofriante hormigueo, Clementina regresó de nuevo a la sala.

Cuando la pequeña se percató de la presencia de la anciana tras de ella, los manuscritos volvieron a volar por los aires mientras Alicia recobraba su verticalidad de un tembloroso salto que vino acompañado de un fuerte y estridente grito de susto.

—No sé qué malditos demonios te crees que haces —dijo Clementina acercándose muy lentamente hacia ella mientras contemplaba el movimiento ondulante de las hojas que poco a poco caían de nuevo al suelo frente a ella—. ¿Quién te ha dado permiso para tocar mis cosas, maldita mocosa? ¡Márchate a tu cuarto ahora mismo!

«Mi madre», pensó Alicia; pero tener que afrontar una nueva discusión con Clementina sobre ella o sobre su padre era algo que no deseaba hacer en ese momento, aunque era consciente de que tarde o temprano se tendría que armar de valor ante aquella mujer para descubrir todo lo que en realidad pasó con sus padres y el verdadero motivo de su muerte, si es que lo estaban, ya que la presencia de aquellos escritos que las separaban a ambas eran para Alicia una pequeña prueba de que Apolonia aún vivía, pues de otro modo, salvo por la mudanza y cosa que creía muy dudosa, aquellos manuscritos no podían haber llegado a esa casa.

«Mi madre»...

Entonces, haciendo por un instante caso omiso a las órdenes de su abuela, el semblante de Alicia cambió de inmediato. «¡Claro!», continuó pensando a la par que ataba cabos casi de forma inconsciente. «No le he querido creer del todo pero seguro que Ricardo me estaba diciendo la verdad. Es el único que se ha portado bien conmigo desde que llegué a esta casa y es imposible que me haya

mentido. Lo más seguro es que Clementina, aunque me trate de la manera que me trata, realmente no sea una persona mala o, al menos, mala conmigo. Ahora lo entiendo, cómo habré estado tan ciega. Mi abuela sólo quería protegerme para que no sufriera, para que no sufra ahora, porque mamá está viva. Ya recuerdo. Mamá y papá debían de haber sufrido un grave accidente de camino a la ciudad aquella mañana en la que la abuela vino a la casa, que se caía trozo a trozo. Ella y sus sirvientes me rescataron del derrumbamiento que lo más seguro es que se hubiera producido unos días después y me trajeron a esta casa a la que también trajeron a mamá y papá, que debieron de quedar tan graves que la abuela prefirió decirme que estaban muertos. Pero no lo están. ¡Están vivos! Y están en la habitación junto a la puerta del desván en la planta superior. Ahora entiendo los gritos y por qué Ricardo no quería que me acercara a ella. Antes de que se derrumbara la casa mamá debió de decir a la abuela que recogiera sus cosas y las trajera aquí para qué, cuando se recuperara, pudiera seguir con su trabajo. Pero tiene que haberse puesto peor porque sino la abuela no habría salido corriendo tan asustada como lo acababa de hacer. Pobrecitos, tienen que tener muchos dolores, pero... ¡pero ya sé!; si rezo un poco por ellos seguro que se mejoran con rapidez. Por fin Jesusito nos va a ayudar como a veces la oía suplicar a mamá que lo hiciera...»

Por fin, matando dos pájaros de un tiro: obedecer a Clementina y ayudar a sus padres con sus rezos, Alicia se encaminó a su cuarto con una media sonrisa en los labios que la provocaba la certeza de que aún estuvieran vivos, y la que su abuela, enojada y firme a la entrada de la sala, no pasó por alto cuando cruzó a su lado.

— Espera un segundo, niña — murmuró mientras intentaba por sí misma comprender los motivos que impulsaban a la pequeña a sonreír de ese modo.

— Si abuelita — respondió Alicia deteniéndose a dos pasos de la anciana y mirándola con una cara inocente y dulce que era capaz de hacer derretir los polos.

— ¿Qué ha sucedido aquí en mi ausencia?

— Nada abuelita — pronunció la pequeña encogiéndose de hombros —, ¿por qué?

— ¡Deja de llamarme abuelita maldita — enfureció ya por completo Clementina en una explosión de voces que resonaron por toda la mansión — y muestra un poco de respeto por las personas que se esfuerzan en mantenerte con vida!

— ¿No te gusta que te llamen abuelita?...

— ¡No! Porque yo nunca quise ser una abuelita — confesó la anciana en todo burlón saboreando cada sílaba dentro de su enojado paladar — y menos aún de una mocosa como tú. Pero mira por dónde aquí estás. Y todo por culpa de tus puñeteros padres; de mi puñetera hija...

El rostro de Alicia se volvió a tornar en oscuridad. Era como un aciago día de primavera en el que tan pronto soleaba como se encapotaba el cielo en un amasijo gris de nubes lluviosas que acababan cesando ya en mitad de la noche. Y pese al tono elevado y amenazador de su voz, no dudó en mostrar su disconformidad al respecto.

—No te metas con mis padres porque ellos no tienen la culpa de nada. Son los mejores padres del mundo y yo no he hecho nada malo.

—¡Ja! —retumbó de nuevo la voz de Clementina por toda la mansión— Dirás eran, en todo caso, o te tengo que recordar que están muertos. ¡Muertos! Y todo por tu culpa, ¡tú eres la que ha traído la desgracia a esta casa!

—No están muertos, ¡mientes! —opuso Alicia con la voz temblorosa mientras el agua de las lluvias primaverales comenzaba a recorrer también sus mejillas—. Están vivos y están en esta casa. Los tienes encerrados en la habitación de arriba para que no los pueda ver porque están muy graves por el accidente. Lo sé todo abuelita.

El enfado y la perplejidad de la anciana iban en aumento mientras la pequeña Alicia hablaba entre gimoteos a la vez que se acercaba a ella hasta agarrarla las arrugadas manos que segundos antes habían estado revoloteando el aire de manera brusca y violenta.

—No te enfades conmigo abuelita porque yo sé que eres buena, por eso te digo abuelita. Estás



ayudando a mis papás a que se pongan bien y me estás cuidando a mí al mismo tiempo y, además, también te preocupas de que todo esté limpio para que no vengan los monstruos y, aunque te ayuden las personas que trabajan aquí, todo eso sólo lo puede hacer una buena persona. Pero yo necesito verlos; lo necesito. Necesito estar de nuevo con mis papás abuelita, porque les hecho mucho de menos; y no me importa como estén de graves... soy una niña y no les puedo hacer ningún mal, ¿verdad abuelita?

Clementina se sacudió de inmediato desprendiéndose de las suaves manos de la niña que parecían transmitirla pavor. Dio un par de pasos hacia atrás y la miró de arriba abajo extrañándose de todos los sinsentidos que acababa de decir.

—¡Pero de qué estás hablando, mocosa! ¿Quién te ha metido esas cosas en la cabeza? Ha sido Ricardo, ¿verdad? ¡Reconócelo!

—No abuelita, no ha sido Ricardo. He sido yo. Me he enterado de todo por mí misma —volvió a oponer Alicia mientras aprovechaba que ya no tenía sus manos ocupadas para secarse las lágrimas del rostro y mientras intentaba de nuevo acercarse a Clementina, que con una infernal mirada se lo impidió al momento.

—Pues te has enterado mal querida. ¡Ni muerta tendría bajo este techo a esos que llamas papás! Si tú supieras las cosas que yo sé... Pero ellos sí que están muertos, ¡muertos!, y por lo que

más quieras en este mundo que lo vas a poder ver con esos ojitos que ahora lloran de ilusión por ellos. Mañana a primera hora iremos al cementerio y podrás ver si de verdad miento. Mañana, si es que no decides escabullirte como la última vez, ¿entonces también mentía?.. ¡Y así me dejarás en paz de una maldita vez para siempre!

La anciana se giró dando la espalda a la pequeña tomando así por finalizada la conversación, mientras los pasos de Alicia ya se escuchaban a lo lejos entre susurros a regañadientes. Mañana ambas saldrían de sus dudas, pensó mientras corría enfurecida a su habitación, y se vería quién tenía la razón, por supuesto: ella, ya que el descubrimiento de los escritos de su madre eran la huella del delito que había delatado a su abuela, pese a que lo negase rotundamente.

Cuando Alicia se adentró rápido por el corredor de la planta superior, la sorprendió al fondo la presencia del pirata Ricardo que sigilosamente abría la puerta contigua al ático y se adentraba en la alcoba en la que debían de encontrarse sus padres.

Era justo la persona con la que deseaba encontrarse en ese momento, su principal testigo en el juicio hacia el que Clementina la había arrastrado. Una persona que la había tratado desde el primer día de conocerse mejor que sus propios padres no podía dejar de estar de su lado, aunque la pequeña era consciente de que convencerle para que se



aliara junto a ella en aquella batalla contra su abuela conllevaría un duro esfuerzo que estaba dispuesta a afrontar, si bien también estaba el inescrutible hecho de que Ricardo apenas era un trabajador más al que no se le permitía involucrarse en cuestiones de patrones. Sin embargo, una cosa era bien cierta: si no lo intentaba al menos, estaba segura de que nunca sabría la verdad de todo aquél embrollo del que ya empezaba a estar un poco cansada.

—¡Ricardo! —exclamó desde el extremo del pasillo levantando levemente su débil voz, que aún permanecía ahogada por las lágrimas que la había provocado Clementina.

Pero el joven, que transportaba una bandeja metálica llena de trapos y artilugios extraños a la que ofrecía todos sus sentidos, ya se encontraba en el interior de la estancia y la llamada de Alicia pasó junto a él como una ráfaga de viento otoñal que evaporó sus palabras por completo.

La pequeña, al ver que el esfuerzo vocal había sido en vano, retomó la carrera que la había conducido hasta allí, pero Ricardo, sin percatarse de su presencia, estampó la puerta del aposento frente a los morros de la niña, a cuyo resonante golpe le siguió un estruendoso correr de seguros y candados.

Alicia, que permaneció entristecida durante varios minutos junto a la puerta blindada, hizo varios amagos de llamar suavemente con los nudi-

llos, pero una fuerza incontrolable y desconocida que emanaba mágicamente de sus entrañas se lo impidió en cada uno de sus intentos.

Varios gritos procedentes del interior de la habitación terminaron por desistir el esfuerzo de la pequeña por reunirse con el pirata Ricardo, que asustada por el horror que la provocaban esos aullidos infernales que se asemejaban a los de una presa herida, supo que debía posponer sus planes para otro momento, pues el joven melencólico era ahora más necesario para sus padres que para ella misma.

Aún así, la pequeña Alicia permaneció inmóvil frente a la puerta unos minutos más, tras los que un nuevo lamento ejecutado por una voz indiscutiblemente masculina hizo que continuara por segunda vez con su carrera alocada camino de su alcoba en la que se encerró a cal y canto y en la que, deslizándose su espalda por la puerta hasta sentarse en el frío suelo, terminó de desahogarse con un llanto silencioso y agotador que la sumió en un profundo sueño cargado de pesadillas en las que se encontraba en medio de un campo lleno de llamas infernales entre las que César y Apolonia se quemaban una y otra vez provocando en ambos infinito dolor que se incrustaba entre los huesos de la pequeña quitándole todas sus fuerzas, cortándole el oxígeno e impidiéndole qué, a tan sólo unos metros de ellos, pudiera hacer algo para rescatarlos del sufrimiento.

Cuando Alicia despertó había comenzado a anochecer entre un silencio abrumador que lo invadía todo: desde la mansión, la villa y hasta lo profundo de su torturado corazón que ahora parecía latir de una forma completamente diferente a lo normal, como sí, en cierto modo, aquél sueño horrendo y extraño que acababa de tener la hubiera demostrado que no era tan valiente como había hecho creer a Clementina y qué, a lo mejor, aún no estaba preparada para ver a sus padres en el estado tan horripilante en el que quizá se encontraban.

Aunque la costara reconocerlo, su abuela tenía razón, y aunque ella tampoco quisiera reconocer que sus padres estaban vivos y que se encontraban en aquella casa, ahora sabía que sólo lo hacía por su bien, para protegerla, pues no era tan valiente como ella pensaba y si un simple grito de dolor proveniente seguramente de su padre la había transportado a aquél estado tan lamentable acurrucada como un perro en un rincón del sucio suelo de su cuarto, no quería ni imaginar que sería de ella si esas voces dolorosas se produjeran a tan sólo un palmo de su sensible corazón.

Estaba claro que necesitaba descansar; descansar de verdad. El día había sido muy largo y el de mañana se presumía que lo sería aún más.

Mientras se incorporaba para dirigirse a la cama que la esperaba grande y vacía a tan sólo unos palmos de ella, una ráfaga de aire frío se



adentró por los ventanales abiertos y recorrió su cuerpo como un escalofrío que ascendió desde los dedos de los pies hasta el último bello de sus orejas. Cuando se acercó a ella para cerrarla el paisaje que se encontró al otro lado la inmovilizó sorpresivamente.

Un manto de impoluta nieve blanca lo cubría todo desde el borde exterior de los ventanales hasta los tejados de las casas más alejadas de la villa que se fundían con el oscuro cielo de la noche.

Era muy extraño que aquella estampa se diera lugar en uno de los meses más cálidos del año pero si de algo estaba segura Alicia era de qué, entre los límites de aquella población, podía suceder cualquier cosa. Aún recordaba la espesa e inusual niebla con la que había llegado por primera vez a aquella mansión hacía no mucho tiempo y, por supuesto, las historias de los seres mágicos y extraordinarios de Ricardo.

En un gesto tierno e inocente Alicia no pudo evitar recoger entre sus manos una pequeña bola de la fría nieve que decoraba el borde de los ventanales y lanzarla con fuerza más allá de los límites vallados de la mansión, junto a los que descubrió la figura del simpático Denis que parecía imitarla recogiendo pelotas blancas del suelo que después lanzaba contra su aparatoso Célérifère, el triciclo situado a varios metros de él.

El pequeño, abrigado de arriba abajo de gorda lana que su madre había recibido para él por parte

de la iglesia de la villa, se divertía como siempre, invadido todo él de una alegría impropia de la vida sobre la que caminaba y que de forma misteriosa le acompañaba desde el mismo día de su nacimiento, en el que sus padres, Irene y Alexander, dos seres de mundo que poca intención tenían de quedarse anclados por su culpa entre las rejas de cualquier aldea mugrienta, le abandonaron a su suerte en los brazos de su abuela materna, una mujer descuidada y neurótica a la que, por suerte para el pequeño Denis, pronto visitó la sombra de la muerte.

Pero sus propósitos pronto tocaron su fin. Irene y Alexander que vivían su juventud perdida con plena satisfacción entre continuos viajes y caprichos por Europa que financiaba la empresa de relaciones internacionales para la que trabajaba él, y por la que se preocupaba bien poco, y alejados de llantos, noches en vela y pañales sucios, ante la fatídica noticia y en la triste situación de ver a su pequeño bebé completamente indefenso, descuidado y solo, pues según supieron al cabo de los días nadie se había hecho cargo de él, se vieron obligados entonces a posponer ya para el resto de sus días su alargada vida despreocupada y feliz, y de manera inmediata comenzaron los preparativos para emprender, a regañadientes y aun negando a ratos el giro brusco que acababa de tomar sus vidas, el viaje de vuelta a la odiada casa de la aldea.

Irene, que siempre lucía una larga melena castaña y un rostro ávido e inmaculado, superó con serenidad la pérdida de su madre, y cuando en ciertas ocasiones a lo largo de los extensos días sus ojos oscuros se llenaban de lágrimas, el portentoso Alexander la consolaba diciéndola que él cuidaría de ella, como siempre, y que con el tiempo todo volvería a ser igual que antes, aunque ya, definitivamente, no podrían dejar a un lado a su pequeño Denis, que incluso nunca, nunca debieron de separarle de ellos.

Sin embargo, las desgracias no llegaron solas y de la noche a la mañana, al segundo día de viaje, un grupo de salvajes asaltó el carruaje en mitad de un bosque oscuro y tenebroso por el que no les quedó más remedio que cruzar si querían llegar pronto a la casa en la que seguramente su hijo pequeño estaría llorando en la más completa soledad. Y Alexander, que era alto y corpulento, no dudó un momento en defender sus pertenencias. Pero aquella noche la fuerza no estuvo de su lado, y así como en otras ocasiones había conseguido disuadir a base de puños y patadas a maleantes de sus maliciosos intentos, la colosal hoja de un afilado cuchillo de cocina que se introdujo por su pecho acabaron con su vida en un suspiro, desplomando su cuerpo de golpe contra el suelo sin que Irene pudiera hacer nada para remediarlo.

En mitad de un paraje infernal y en la más completa soledad, los agónicos llantos de Irene re-

sonaron por todo lo ancho de la comarca como truenos enfurecidos. Casi diez horas más tarde, en las que permaneció de rodillas junto al cuerpo de Alexander, Irene se armó de valor para subirlo al carruaje y reemprender el camino de regreso al hogar en donde aguardaba impaciente su pequeño, sucio, triste y hambriento bebé.

Al amanecer del cuarto día de viaje, la gran torre de la iglesia situada en el centro de la aldea y que se podía ver a quilómetros, dio a la mujer una amarga bienvenida. Apenas en un año de ausencia, la ciudad había desmejorado tanto como ella en una semana y en donde antes crecía hierba ahora defecaban descontrolados animales salvajes.

Un fuerte golpe de pobreza y enfermedades lo había invadido todo de repente y aunque durante mucho tiempo Irene hubiera permanecido lejos de allí rodeada de todo lujo y poder, la ausencia de Alexander había provocado que tales desgracias, a un lado de las que ya portaba, también la invadieran a ella nada más pisar de nuevo aquellas tierras.

La casa materna que recordaba no se parecía en nada a la que tenía delante cuando tras el agónico viaje detuvo el carruaje para siempre delante del roído vallado de madera.

El techado de la endeble construcción se caía a trozos hacía el interior hasta el demacrado jardín de la parte delantera y que se extendía hacia lo ancho hasta el lateral de la mansión contigua, la



última edificación portentosa de la aldea y que albergaba a la única familia que había sido capaz de superar los duros años de aquella mala vida. Un contraste singular al que Irene no estaba acostumbrada debido a su antigua posición adinerada, y con el que ahora tendría que convivir puerta con puerta.

Los sucios ventanales de la casa estaban completamente cerrados y con las cortinas echadas como si alguien la hubiera dejado así hace muchísimo tiempo y la hubiera abandonado después de la fama venida a menos.

Ante la triste y agónica mirada de Irene parecía la casa del terror, entre la que surcaba la baja niebla propia de las primeras horas de las mañanas invernales y un silencio sepulcral que no incitaba a las buenas esperanzas. Si su pequeño bebé no lloraba por el hambre, el miedo o la suciedad provocada por sus propias necesidades, lo más seguro es que ya estuviera muerto; una idea que de verse realizada sería su final, y por la que, aunque no lo deseara, permanecía inmóvil en mitad del vasto jardín.

Era curiosamente aterrador como entre la poca lógica distribución de las propiedades de la aldea que podía contar con enclenques edificaciones cercadas de enormes espacios verdes y campos de cultivo, como la que ahora era la nueva casa de Irene, ninguno de los vecinos de la pequeña aldea saliera a recibir a la joven que parecía alzarse entre

el vacío fantasmagórico del lugar como una delincuente, mientras el pequeño Denis había comenzado a llorar desde una de las habitaciones más alejadas de la entrada de la casa, como si un inesperado sexto sentido hubiera despertado del interior de su demacrado cuerpo y a través de su radar particular hubiera alcanzado a distinguir la presencia de su madre.

Irene, de inmediato, deshaciéndose de su en-simismamiento, al escuchar la llamada desalentada de su pequeño corrió hacia él despavorida.

El interior de la casa estaba en total oscuridad y abrigada de un ambiente frío y escalofriante. El cuartito en el que Denis se encontraba se hallaba sumido además en una atmósfera de aire sucio y maloliente a través del que Irene cruzó accidentándose contra muebles y extraños objetos voluminosos depositados en el suelo. Sólo guiada por el llanto del niño, Irene llegó hasta él; cuando le agarró entre sus brazos su diminuto y tembloroso cuerpo pareció romperse en mil pedazos.

El pequeño Denis, que de forma mágica se encontraba vivo, presentaba un aspecto desnutrido y su cuerpo desprendía un hedor aún más espantoso que el de la propia casa. Pero a Irene eso ya poco la importaba, más tranquila y consciente de la importancia que tendría en su vida aquél ser al que había abandonado una vez, y con el que ahora tendría que reconstruir el hogar de su fallecida madre. Una labor que se dio complicada las si-

guientes dos semanas en las que el pequeño Denis recuperó el apetito y la sonrisa, y en las que la casa de los horrores se llenó de luz y vitalidad entre las gentes extrañas de aquella aldea que no se preguntaron sobre la asombrosa nueva situación de la vivienda.

Así, en completa soledad salvo por la presencia de su bebé, Irene a la segunda noche enterró a su esposo en el alejado cementerio, cavando con sus propias manos y entre lágrimas su profunda tumba y fabricando una rudimentaria cruz de madera junto a los bostezos y arrumacos del pequeño Denis, que permanecía a su vera en el interior de una cochambrosa cesta de mimbre.

Tras horas de duro y doloroso trabajo Irene, arrodillada a los pies de la sepultura, juró que nunca más volvería a pisar aquel lugar de muertos y que a partir de entonces sólo dedicaría su existencia al único ser que conocía, su hijo, por el que si no hubiera tomado una equivocada decisión nada tan trágico hubiera sucedido; y junto con la promesa de que Denis nunca sabría nada de todo aquello y menos aún del fallecimiento de su padre, del que se encargaría que recordara como el mejor de los hombres y de los padres que tuvo que viajar a lejanas ciudades para ganar el dinero justo que les permitiera a él y a su madre vivir sin ninguna penuria.

Y así, mientras la ya no tan hermosa Irene se procuraba desde muy temprana hora al cuidado

del gran huerto que había plantado tras la casa y que les daba de comer, al cuidado de la propia casa que a su modo reformó por completo, y al cuidado y a la educación del propio Denis, éste creció feliz y sumido en la ignorancia de su vida pasada, de la que a veces Irene la hablaba cuando simulada el acuse de la correspondencia de Alexander, que les escribía desde sitios desconocidos y con cuyas palabras de amor y cariño que se inventaba su madre se quedaba dormido cada noche y con las que se despertaba entre las manos a la mañana siguiente, y que releía sosegado como le había dicho Irene que hiciera como uno de los deberes de sus clases particulares.

Con los años, mientras Denis crecía entre la sabiduría que la inculcaba su madre y los juguetes que ella decía le regalaba su padre desde la otra parte del mundo y que recibía o recogía de muy diversos lugares, Irene se apagaba entre las duras cargas físicas y emocionales que se había echado a la espalda; la rutina dura y diaria a la que se había acostumbrado por el bien de su hijo y por la promesa a su esposo a penas la dejaban un único y breve rato libre, el cual aprovechaba para evadirse de toda penuria bajo el marco de la puerta de entrada a la casa, mientras el pequeño Denis corría de un lado a otro del jardín sobre el triciclo de su padre, un objeto tan banal que la permitía, en cambio, estar tan cerca de él, de Alexander, como lo estaba de su hijo.



Con el paso de los meses, de las estaciones, las cartas de su marido pasaron a ser algo tan real para Irene como ella misma. La necesidad de volver a estar con él se convirtió en una obsesión que la traumatizó de forma trágica y que pasó a cobrar efecto en el propio Denis, que ya apenas dormía, alerta de la llegada inminente de su gran héroe y padre, y que se despistaba continuamente de su juego favorito con el triciclo pendiente de un horizonte por el que nunca aparecía Alexander, y por el que había comenzado a asomarse una hermosa muchacha que, al contrario de las demás gentes con las que se cruzaba en aquella aldea, no la daba la espalda. Al menos no siempre; no aquella noche en la que Alicia había discutido con su abuela y en la que la nieve había aterrizado de improviso consumiendo el último gramo de energía que la quedaba, sumiéndola en un profundo sueño que cesó con los primeros rayos de la fría mañana posterior y con el estruendoso golpeteo de los nudillos de Ricardo contra la puerta de su habitación.

—Señorita Alicia, el desayuno está preparado y la mañana es preciosa, como usted. ¡Venga, levántese!

Alicia había pasado la noche enrollada como un ovillo de lana mientras viajaba en el tiempo a través de la larga y fría noche entre decenas de sueños y pesadillas que no la habían dejado descansar lo más mínimo, y que la habían provocado un fuerte dolor de cabeza.

En la planta inferior de la mansión Clementina ya esperaba impaciente a la muchacha junto al abrigo de un gran fuego de leña, mientras dos nueva y extrañas bebidas llamadas té y café que reposaban sobre la mesa se enfriaban a cada eterno minuto que transcurría. Cuando Alicia, al rato, hizo presencia allí, su abuela era todo demonios.

—¡Vendita la hora! —dramatizó la anciana mientras la pequeña se acercaba a la mesa tomando asiento a su lado.

Alicia, que no apartaba un instante una de sus manos de la frente, hizo caso omiso al áspero saludo de su abuela y se abalanzó rápidamente sobre las madalenas recién hechas.

—Exquisitos los modales de la joven señorita... —ironizó Clementina mientras contenía las ganas de abofetear a la pequeña.

Clementina no daba crédito a lo que estaba presenciando; ya estaba del todo segura que aquella niña era un caso perdido, de que por más que ella hiciera, no podría enderezarla jamás y así convertirla en una mujer respetable semejante a ella. Las enseñanzas que la anciana había recibido de sus padres ni mucho menos estaban hechas para aquella niña de otro tiempo, por lo que había llegado el momento de tomar medidas drásticas en el asunto.

—Termina el desayuno y vístete —susurró Clementina con voz angelical levantándose de la mesa, con un sonido tan débil y cautivador que a



Alicia se la congelaron los párpados, los dolores y el apetito.

El apenas unos segundos el corazón de la pequeña se aceleró de forma brusca. Por un momento había olvidado la conversación del día anterior sobre su viaje, o no había querido tomar en serio las palabras de su abuela como acostumbraba a hacer desde que había llegado a la mansión y siempre que sus agitadas charlas acababan ciñéndose a la supuesta muerte de sus padres. Pero en aquella ocasión todo parecía diferente.

Clementina, de riguroso luto, había hecho llamar a Ricardo y a uno de los hombres que había ido a recogerla a la casa de sus padres el día que su abuela la llevó con ella, para el viaje.

Pese a la temprana hora dentro de la mansión no trabajaba nadie y el silencio existente que esto provocaba era tan desconocido para la pequeña como abrumador. Alicia lo había pasado por alto pero, junto a la extraña vestimenta de su abuela y a sus palabras serenas y seguras, había comenzado a presagiar qué, en verdad, su abuela sí la quería llevar a un sitio, junto a sus padres, pero no al que ella decía. Estaba dispuesta a negar contra viento y marea esa obsesiva idea de su abuela que a saber con qué fin la usaba contra ella, sin embargo, si ese ese encuentro junto a sus padres habría de producirse ese día en un sitio u otro de la mansión o de la villa o de la comarca, Alicia quería estar guapa, tanto como lo había estado la última vez que les

había visto a ambos, como siempre lo había estado en su vida junto a ellos; y sabía lo que debía hacer.

Pasaban ya varios minutos de la salida completa del sol cuando el carruaje emprendió el camino. A través de la pequeña ventana lateral el paisaje para Alicia era aún más hermoso de lo que la había contado Ricardo, sentado frente a ella y junto al hombre fornido y desconocido que Clementina había querido que les acompañara.

El impoluto manto de nieve seguía cubriendo de un lado a otro toda la superficie de la aldea bajo los rayos de un sol cálido que se incrustaban entre la frondosa vegetación que se levantaba por detrás de la mansión y a través de la que los caballos avanzaron a trote lento, guiados por una estrecha senda de tierra y piedra, hacia el novedoso campo santo que la iglesia y las autoridades locales, tan adelantadas a su tiempo en ámbitos de modernización como en las penurias y en la hambruna de la población a su cargo, habían ubicado a las afueras de la villa por razones de insalubridad, para que los vecinos pudieran albergar en él, y no bajo el suelo de sus hogares, un lugar de culto y prosperidad para sus seres queridos y para ellos mismos: el cementerio de la villa.

Alicia, fascinada por la hermosa estampa que se abría frente a sus ojos a través de aquél desconocido camino, pese a ser una especie de fuerte y pesada mole de hierro que se aferraba fuertemente a las agarraderas del carruaje para no salir despe-



dida de el por su incesante traqueteo, mental y espiritualmente había comenzado a evaporarse hacia los mundos, en esos momentos nada lejanos, de los recuerdos y de los sueños. Un viaje rápido de ida y vuelta en el que la vieja casa de su corta existencia volvía a abrirla entre las sombras y los silencios con los que había aprendido a ser una niña: a jugar, a divertirse; entre los que había aprendido a amar sin ser amada. Entre los que había aprendido a ser especial y a ser libre; al menos para ella. A sentirse libre dentro de un pequeño universo en el que podía hacer cuanto quisiera, no sin riesgo, pero con diversión, misterio y una gran sonrisa cubierta por la tenue luz de las velas de la mesilla en la que su madre trabajaba sin respiro. Todo lo que ahora faltaba en su cargada vida de lujos a los que no tenía acceso ni de los que no tenía escapatoria a manos de una villana que se habría propuesto cuidarla mejor que sus padres, lo cual se esforzaba por comprender y valorar. Pero de la misma forma que no aceptaba la idea de sus muertes como cierta, tampoco se iba a dar el gusto de tomar a Clementina como una buena madre, porque no lo era. Tampoco como una simple madre, porque ella, cerca o lejos, ya tenía la suya, y ésta sí, buena o mala, era única e irremplazable.

Incluso para la pequeña Alicia, se hacía extraño como con el paso del tiempo y en la ausencia de Apolonia había comenzado a apreciarla como nunca antes lo había hecho ya fuera entre risas o

entre lágrimas. Quizá, y dando de nuevo un voto de confianza a su abuela, a su modo la había ayudado a madurar, a crecer y a enfrentarse a la vida que se extendía más allá de aquella bella y tortuosa senda de la que no sabía nada, de la que desconocía hasta su inmediato presente, y que de no haber sido por todo lo que había visto, vivido y aprendido en el tiempo en la mansión, estaba segura de que afrontaría de la manera más alocada posible, ya el encuentro que Clementina había preparado con sus padres fuera verdad o no, o fuera para bien o para mal.

La pequeña Alicia que durante muchos años había vivido en la penumbra, ante la noticia del reencuentro con sus padres habría acudido hacia ese lugar al que se dirigían acelerada y descontrolada, sin asumir daños, peligros e incluso desilusiones: la suya propia y la de su abuela, que sentada junto a ella en el carruaje no cesaba en observarla, prestando especial atención al deshilachado vestido negro con el que la niña había pasado la vida junto a sus padres, con el que Clementina la conoció y con el que había llegado a la mansión que habría de verla crecer y morir.

Con el paso de los minutos, de las heladas, de los desconocidos caminos y del continuo traqueteo del carruaje, Alicia aún permanecía atónita frente a la ventana del transporte, con las pupilas pintadas de la hermosura exterior que la naturaleza había puesto allí en ese momento sólo para ella.

No recordaba haber visto nunca antes nada más bonito. La frondosa vegetación bañada del impoluto polvo blanco del cielo había dado lugar a un claro gigantesco en el que el extraño cambio climático no parecía haber tenido lugar, y en el que los rayos del sol impregnaban la hierba del suelo que una luz brillante que la hacía parecer divina. En su centro las maderas y los cordajes de un viejo pozo se alzaban a varios metros de altura obstaculizando el camino que ya se empezaba a perder a lo lejos entre un nuevo cambio drástico del paisaje que se descubría, ante la atenta mirada de la pequeña Alicia, entre bastos y empinados bosques que conducían directamente al cementerio local.

Cuando los caballos pasaron por delante de las inusuales, roídas y maltrechas puertas del campo santo el cochero detuvo el carruaje sacándolo del camino junto a un copioso montículo de nieve que debía de haber sido retirado de la senda principal por algún vecino cercano y que se extendía a la vera de ésta hasta donde la vista podía alcanzar.

Cuando la pequeña Alicia se apeó del carruaje comprobó que el silencio era absoluto y aterrador. A su derecha y a lo lejos, hacia el lado opuesto al que se encontraban los animales y a través de un paisaje completamente baldío, raso y yermo, se alzaba sobre el blanco mar de tierra los picudos tejados de las casas de una pequeña aldea custodiada por la imponente torre de una iglesia,



y que por un momento hubiera jurado que era la misma que se encontraba a escasa distancia de la mansión de Clementina. Frente a la muchacha la entrada al cementerio se descubría a partir de una gran cruz del mismo metal roído y oxidado de las alargadas verjas que formaban las puertas de acceso y las que Ricardo se había encargado, sin que se percatara, de abrir en su totalidad.

Un nuevo tapete blanco e inmaculado se dibujaba cientos de metros entre el silencio cada vez más tétrico y mortuorio que hizo estremecerse a la pequeña, flanqueada por Clementina y el hombre desconocido y fornido y que había comenzado a dar pequeñas palmaditas en la espalda de la niña invitándola a adentrarse en el campo santo.

Más de cinco minutos caminaron hacia el interior en rigurosa línea recta cuando se presentó frete a todos ellos la primera y solitaria tumba, cuya lápida apenas se alzaba un metro del suelo, resquebrajada y con el epitafio ininteligible cubierto de espesa nieve, la que Alicia no cesaba en observar atónita mientras avanzaba lenta y cautelosa y se cuestionaba si realmente su abuela la había llevado a un cementerio, lugar en el que nunca había estado, y en el que tanto insistía que ahora vivían todas las personas difuntas, incluidos sus padres; pues aquél sitio resultaba ser muy diferente a lo que siempre la habían hecho creer que era un sitio como ese: lóbrego, tétrico, bañado de un aroma putrefacto de sufrimiento, dolor y flores

muertas entre las que vivían seres horribles que no dejaban descansar en paz a aquellas personas que habían sido malas en vida.

Según Clementina, el infierno y el cielo no existían, sólo las profundidades de las tierras sagradas destinadas a nuestra próxima vida de eterna ensoñación apacible, si se ha sido bueno en la vida mortal, o de eternas pesadillas si se ha sido malo; y que para saber si alguien había sido bueno o malo y si ahora de muerto su vida era de sueños felices o escalofriantes pesadillas sólo había que prestar atención a las flores y a las velas de su tumba: si estaban frescas y con la llama ardiente, o putrefactas y consumidas.

Un poco más adelante una gigantesca cruz de piedra maciza rompía imponente el vacío paisaje extendiéndose hasta más de diez metros de altura; y a partir de ella centenares de otras pequeñas cruces de madera podrida comenzaron a aparecer a ras de suelo, como un desproporcionado cepillo de pelo semejante a los que en ocasiones Alicia había visto utilizar a su abuela, aún a su vera y con uno de sus brazos extendido señalando un lugar que la pequeña no conseguía descubrir. Pero Alicia, pese a todo el misterio que encerraba aquél lugar y aquello que fuera lo que Clementina la indicaba, estaba a cada segundo más tranquila, más consciente de la verdad de los pensamientos viajeros que durante mucho tiempo habían sostenido que sus padres estaban vivos. Y allí ante sus ojos se en-



contraba su realidad y su esperanza, la convicción de que si Clementina la había conducido hasta allí, un lugar vacío pero hermoso que claramente no era lo que la habían hecho creer, era porque quizá se encontraba cerca de descubrir la verdad de la mansión.

En un segundo de máxima lucidez y haciendo caso omiso a la indicación de su abuela Clementina que permanecía con el brazo en alto, la pequeña lo comprendió todo: así era la manera que tenía de jugar la anciana; una especie de escondite al que había tenido que añadir pequeñas dosis de mentira para que el entretenimiento no se terminara tan pronto.

—Claro, qué lista... —susurró la niña hablando para sí misma sin percatarse de que lo hacía y con media sonrisa esbozada en sus labios.

—¡Alicia! —exclamó Clementina alzando el tono de voz—, quieres prestarme atención y dejar de hablar sola. Acércate hasta Ricardo, allí es donde se encuentran...

«Claro que sí», pensó la pequeña de forma irónica mientras Ricardo la extendía su mano invitándola a llegar hasta él.

Mientras Alicia avanzaba observó que Clementina se había quedado detenida junto al hombre fornido, con la mirada clavada en ella y el rostro serio.

—¿Tú también sabes lo del juego de la abuela, verdad? —preguntó Alicia a Ricardo mientras se

agarraban de la mano y se adentraban con suma cautela entre las puntas de las cruces.

—¿De qué juego habla usted, señorita? —preguntó Ricardo confuso mientras se detenía frente a uno de los símbolos religiosos.

—No, de ninguno... —repuso la pequeña.

—Pues entonces mire aquí abajo; esta es sí, ésta. Pero tenemos que quitar toda la nieve de encima para que la pueda usted ver. ¡Venga, arrodíllese! No tenga miedo que yo la ayudo. Ya verá como no pasa nada, no tema, ¿verdad?

La tumba frente a la que se encontraban estaba presidida por una cruz de madera oscura que apenas se alzaba dos palmos sobre el suelo y a cuya base se descubrían entre ocultas por la nieve un puñado de tallos de flores ya consumidas.

Ricardo, alentando a la pequeña al firme propósito de Clementina para convencerla de la muerte de sus padres, había comenzado a retirar la nieve de la tumba desde la zona más próxima a la cruz hasta la más alejada a los pies de Alicia, que no tardó en divisar entre los resquicios del polvo blanco una serie de letras grabadas sobre una placa de tronco de árbol que la resultaron muy familiar, y que en apenas unos segundos comenzaron a trasladarla a una época muy reciente y hermosa en la que en mitad de la oscuridad más profunda bajo la que jamás había estado descubrió a su amigo más importante, quizá el primero y el único, entre sus juegos más divertidos alrededor



de una familia que hacía tiempo que no veía, con la que ya no jugaba y de la que comprensivamente había olvidado hasta sus tesoros, el más preciado para ella: su diario.

Las letras que se incrustaban en la rudimentaria lápida que Ricardo ya había dejado al completo descubierto poseían la misma forma que Alicia recordaba sublimes sobre la tapa de un diario al que había perdido la pista desde su traslado a la mansión.

Y ahora que caía en el detalle, la pequeña había perdido demasiadas cosas en la repentina mudanza: el diario, sus padres, sus juegos propios más que los que la empezaba a enseñar su abuela... Estuvieran o no César y Apolonia en aquél lugar, vivos o muertos, su vida ya había cambiado y con ella todo cuanto conocía, y era su mecanismo diario.

«¿Así viven y pasan el tiempo los niños de aquí?», comenzaba a preguntarse Alicia confusa de nuevo.

—Echo de menos escribir en mi diario en la ventana de mi cuarto... —volvió a susurrar inconsciente la niña aún firme frete a la supuesta tumba de sus padres y sin descifrar todavía el significado de las letras de su lápida.

—¿Qué ha dicho usted, señorita? —preguntó Ricardo desde el suelo observando el cambio de semblante de Alicia— ¿Qué la ocurre? ¡Venga, arrodílese! —concluyó con dulzura.

El mayordomo que había dejado a la luz un rectángulo uniforme de tierra ennegrecida sobre la que se encontraban sin vida una decena de flores, agarró del brazo y de forma delicada a la pequeña situándola a su altura, y comenzó a explicarla.

—Este es el lugar donde se encuentran ahora tus papás, ¿ves?, aquí lo dice: «Aquí yacen César y Apolonia. Gente de bien. Permanezcan y descansen en paz».

Alicia no daba crédito de cada palabra que salía de Ricardo, y ahora estaba segura del por qué no lograba descifrar el epitafio de la lápida, el cual no se parecía lo más mínimo al rezo de la cubierta de su librito.

—Pero no se asuste señorita —prosiguió Ricardo acariciando su cabello oscuro— porque ahora están en un lugar mejor. Sé que es difícil de creer, ¿a que sí?, pero su esencia, su alma y su espíritu, incluso sus voces, todo eso que llevamos dentro y nos hace únicos y especiales, lo más importante de nosotros, no está aquí.

Alicia, casi sin darse cuenta, había comenzado a contemplar atónita a Ricardo prestando especial atención a todo lo que decía, mientras él continuaba:

—Este lugar, aunque ahora quizá no lo entienda señorita, es sólo una pequeña muestra para todos aquellos que no conocieron a tus papás de que estuvieron caminando por estas tierras al igual

que nosotros y que fueron personas importantes para alguien, como para usted.

—¿Y por qué pone en esa piedra «descansen en paz» si mis papás no están aquí? —preguntó Alicia sin apenas parpadear.

—Porque en la otra vida, esa que nos espera cuando nos marchamos de ésta, a nuestra esencia, esa de la que la he hablado antes, la encanta dormir... como ahora a usted, ¿verdad? Lo que pasa es que a menudo los animales mágicos, esos de los que no podemos hablar, ¿recuerda?, aquellos que buscan la piedra mágica, suelen venir por estos lugares y alterar su tranquilidad y su sueño. Entonces a la esencia de nuestros seres queridos no la queda otro remedio que salir huyendo de aquí, y como eso suele ser todos los días... por eso la he explicado que sus papás no se encuentran en este lugar. Incluso por eso nosotros tampoco venimos mucho por aquí y así evitamos encontrarnos con las bestias.

—¿Y a dónde van las esencias? —volvió a preguntar la pequeña cada vez más intrigada— Oí decir a la abuela que si las flores de la tierra estaban muertas iban al infierno, ¿es eso verdad Ricardo? —concluyó arrugando el gesto en demasía y volteando la cabeza hacia la base de la lápida de sus padres.

—No señorita, no es verdad.

La pequeña Alicia miró de nuevo al pirata y respiró aliviada.

— La señora Clementina tiene su propia teoría sobre la otra vida pero la única verdad es que las esencias al no poder permanecer en este lugar por las bestias, se transforman en mariposas y se quedan revoloteando cerca de aquello que amaron; por eso si ve una mariposa cerca de usted, no la espante.

— ¿Una mariposa como la que se oculta en su parche? — dijo la niña señalándole la cara.

— Así es preciosa, como la de mi parche, porque fueron las primeras esencias de estas tierras las que escondieron la piedra mágica y ocultaron su escondite en este cuero marrón.

Alicia, atando cabos, gesticuló asombrada.

— Pero a veces las esencias también se transforman en corrientes de aire que se adentran hasta nuestros pulmones y nuestras cabezas y nos hacen recordarlas. De un modo u otro, siempre están a nuestro lado aunque no las veamos, por eso nos es imposible olvidarlas y sí recordarlas y sentirlas en nuestro corazón.

— Entonces... ¿ya no les voy a ver más? — interrogó la pequeña con el convencimiento de la veracidad de las palabras de Ricardo y, en cierto modo, de las de su abuela.

— No como me ve usted a mí — contestó el joven melencólico casi en un susurro —, pero cuando vaya siendo mayor aprenderá a verlos con detalle en su interior.

— ¿Y cómo es eso?

—¡Menuda estupidez de pregunta! —interrumpió vociferando Clementina mientras se situaba entre medias de Ricardo y Alicia cortando de raíz su apacible conversación— Eso la va a dar igual mocosa porque nunca va a ser tan lista como para ver algo más allá de sus narices. Y ahora nos vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo en este lugar.

La faz de curiosidad de Alicia volvió a dar paso a la tristeza y a la rabia contenida que últimamente la provocaba su abuela, pese a lo que le había contado Ricardo sobre ella y lo que en ocasiones ella misma creía.

Pero la pequeña no quería moverse de allí, de ningún modo y de la misma forma que hacía tan solo unas horas no había querido ir a ese lugar, cuando una decena de mariposas de colores aparecieron de la nada cruzando por delante del semblante asesino de Clementina y se posaron alrededor de la tumba de sus padres.

Alicia quedó boquiabierta, asombrada de nuevo y sabiendo lo que aquello significaba, pero no tanto como su abuela al contemplar a la niña retirarla por completo la mirada, la obediencia y el respeto.

—¡Vamos a la casa ya! —vociferó como nunca antes Clementina removiendo el aire, las nubes y hasta los bellos de sus empleados y de la propia Alicia, que asustada como hacía mucho que no lo estaba se abalanzó de un salto hasta los brazos de



Ricardo, perplejo de sentir a la niña junto a su cuerpo y del alarido descomunal de su jefa.

Sin nada más que decir, Clementina se giró y tomó el camino de regreso al carruaje, pero no avanzó una docena de pasos cuando Alicia pasó a su lado despavorida, con la melena negra flotando en el aire y un chorro de lágrimas resbalando sobre su rostro enfurecido, desapareciendo en el horizonte más allá de la puerta del cementerio y del carruaje familiar.

—¡Alicia, deténgase! —alzó de nuevo la voz Clementina cortando su caminar de inmediato y girándose bruscamente para enfilar su mirada a la de Ricardo, que aún permanecía inmóvil junto a la tumba de los padres de la pequeña— ¡A qué espera, imbécil! ¡Corra tras la mocosa no se vaya a perder!, eso nos faltaba...

Obedeciendo de inmediato, Ricardo se puso en pie y se desplazó como una exhalación hasta lograr alcanzar a la niña, que guiada por las marcas del carruaje a través de la senda que le había llevado hasta el cementerio logró no perderse de vuelta a la mansión. A medio viaje, junto al ostentoso pozo en mitad del claro frente al que Ricardo llegó a la altura de la pequeña, Alicia ya iba caminando con la respiración más acelerada que los propios latidos de su corazón.

—Venga princesa, no se lo tome usted así. Ya conoce a su abuela— tranquilizó el pirata a la niña mientras la agarraba por el hombro e intentaba re-

cobrar él también el oxígeno perdido en el esfuerzo.

Alicia alzó la cabeza y la miró con el rostro desencajado.

—No me mire usted así señorita, que se me parte el alma —susurró Ricardo. Y la pequeña sin mediar palabra devolvió su semblante al suelo mientras las gotas de los charcos de lágrimas formados en sus ojos, con cada parpadear se precipitaban bruscamente contra el suelo como sus ganas de vivir.

—Déjeme que la cuente —prosiguió el mayordomo haciendo enormes esfuerzos para no contagiarse del estado anímico de la niña—. Mi hija deberá tener su misma edad, y seguro su misma hermosa cara.

Alicia volvió a levantar su rostro y a mirar fijamente a Ricardo. De nuevo había conseguido que el pirata captase su más ferviente atención. «Una hija; una amiga quizá.»

—Aunque no lo crea jovencita tiene usted mucha suerte de tener a su abuela a su lado, así como es, lo sé; de tener a alguien que a su modo la cuide. Cuando mi mujer y yo tuvimos a nuestra niña no teníamos ni un trozo de pan que llevarnos a la boca, y menos aún un metro de manta que abrigase los sueños de nuestra recién nacida. Cuando el destino, o la casualidad, nos trajeron hasta esta villa, nos puso en nuestro camino a su abuela. Ella nos ofreció una vida mejor para nues-

tra hija, la que en un principio entró por sus ojos como un dulce, y un trabajo para nosotros. Fue como un ángel caído del cielo, como un regalo divino. Un regalo que a los pocos días conllevó un precio que no nos importó pagar en absoluto.

—¿Cuál? —preguntó Alicia ya hipnotizada por completo bajo el extraño embrujo de unas palabras que siempre la cautivaban.

—La de separarnos de nuestra niña.

—Pero...

—Lo sé señorita, lo sé —interrumpió el mayordomo prosiguiendo con su sorprendente historia—. Pero no es como usted se imagina, ¿verdad? La señora Clementina tampoco pasaba por sus mejores momentos y los alimentos escaseaban incluso para una mujer como ella. Me ofreció un trabajo en la casa a cambio de un techo y un poco de alimento diario, el cual era suficiente para mí y para mi esposa; pero no para nuestra hija. Clementina nos propuso dar a la niña en adopción a una familia bastante más adinerada que la cuidaría mejor de lo que ella podía cuidarnos a todos nosotros. Y tras algo menos de una semana en la mansión, su abuelita de usted se la llevó para no volverla a ver jamás.

Alicia aún no lograba entender lo que Ricardo le estaba contando, pero esta vez le dejó terminar de hablar en favor de descubrir dónde se encontraba su hija, a la que sin saber siquiera su nombre, ya quería conocer, pues siendo familia de ese hom-

bre al que tenía más aprecio que a sí misma, debía de ser una bellísima persona.

— Esta familia, a la que nunca conocimos, sólo quería a la niña en su hogar y no a nosotros como sus mayordomos. Sin embargo era más de lo que yo podía ofrecer a mi pequeña y antes de verla morir de hambre o de frío a mi lado, mi esposa y yo iniciamos el trámite junto a Clementina, que lo ejecutó. Gracias a ella sé, o más bien imagino y confío, que mi niña crece sana y yo, bueno... pues ya me ve usted, continuó aquí. Y sólo gracias a ella, a su abuela. Creo que ya hemos tenido esta conversación antes querida Alicia, ¿verdad señorita? Tiene sus días, pero si nosotros no hubiéramos hecho tomo lo que hicimos en esos tiempos seguramente ahora no estaríamos... aquí... vamos... junto a usted. Quiero decirla señorita que por eso no debe enfadarse con su abuela; todo lo que hace es por su bien.

— Ya, pero...

— Hágame caso a mí señorita — volvió a interrumpir Ricardo —; ¿yo cuándo la he mentido? Sea fuerte y verá que con el tiempo lo que la digo es verdad.

Las palabras de Ricardo no la convencían mucho pero al menos había dejado de llorar y de respirar agitada, lo que era un completo alivio para sus ojos, para sus pulmones y para su cordura, cuando cayó en la cuenta de que había algo que se escapaba a todo aquello.



—¿Ricardo?

—Sí, señorita —contestó el pirata mirando a la niña mientras se detenían.

—¿Y su mujer dónde está?

El pirata permaneció en silencio durante unos segundos sin saber qué contestar.

—Si mi abuela —prosiguió Alicia— les dejó quedarse en la mansión, ¿por qué ella no está ahí con usted? Yo no la he visto aún. ¡No la habrá pasado nada malo!

—Claro que no señorita —tranquilizó el mayordomo a la niña que sin darse cuenta le había agarrado la mano y se la había acercado junto a su rostro—, pero... pero ahora debemos darnos mucha prisa en regresar a la mansión, está empeorando el tiempo y podemos enfermar. Qué la parece si volvemos a correr como antes, pero esta vez echando una carrera. ¡Venga, prepárese!

Cuando Ricardo y Alicia, fatigados y sudorientos, llegaron a la entrada de la mansión, un desproporcionado estruendo de golpes y gritos procedentes del interior les alarmaron. El joven melencólico, ordenando a la pequeña que no se moviera de donde estaba, se abalanzó rápido sobre la puerta abriéndola por completo y dejando al descubierto el más absoluto caos.

Desde el frío del exterior de la casa Alicia pudo contemplar al pirata alejarse escaleras arriba abriéndose paso entre el resto de criados mientras éstos, nerviosos y acelerados, buscaban, también

perdidos en el desconcierto generalizado, las palabras que explicaran lo mejor posible lo sucedido en su ausencia; pero todos ellos ya se encontraban demasiado lejos como para que ella pudiera comprender lo más mínimo.

Aquél empezaba a ser un día de esos que había decidido denominar: de feria. Un sube y baja de emociones y estados de ánimo que tan pronto estaban en lo más alto como a ras de suelo; y ahora no cabía duda de que se encontraba en lo más bajo posible, pues algo malo, muy malo estaba sucediendo para encontrarse la mansión bajo aquél ajetreo que nunca antes había visto, que Clementina desde luego no permitiría y que era tan diferente y enigmático al de primera hora de la mañana, cuando ella misma había dispuesto el viaje al cementerio.

Movida por el galopar de varios caballos, Alicia volteó su cuerpo hacia la villa, a través de cuyo horizonte comenzaba a dibujarse el carruaje de su abuela.

—Ahora sí que se va a enfadar —sonrió la niña qué, desobedeciendo de nuevo las órdenes de los mayores, en este caso la de su apreciado pirata, se introdujo rápido en la mansión para dirigirse a su alcoba. Pero apenas pudo comenzar a subir las escaleras que conducían a la segunda planta cuando Ricardo y el resto de criados la atropellaron bajando alocados y entre nuevos gritos cargando todos ellos de forma torpe y brusca a un



hombre anciano, arrugado y maloliente, que Alicia no conocía de nada.

La niña, ante la avalancha, pegó su cuerpo junto a la dura y vetusta barandilla y procuró ocupar el menor espacio posible.

La cara de aquél señor era extraña y aterradora, con los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida; con la boca entre abierta dejando ver un puñado de dientes podridos y un hilo de baba resbalando por la barbilla y el cuello.

Cuando el grupo bajó las escaleras por completo y atravesó el pasillo y el basto recibidor, el carruaje que traía de regreso a Clementina ya se encontraba junto a la puerta.

La abuela de Alicia al presenciar lo que estaba sucediendo, en contra de lo que la pequeña creía, ni se inmutó haciéndose a un lado para que sus empleados pudieran introducir al anciano en el transporte y para que a continuación éstos mismos la ayudaran a subir a ella también, volviendo a desaparecer el carruaje a lo lejos de la misma manera que la pequeña lo había visto acercarse a la mansión hacía tan solo unos segundos.

En apenas un instante y en la ausencia de varios de los sirvientes, de Ricardo y de Clementina, el hogar volvió a recuperar la normalidad y el silencio. Alicia, entre tanto, había terminado de subir las escaleras. Estaba confusa a la par que asustada, dos estados que se aferraban a ella como las garrapatas y las alergias de la primavera, y que

no sólo debía de sufrirlas de manos de su abuela como así en su día las sufrió de su madre, sino ahora también de aquél anciano extraño y desconocido que además se las había proporcionado sin abrir la boca.

Alicia estaba segura de que el día no podía dar más de sí. En el fondo, los últimos acontecimientos la habían abierto los ojos y el cajón de la desesperanza. Quizá fuera tonta o inútil como siempre la habían calificado, pero a esas alturas de la tarde estaba segura de que la vida era muy fea. Pero lo que la pequeña Alicia no sabía es que su feria, su noria particular no había hecho nada más que comenzar a girar, y su confusión, su oscuridad y su tormento se desvanecieron poco antes de llegar a la puerta de su habitación al final del pasillo.

Una de las puertas contiguas a la de su cuarto se encontraba abierta de par en par y, para desilusión de Alicia, recordando la historia del diamante mágico y de los seres de los que no podía hablar del mayordomo Ricardo, no era la que daba acceso a la buhardilla.

Cuando la niña se acercó a la entrada de la estancia, la fuerte y extraña luz de su interior se adentró en sus ojos sin piedad. Hicieron falta más de dos minutos para que sus pupilas al impacto lumínico del cuarto y para que recuperase la vista por completo. Entonces, lo que contempló a continuación, la resultó demasiado familiar y sorprendente para ser cierto.



Una gran cama vieja se imponía en el centro de la estancia alzándose sobre oscura y desgastada madera, frente a un vasto ventanal que cubría casi toda la pared del fondo. Varias mesitas atiborradas de figuras, marcos y papeles la flanqueaban. Desperdigado por el resto del cuarto se podían observar trapos, pequeños espejos, sillas y envases sucios, raros y desconocidos para Alicia y, en la esquina más alejada, un gran baúl qué, sin lugar a dudas, fue la gota que colmó su baso.

Alicia se pellizcó en la mejilla con fuerza. Debería de estar soñando, pues aunque sólo hubiera visto una vez el cuarto de su madre, de Apolonia justo el día que Clementina la llevó con ella arrancándola de su hogar como a un pelo muerto de la nariz, aquella era una réplica exacta de la alcoba de sus padres; del lugar más desconocido de su vieja casa. Del lugar en el qué, y era sorprendente cómo se había podido olvidar todo este tiempo: había encontrado a su confidente; su librito de desgastado cartón negro. Su diario.

—Pero cómo he podido olvidarme... —susurró hablando para sí misma— ¿Dónde estará? ¿Dónde lo habré guardado?...

Alicia levantó la mirada hacia el borde superior de la puerta como deseando que las respuestas cayeran de ahí de la forma más mágica posible. Pero no solo no lo hicieron sino que comenzaron a despertar de su interior, como bellos erizándose, un centenar de inquietudes más.



—¡Ay no! —se lamentó— Y si quedó en la casa de mis papás...

Con la extrema rapidez con la que acontecieron los hechos que terminaron por trasladarla a la mansión, esa era una posibilidad que contaba con un elevado crédito para ser cierta. Pero no el suficiente para Alicia, que cavilando anclada aún en mitad del pasillo en busca del paradero de su diario, no se iba a dar por vencida tan rápido. Y menos ahora que sucedía la curiosa coincidencia de que Clementina y Ricardo no se encontraban en la mansión.

Debía de ser que la deslumbrante luz que inundaba aquella estancia misteriosa no sólo la había emborronado la visión sino que también la había despertado parte de su cerebro y de sus recuerdos perdidos. Pero no una parte cualquiera: la destinada durante mucho tiempo a ejercer de detective, policía y ladrona en sus juegos diarios.

Alicia volteó la cabeza hacia el final del pasillo, mirando la puerta de entrada a su cuarto.

—Si actúo con rapidez —continuó diciéndose en susurros — antes de que regrese mi abuela y el pirata ya estaré en la habitación encerrada.

Por un momento a Alicia se la acumuló el trabajo y es que no se había dado cuenta hasta ese momento de que en ausencia de los patrones y guardianes de la mansión, el resto de los criados que habían quedado en ella no hicieron el mínimo esfuerzo de preocuparse de lo que hacía o dejaba

de hacer, lo cual la ofrecía un respiro de libertad que, sin lugar a dudas debía de dedicar a buscar su amado librito. Y recordando... también a buscar el diamante mágico. Pues aunque le había prometido al mayordomo que no lo haría dado su peligro, la curiosidad por ver su aspecto era más poderosa.

—¡Pues vamos allá! ¡A investigar toda la mansión! —concluyó Alicia con el ánimo por todo lo alto y una gran sonrisa en sus labios.

Pero antes de que pudiera dar el primer paso de su nueva peripecia, un golpe procedente del exterior la asustó. Sin pensarlo un segundo y temiendo que su abuela ya estuviera de regreso, se adentró veloz en el extraño cuarto cruzándolo hasta encaramarse al ventanal. Más allá de los muros de la mansión, al otro lado de la valla, en la soledad de la villa y bajo un alargado suspiro de alivio, Denis se encontraba crucificado en el suelo boca abajo junto a su triciclo, volcado y ocultado en partes por la nieve.

Alicia lo observó durante largos segundos en los que el muchacho no se movió un ápice. La tranquilidad momentánea de la niña dio paso al temor, y el miedo a que le hubiera pasado algo a su amigo lejano, como ya le había empezado a considerar, se apoderó de ella empujándola a salir del cuarto, a atravesar el largo pasillo de nuevo, a bajar por las escaleras con la misma rapidez con que los criados de Clementina la habían atropellado cargando



al terrorífico anciano, y a salir de la mansión por la puerta principal, que aún permanecía abierta, para plantarse como si nada en la casa vecina a tan solo un palmo del pequeño Denis. Y todo ello, lo que volvió a resultarla sorprendente y a lo que no acababa de acostumbrarse, sin que ninguna de las personas de la mansión la dijera, la preguntara o la detuviera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la niña con un hilo de voz débil.

El pequeño Denis, simulando estar inconsciente y creyendo que la voz y la presencia que se encontraba de pies tras él era la de su madre, contó hasta tres y se giró, levantándose de forma veloz hacia la niña al grito de: «¡te asusté!», pero al comprobar que la figura que se encontraba frente a él no era la que esperaba, el semblante de pillería y alegría de su cara se esfumó como una bocanada de aire.

—¡Ups!, lo siento —dijo Denis sin dejar de mirar asombrado a Alicia, que del susto había retrocedido varios centímetros de un salto—. Tú eres la niña de la ventana, ¿verdad?

Alicia se giró y levantando el brazo señaló su cuarto en la mansión, sin darse cuenta que al mismo tiempo el niño también se había girado en dirección opuesta sin prestarla la más mínima atención.

—¿Y madre? —preguntó el muchacho en voz alta hablando solo.



Irene, a la que Denis siempre hallaba junto a la puerta de entrada a su casa, esta vez no se encontraba allí. Una rareza atípica que el niño recibió encogiéndose los hombros y apretando los labios.

Cuando el pequeño volteó de nuevo la cabeza, Alicia aún seguía allí inmóvil y observándole con detenimiento.

—Me llamo Denis —dijo él con voz inocente—, ¿tú cómo te llamas?

—Alicia.

—¿Quieres jugar conmigo, Alicia? —preguntó señalando su triciclo volcado sin dejar de mirar a su nueva amiga.

—Pues... —dudó Alicia mirando con un ojo al niño y con el otro al roído juguete, alrededor del que había comenzado a revolotear una hermosa mariposa naranja, amarilla y negra que la resultó, como todo en aquél día, muy conocida.

No era por falta de ganas, pero el tiempo se la había convertido en oro en la ausencia de Clementina, y otra oportunidad como aquella en la que poder inspeccionar la mansión de arriba abajo a sus anchas en busca de su diario y de la piedra mágica seguro que no se volvería a presentar. Aunque la costase creerlo y jamás pensase que diría eso: «no era el momento para juegos». Al menos no para el que le proponía Denis.

Sin embargo había algo extraño en la mariposa que aún se encontraba junto a ellos que la impidió salir corriendo hacia la mansión tras

comprobar que el niño se encontraba bien. Su vuelo imperfecto, sus colores hipnóticos... No sabía lo que era, pero su infinita hermosura ya la había contemplado con anterioridad, de eso estaba segura.

No permanecía inmóvil un segundo. De arriba abajo, de abajo a la derecha; sin un patrón de movimiento predefinido, como borracha, como con sueño. Como solía caminar Alicia de camino a su cuarto tras una dura jornada de juegos divertidos y peligrosos en la casa de sus padres, con los ojos entre abiertos y el alma preparada para el descenso vertiginoso a los rincones más profundos del subconsciente que la transportaba a lugares lejanos en los que podía ser más libre y feliz de lo que tristemente creía que era.

—¡Claro! —cayó en la cuenta al fin.

Denis aún contemplaba a la niña con una sonrisa en los labios, con el brazo extendido hacia el triciclo y el eco de su proposición flotando en el aire. Pero Alicia no se encontraba allí en esos momentos.

En menos de un parpadeo y de un suspiro, tan rápido como viaja la luz del sol, la niña había regresado a través de sus recuerdos al cementerio en el que había estado por la mañana, aquél lugar en el que parecía ya definitivo que descansaban sus padres, César y Apolonia, y sobre cuya tumba, justo antes de que Clementina la gritase por última vez, había visto batir sus alas a una mariposa de la

misma forma y color a la que se encontraba entre Denis, su Célérifère y ella, recordando detener su vuelo en un punto exacto a poca distancia de donde ella se encontraba arrodillada mientras Ricardo terminaba de contarle la historia de las almas acomodándose el parche de cuero de su ojo tras el qué...

—¡Claro, claro! —volvió a sorprenderse Alicia atando cavos, regresando de su viaje mental y levantando esta vez en exceso la voz haciendo de su exclamación un grito que cayó sobre Denis como una bomba que borró de inmediato su semblante alegre.

—¿Qué te pasa? —preguntó el niño con el entrecejo fruncido y timidez desmesurada.

Si Ricardo llevaba razón en lo que decía y las conclusiones de Alicia eran certeras: algo malo estaba pasando en el cementerio. Si la niña no recordaba mal las esencias se transformaban en mariposas y permanecían junto a las personas que quisieron. Unas esencias que sólo abandonaban el cementerio si alguien o algo las interrumpía el sueño; y ese alguien no podían ser otros que los seres de los que no podía hablar y que seguramente venían a buscar la piedra mágica para ser liberados de su condena.

De igual forma, si seguía recordando como debía, el pirata había mencionado que el diamante mágico se encontraba bajo el símbolo de una mariposa... ¡una exactamente igual a la que había

visto por la mañana en el cementerio, a la que ahora se encontraba junto a Denis y a ella en el jardín y a la que llevaba Ricardo en la parte interior de su parche!

Ahora sí que Alicia no podía perder más tiempo, consciente de las prioridades y de que la búsqueda de su diario debía de esperar a su regreso; siempre y cuando Clementina no hubiera vuelto a la mansión para entonces.

En contraposición a la pequeña desilusión de tener que posponer esta aventura, sabía la forma de no desilusionar también a Denis negándole jugar con él.

—Denis —pronunció Alicia acercándosele y tomándole con sus dos manos por los hombros situando su cara frente a la suya— se me ha perdido una cosa muy valiosa en el cementerio y tengo que recuperarla. ¿Quieres acompañarme?

—Pues, no sé... ¿al cementerio? —dudó el niño atemorizado.

Alicia, con la cara partida en dos entre descompuesta y alegre, sin moverse un solo centímetro junto a Denis asintió con la cabeza levemente. Ante la atenta mirada del muchacho, los ojos de la pequeña eran como los de un gato recién nacido pidiendo leche, algo que Denis no la quiso rechazar pero qué, en el fondo, tampoco quería ofrecerla por lo qué, meditando durante varios segundos, encontró la que seguramente era la salida más correcta.



— Está bien — respondió Denis— pero antes tengo que ir a avisar a madre para pedirla permiso. A lo mejor ella nos puede acompañar.

— No hay tiempo Denis — repuso Alicia soltándole de los hombros y agarrando fuerte y decidida una de sus manos—; se nos hace tarde y tenemos que irnos ya.

Sin que el niño pudiera decir una palabra más, Alicia lo apretó contra ella mientras se giraba y emprendían una carrera tan rápida y segura que incluso en menos tiempo que en sus ensoñaciones y en sus viajes mentales, se presentaron junto a las verjas de entrada al campo santo, y en contra de lo que Alicia suponía, cuando Denis y ella se detuvieron por completo antes de entrar, la noche ya se les había echado encima.

— Alicia... tengo mucho miedo — susurró Denis sin soltar la mano de la niña—. No deberíamos estar aquí.

— No te preocupes — le tranquilizó Alicia acariciándole la mano con los dedos sin dejar de agarrarle—. No vamos a tardar nada. Será muy rápido; entremos.

Denis asintió con la cabeza más por obligación que por gusto. Alicia, a través de su unión, había empezado a notar débiles temblores en el muchacho, mientras su rostro se volvía tan pálido como la luna, la única luz en lo alto y en el horizonte que era capaz de iluminarlo todo casi tanto como el primer sol de la mañana.



—Ricardo, el mayordomo de mi abuelita Clementina —continuó la niña en su afán de espantar cualquier miedo que rondase al pequeño Denis mientras se introducían en el cementerio y avanzaban hacia la tumba de César y Apolonia—, me ha contado que en estas tierras hay unos seres malvados que buscan un diamante mágico que les haga volver a ser personas como nosotros, pero que si lo encuentran, seremos nosotros los que nos convertiremos en esas feas criaturas.

—Madre también me la ha contado —aclaró el pequeño—, pero yo no me la creo.

—¡No! —repuso Alicia deteniéndose— No digas eso. La historia es cierta. Es más, te voy a contar un secreto.

Alicia soltó la mano del pequeño Denis, revisó su alrededor de un lado a otro y, tomando un gran sorbo de aire, le susurró al oído:

—La piedra mágica está escondida en la mansión de mi abuela. Creo que en la buhardilla, arriba en lo más alto y oculta bajo un símbolo.

—¿Qué símbolo? —preguntó Denis con el mismo tono de voz que la niña y estando ya de forma plena bajo su embrujo al igual que ella estaba bajo el de Ricardo cada vez que él le contaba una historia.

—Una mariposa. Una igual a la que he visto esta mañana en este lugar junto a la tumba de mis padres.

—¿Tú ya has estado aquí antes?

—Sí, con mi abuela.

—¿Y no tienes miedo?...

Alicia dudó qué responder perdiendo su mirada hacia el oscuro manto de picos de cruces por el que estaban a punto de adentrarse. Si Denis hubiera sabido que la razón por la que ella le había arrastrado hasta allí era porque tenía aún más miedo que él, seguramente ninguno de los dos se hubieran encontrado allí en ese momento. Pero la niña no estaba dispuesta a mentir a su nuevo amigo y le contestó con franqueza.

—Claro que tengo miedo; pero ya estoy acostumbrada a este tipo de misiones, por lo que no temas. A mi lado no te pasará nada.

Denis asintió sin estar del todo seguro.

—La mariposa que vi esta mañana en este mismo lugar —aclaró Alicia— era idéntica a la esencia de mi mamá, y que me visitó por la tarde cuando tú estabas tumbado en la nieve; y la misma que Ricardo lleva pintada en el parque de su ojo. Y estoy segura que no es una casualidad.

El pequeño Denis no entendía nada, pero no dejó de prestar atención a la niña un segundo.

—Si la esencia de mi mamá —continuó ella— es igual en color y forma a la del parche del pirata y, por lo tanto, a la del símbolo bajo la que se oculta la piedra mágica, es porque quizá mi mamá sepa dónde se encuentra con exactitud. Por eso tenemos que ir hasta el lugar en el que descansa y preguntárselo. Y todo ello sin que nos vean aque-

llos de los que no podemos hablar, que puede que también estén por aquí.

Denis continuó asintiendo sin voluntad ninguna, perdido en su propia mente como en un laberinto, pero con la fuerza justa en sus cuerdas vocales para contestar a Alicia:

— Está bien, pero rápido. Quiero volver a casa.

Alicia volvió a agarrar la mano de Denis y continuaron cementerio adentro. Cuando llegaron al lugar indicado, el que la niña había guardado a fuego en su memoria, le soltó y se arrodilló a los pies de la sepultura de sus padres del mismo modo que lo había hecho hacía tan solo unas horas.

— Esta mañana una docena de mariposas se cruzaron por aquí delante —explicó Alicia a su amigo mientras agitaba los brazos de un lado a otro para que comprendiera con la máxima precisión posible lo que estaba diciendo—. Una de ellas, naranja, amarilla y negra, los mismos colores que tiene la que Ricardo lleva en su ojo, se posó... veamos... ¡aquí delante!

Alicia señaló un punto sobre la nieve en la base de la tumba. Un montículo de polvo blanco que parecía ocultar algo debajo.

— Sí, aquí es, estoy segura. ¡Venga Denis, ayúdame!

Denis era cada vez un manojo de dudas aún más grande. Para empezar no sabía qué lugar era aquél más allá de lo que Irene le había contado



cuando él le preguntaba al verlo mencionado en sus lecturas: una tierra bendecida por Dios, el que para ella era el creador de todo, a la que sólo podían acceder aquellos que él mismo llamase. Un lugar que a sus ojos no se asemejaba a la idea que había concebido en su mente y que si no fuera por los hechos de que no había dicho a su madre dónde iba y de que tanto él como Alicia podían estar rodeados de unos seres malvados de los que desconocía su aspecto, no le daría tanto miedo.

Que recordara, Denis nunca había estado tan lejos de su hogar ni tanto tiempo separado de su madre; y eso le asustaba aún más. Lo desconocido del mundo siempre había comenzado para él donde terminaba el verde del jardín sobre el que jugaba todos los días y donde se alzaba la voz de Irene cuando se alejaba unos centímetros más.

El camino por el que Alicia le había conducido a aquél lugar le había resultado mágico por completo plagado de detalles que sólo pudo saborear a medias, siempre con los sentidos, la cabeza, el alma y el corazón divididos entre si lo que hacía estaba bien o mal. Más el hecho de que aquella niña de pelo oscuro a la que empezaba a conocer parecía contenta a su lado; algo más terrorífico y desconocido aún para él, pues salvo su propia madre nunca había tenido un amigo, o en esta caso una amiga con la que jugar.

En cierto modo y con el paso de los minutos, el niño había comenzado a dudar de si en realidad

a Alicia se la había perdido algo en aquél lugar, de si realmente quería encontrar allí la piedra mágica o de si sólo era lo que él más deseaba: un juego nuevo y extraño que desconocía. Pero lo que Denis si tenía claro del todo era que Alicia sabía y conocía muchas más cosas de las que el mismo creía saber, algo por otro lado normal al ser más pequeño de edad y corto de estatura que ella. ¡Y quería aprender sus conocimientos! A Irene le había tocado el deber de instruirle mentalmente, de enseñarle el mundo a través de los libros. Ahora a Alicia le tocaba enseñárselo de verdad, por lo que aclarando en una mínima porción sus dudas obedeció a la niña y se arrodilló junto a ella para es-carbar el montículo de nieve.

—Cuando mi abuela me gritó para que volviéramos a casa —siguió contando Alicia mientras trabajaban juntos— una mariposa igual a la de la esencia de mi madre se había posado justo en este lugar.

—¿Qué es una esencia? —preguntó Denis sin perder de vista sus manos en la nieve.

—Es en lo que se convierten las personas que queremos cuando mueren. Y aquí es donde descansan a partir de ese día.

—¡Ah! —se sorprendió Denis sin entenderla del todo— Creo que madre me mandó leer un libro sobre algo parecido, pero no lo recuerdo bien.

—Tu mamá es esa mujer que siempre está de pies en la puerta de entrada a tu casa, ¿verdad?

—Sí; es muy buena. Se llama Irene. ¿Y la tuya entonces se encuentra aquí?

—Sí —contestó Alicia que a la par que retiraba la nieve del montículo levantaba la cabeza hacia el horizonte en busca de las criaturas que tanto temía—. Se llama Apolonia y mi papá César. Los dos viven aquí.

—¿Y desde hace mucho? —prosiguió con su interrogatorio el pequeño Denis.

—Pues al parecer sí, pero yo me he enterado esta mañana.

El niño, abriendo la boca y enfocando su mirada hacia la de su amiga, asintió con la cabeza una vez más.

—¡Mira, Denis! —exclamó Alicia levantando su mirada del suelo para fijarla también en la de su amigo—. ¡Mira lo que hemos dejado al descubierto!

Una gran vela de cera de forma redondeada había quedado al descubierto. Parecía nueva, como si nunca hubiese sido encendida con el rabo de mecha de su centro superior rígido como una orden de Clementina y oscuro como el mismo cabello de Alicia, que curiosa extendió sus manos hacia ella y la levantó.

—¡Mira, Alicia! —exclamó ahora Denis mientras las pupilas empezaban a salirse de los ojos.

La perfecta luna llena desde lo alto iluminó, en la base donde se encontraba el objeto, una pequeña llave de metal.



— ¡Es imposible! — se asombró Alicia soltando la vela de sus manos y llevándoselas a la cara.

Por un momento acababa de detenerse el tiempo y el miedo. Denis y Alicia se habían convertido en dos moles rígidas de carne absortas en un banal objeto, quizá deparado en aquél lugar fruto de la casualidad, pero que no había hecho sino terminar de dar crédito a una historia que Alicia siempre tomó como cierta pero que el muchacho no terminaba de creer. Sin embargo ahí estaban todas sus respuestas e ilusiones.

Despertando del ensimismamiento con un escalofrío Alicia agarró la llave entre sus dedos como lo había hecho con la vela y la miró fijamente.

— ¿Qué puerta abrirá esa llave? — preguntó Denis mientras veía a la niña ponerse en pie.

— Creo que yo lo sé — respondió Alicia—. Y vamos a ir a comprobarlo ahora mismo.

La niña, sin desviar su mirada de la llave, encaró el camino de salida del campo santo sin esperar a Denis, que aún de rodillas a los pies de la tumba seguía sin creerse del todo lo que estaba ocurriendo. Pero a los pocos pasos se detuvo en seco consciente de que todavía le faltaba algo por llevar a cabo; algo que Clementina la había impedido hacer por la mañana y que sus ávidas emociones no se lo impedirían ahora.

Alicia dio media vuelta y regresó a la tumba de sus padres. Denis ya se había puesto de pies dispuesto a seguirla.

El sepulcro de César y Apolonia era un completo desastre dentro del impecable e impoluto manto blanco que cubría el resto del cementerio. Nieve retirada, amontonada y desperdigada de un lado para otro que dejaba constancia de lo que allí había ocurrido y que podría ser un punto revelador para los seres de los que no podían hablar si se dignasen a aparecer por allí en busca de lo que Alicia ahora poseía. Y ella sabía que tarde o temprano acabarían haciéndolo, por lo que volvió a arrodillarse deshaciendo cada uno de los pasos que había dado hasta descubrir la llave, mientras en el esfuerzo decía:

— A lo mejor, mamá, no me puedes escuchar, pero quiero que sepas que te quiero. A ti y a papá. Os echo de menos. Echo de menos estar en casa. Pero sé que ahora tengo que estar junto a la abuela. Denis, sin saber muy bien qué hacer, se quedó observando a la niña sin moverse, contemplando cómo de su pálido rostro comenzaba a resbalar un hilo de lágrimas, las que en sus bruscos movimientos se precipitaban contra su vestido negro, contra el suelo blanco y contra su alma herida.

— Gracias mamá por venir a verme esta tarde — continuó Alicia —. Sabía que querías decirme algo. Ojalá me hubieses contado este secreto antes. ¿Cómo es que tú conocías la historia de la piedra mágica y tenías en tu poder la llave de su ocultamiento?... Da igual. Gracias por compartirlo conmigo. Gracias por querer jugar ahora conmigo.



Cuando la pequeña Alicia terminó de alisar la nieve, de tapar cada uno de los agujeros y de ocultar la lápida por completo, Denis ya le estaba esperando con la mano tendida y una sonrisa de oreja a oreja capaz de borrar en un solo segundo las penas, los recuerdos y hasta los restos de lágrimas de la cara de la niña, que tendió su mano a la de él sin mediar una sola palabra más para esta vez sí, dirigirse hacia la salida del campo santo y de regreso a la villa y a casa.

Con el paso de los minutos, a través de las nubes y de la noche que cada vez se hacía más oscura, la luna llena fue desapareciendo en lo alto hasta ocultar por completo el cementerio, que poco a poco los niños fueron dejando atrás, y la villa, como un punto cada vez más insignificante en su horizonte.

—Tengo frío —tartamudeó Alicia en mitad del camino mientras avanzaban a ciegas.

—Yo también; y hambre —añadió Denis.

—Será mejor que nos demos más prisa.

—Pero cómo, ¡si no vemos nada! —repuso el pequeño al que por momentos volvía a apoderarle el miedo como cuando habían atravesado aquellas mismas tierras en dirección contraria de camino al campo santo.

—Espero que Clementina y Ricardo aún no hayan vuelto —susurró Alicia.

—¿Quién es Ricardo? —preguntó Denis sin perder la vista del suelo.



— El mayordomo de mi abuela. Es una persona muy buena; ya le conocerás.

Denis asintió con la cabeza mientras veía desaparecer sus propio pies delante de él y mientras su amiga se convertía en una borrosa sombra que acabó por paralizarle de forma brusca y sin que Alicia se diera cuenta de ello, arrastrando su fría mano y su cuerpo paralizado hacia adelante hasta que en el esfuerzo se tropezó y le tiró contra el suelo.

El fuerte golpe resonó como un estruendo en la oscuridad, como las campanas de la iglesia de la villa los domingos. Como una bomba en mitad de la guerra; como los latidos del corazón de la niña en la soledad de la casa de sus padres, tiempos ya lejanos que volvían a acudir a ella, como las primeras y asiduas ensoñaciones que recordaba, asustándola en demasía al dejar de sentir la mano de Denis junto a la suya.

— ¡Denis, dónde estás! — gritó la niña al vacío sin dar un paso más — ¿Estás bien?

— ¡Aquí, Alicia, aquí! — contestó Denis desde el suelo elevando aún más que su amiga la voz y haciendo que ésta viajara en eco a través de la noche mucho más allá del espacio que les separaba y de cuanto ambos se imaginaban tener delante de sus narices.

Pero Alicia sin darse cuenta se encontró completamente perdida en mitad de la nada en la que acababa de convertirse aquél lugar, dando vueltas

sobre sí misma persiguiendo la voz de Denis sin certeza alguna, y tropezando una y otra vez con ramas, piedras y la nieve acumulada a los lados del camino.

Aquella circunstancia era la única con la que la niña no había contado al inicio de la tarde, y que ahora en mitad del pánico, de la soledad y de la oscuridad que comenzaba a devorarla los huesos, la sangre y la cordura, fue incapaz de darse cuenta cuál había sido su error y de cómo podía solucionarlo de forma inmediata por el bien de su amigo y, sobre todo, por el suyo propio.

La señora Clementina debía de ser ya un manojo de nervios entre los dientes del mismísimo diablo, y si el estado de ansiedad en el que empezaba a encontrarse Alicia, o la temperatura, que según avanzaba la noche descendía más y más, no la mataban, ella lo haría al encontrarse ambas de nuevo cara a cara.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —gritó desesperada la pequeña echándose bruscamente contra el suelo en busca de su amigo, al que por un rato dejó de escuchar.

—¡Denis! ¡Denis! —continuó gritando. Pero el niño no contestó.

La soledad ya no podía ser más absoluta y Alicia comenzó a llorar como nunca antes lo había hecho, abrazada al aire, al barro y a la miseria de una vida que ya no podía tocar más fondo. O quizá sí, cuando con el paso de los minutos el brusco



descenso de las temperaturas formó una fuerte tormenta que la bañó de lástima y crueldad. Al menos ahora no tenía que secarse las lágrimas si por alguna casualidad remota conseguía regresar a la mansión, pensó recuperando brevemente la compostura, mientras el exceso de frío que comenzaba a recorrerla hasta el alma la empujó a levantarse del suelo y a avanzar a tientas en la negrura en busca de algún árbol donde poder refugiarse de la lluvia, de la hipotermia y de la soledad.

Al cabo de un rato, cuando lo encontró, una luz en el horizonte había comenzado a brillar; y con ella todas sus esperanzas de salir de aquella angustiosa situación.

— ¡Hola! ¡Alguien me oye! — gritó Alicia despegándose del tronco al que se había encaramado y avanzando lenta y segura hacia la luz — ¡Denis, estás ahí!

Denis seguía sin contestar, pero el foco lumínico que acababa de avistar era cada vez más grande e intenso.

Cuando Alicia logró avanzar una veintena de pasos a través de la penumbra que ahora cernía el lugar, pudo observar a lo lejos, no sin dificultad, las formas de una vieja casa a cuya vera se encontraban una joven mujer de gran altura conversando con un hombre al que no cesaba de acariciar y besar. Un hombre cuyas vestiduras la sonaban demasiado como para ser real, pero que se confirmaron para su alegría cuando tras avanzar otra

docena de pasos más comprobó que no era otro que el pirata Ricardo. Por fin, pensó, esa pesadilla llegaba a su conclusión.

Tras varios minutos, los incesantes alaridos con los que prosiguió la pequeña llegaron a través de la noche y de la lluvia a oídos del mayordomo melencólico que, tras dar veracidad a la sorpresa de lo que estaba escuchando, se despidió de la mujer y se dirigió hasta la posición de la que provenían abriéndose paso en la oscuridad cargado con una pequeña antorcha.

Cuando la niña le tuvo a su lado le abrazó con el resto de fuerzas que la quedaban.

— ¡Señorita Alicia, qué hace usted aquí! — continuó sorprendiéndose Ricardo mientras la recibía en sus brazos—. La he buscado por toda la villa. ¡Menudo susto me ha dado! Si no la encuentro su abuela de usted me mata, y luego la busca a usted y la mata también.

Ante la reprimenda del mayordomo la niña, avergonzada, no separó un segundo su cuerpo del suyo, evitando su mirada e intentando dosificar con su ternura su enfado.

— ¡Se puede saber por qué no está usted en la mansión! — prosiguió el pirata con una extraña entonación en su peculiar forma de reñir, como a medias, como si no supiera o como si nunca antes lo hubiera hecho; firme pero sin elevar ni endurecer su tono de voz en exceso— Aunque diciéndola la verdad casi prefiero no saberlo. Lo mejor será que



nos vayamos de aquí y recemos porque su abuela se haya creído que está usted en la cama.

—¡No! —gritó de improviso la niña dando un brinco y retrocediendo, separándose de Ricardo.

—¿Por qué no? —se extrañó él cambiando su semblante, poniéndose en la peor de las situaciones ante la respuesta de Alicia.

—¡Porque tenemos que buscar a Denis! ¡No sé dónde está!

—¡Ah, Denis! —respiró aliviado el mayor-domo esperando que la niña le contara algo mucho peor— Pero... ¿quién es Denis, señorita?

—Es mi amigo, Ricardo. Hemos venido hasta aquí los dos juntos pero cuando se hizo de noche le perdí; o él me perdió a mí, no lo sé. ¡Nos perdimos! Tienes que encontrarle, por favor.

Alicia era un cúmulo de emociones cogida con dos dedos. Tan pronto lloraba como sonreía o se desesperaba entre la incesante lluvia. Su mente, su alma y su corazón, movidos por las circunstancias como las hojas del otoño por el viento, se conseguían descubrir a través de su desaliñado aspecto exterior, el fiel reflejo de todo cuanto poseía en esos momentos, ya deseara tanto encontrar su diario como jugar con su nuevo amigo; volver a ver a sus padres como recostarse en su cama y dejar volar su imaginación a través de los sueños que en otras épocas tanto la habían dado.

Mojada hasta los rincones más ocultos de su cuerpo, su vestidito y su pelo negro azabache es-

taban empapados de agua y barro como un trapo de cocina y si no hubiera sido por su piel tan blanca hubiese pasado desapercibida ante los ojos de Ricardo, mimetizada con el paisaje como una única y diminuta estrella en mitad del basto cielo nocturno o una cerilla encendida entre las llamas del infierno.

El pirata no salía de su asombro y estaba seguro de que le iba a costar varios días digerir la peripecia de la muchacha, lo mismo que la costaría a ella tranquilizarse y volver a entrar en calor.

—Está bien —susurró Ricardo a la niña arropándola con su abrigo y tomándola por los hombros—. Vamos a buscar a ese amigo suyo de usted, Denis; y luego nos vamos para la mansión. Pero tenemos que darnos mucha prisa por lo que no se separa de mí.

Alicia asintió y le volvió a abrazar. Una abrazo corto esta vez, que vino acompañado de unas dulces palabras:

—Gracias Ricardo. Te quiero.

Por un instante el mayordomo miró a la niña en completo silencio. No había visto nada más tierno en su vida desde el nacimiento de su propia hija, y de eso hacía ya mucho. Sin duda, y pese al poco tiempo desde el que se conocían, Alicia tenía algo especial para él; y él para ella.

—Yo también la quiero señorita —expresó al final Ricardo—. Y ahora a buscar a su amigo ese de usted, ¿verdad?

Denis, el pobre, apareció ante los ojos del mayordomo al cabo de un rato recostado y engullido sobre la nieve del borde de la senda principal que conducía a la villa con la cara y las manos moradas y rojas y la ropa encharcada. A punto de entrar en estado de hipotermia, drogado por completo de miedo y frío, ni cuenta se dio cuando Ricardo le cargó en sus brazos, ni cuando Alicia le besó en la mejilla al volver a verle, ni cuando se apresuraron en una veloz carrera de regreso a la mansión.

—Señorita, usted vaya a su alcoba —susurró el melenudo al oído de la niña en el umbral de la puerta de entrada—. Recuerde que su abuela cree que está usted durmiendo. No haga nada de ruido y, sobre todo, no diga una palabra, nunca jamás de los jamases, de su escapada de hoy a nadie. ¿Prometido?

—Prometido.

—Yo llevaré a Denis a su casa. Dijo que era la colindante, ¿verdad?

Alicia asintió con pie y medio dentro de la mansión mientras comenzaba a sentir el calor de su interior y veía alejarse a su amigo y al mayordomo. A continuación cerró despacio la puerta y avanzó rápido y sigilosa hacia su cuarto a través de la penumbra y el silencio en el que se cernía la vivienda, mientras cada paso que daba quedaba grabado en el suelo con el agua y el barro que desprendía sin cesar de cada poro de su piel y de sus vestiduras. Cuando encaró el camino del basto pa-



sillo de la segunda planta, una luz al final de él la sorprendió. Un haz rojizo y amarillento que provenía del interior del cuarto anexo al acceso al ático, junto a su dormitorio, del mismo lugar desordenado y familiar desde el que por la tarde había visto a su vecino tumbado en la nieve haciéndose pasar por muerto y desde el que había recordado parte de su pasado más cercano.

Cuando Alicia llegó a su altura, encontró a través de la puerta entreabierta a su abuela Clementina postrada a los pies de la cama conversando en susurros con el anciano al que los criados habían cargado en sus brazos a su regreso del cementerio, el que tumbado sobre el colchón y arropado hasta el cuello por cinco mantas presentaba una cara aún más terrorífica de lo que recordaba.

El hombre, calvo, arrugado y con un centenar de manchas sobre sus mejillas no paraba de agitarse y balbucear, escupiendo en su tosca charla con Clementina y ahogándose en su propia saliva cada poco tiempo.

Clementina iba y venía limpiando los vómitos del señor y mojando sus labios agrietados con un trapo húmedo; dejando y cogiendo hojas manuscritas del baúl del fondo y acomodándose una y otra vez a los bordes de la cama junto al anciano volviendo a retomar la conversación, la que llegaba a Alicia como un ligero soplo del viento pese a tener la oreja y la curiosidad pegada a la puerta haciendo caso omiso a las indicaciones de Ricardo.

— Me es imposible organizar semejante embrollo —decía su abuela—, ¿no lo entiendas? Todos los pasajes están mezclados, algunos perdidos y otros aún faltan por escribir.

— Tienes que completar el trabajo, como sea, y lo sabes —respondió el hombre con voz ronca y temblorosa tuteándola.

— Eso llevará más tiempo del previsto...

— ¡No tenemos tiempo! —interrumpió el anciano elevando mínimamente el tono y enfilando su mirada desafiante a la de la mujer — ¡Acaso no me ves!

— ¡Yo no tengo la culpa de que la inútil esa se muriera tan pronto! —respondió Clementina con su misma entonación agresiva.

Alicia no comprendía lo más mínimo el significado de la conversación, pero aun así no se separó de la puerta durante un rato.

— ¡Cuida tu vocabulario! —se exaltó en demasía el hombre cada vez más nervioso—, sobre todo cuando mencionas a la familia.

El anciano se había recostado con gran dificultad sobre la cama, destapándose hasta la cintura y dejando sus flácidas carnes al descubierto.

— Si no hubieras hecho lo que hiciste —prosiguió— y si no me hubieses arrebatado todo lo que me arrebataste nada de esto hubiera pasado. Pero no, ¡tú siempre tienes que salirte con la tuya!

Clementina se puso en pie de inmediato como poseída por cientos de demonios y comenzó a des-

plazarse lentamente de un lado para otro de la alcoba, y de su mente, sin saber qué responder al anciano. En el exterior, Alicia, que seguía perdida en la charla, estaba asombrada de la manera en que el hombre trataba a su abuela; pero más aún de que ella no opusiera su habitual resistencia a semejantes atropellos en contra de su nombre y educación.

— Recuerda el trato que ambos tenemos, mi querida — continuó el anciano bajando el tono de voz a un susurro amenazante—. Ya has cometido suficientes errores en tu vida, de los que has salido indemne, como para que pongas ahora en juego todo cuanto crees que ya es tuyo, y que se puede esfumar tan rápido como yo.

— Serías capaz...

— Igual de capaz que tú al arrebatarme a ese pobre ser.

— ¡Pues ya lo tienes aquí! — vociferó Clementina perdiendo el control — ¡No te es suficiente!

— Sabes de sobra que no. Y no hace falta que grites; pierdes todo tu encanto.

— ¡No juegues conmigo! ¡Te lo advierto!

— Tú sólo haz lo que te ordené y todo será como acordamos. Termina el trabajo que encargaste a esa persona que de forma injusta y desagradable llamas inútil y déjame vivir tranquilo al menos, mis últimos días.

— ¡Jamás! — volvió a vociferar Clementina agarrando un puñado de hojas que había coloca-

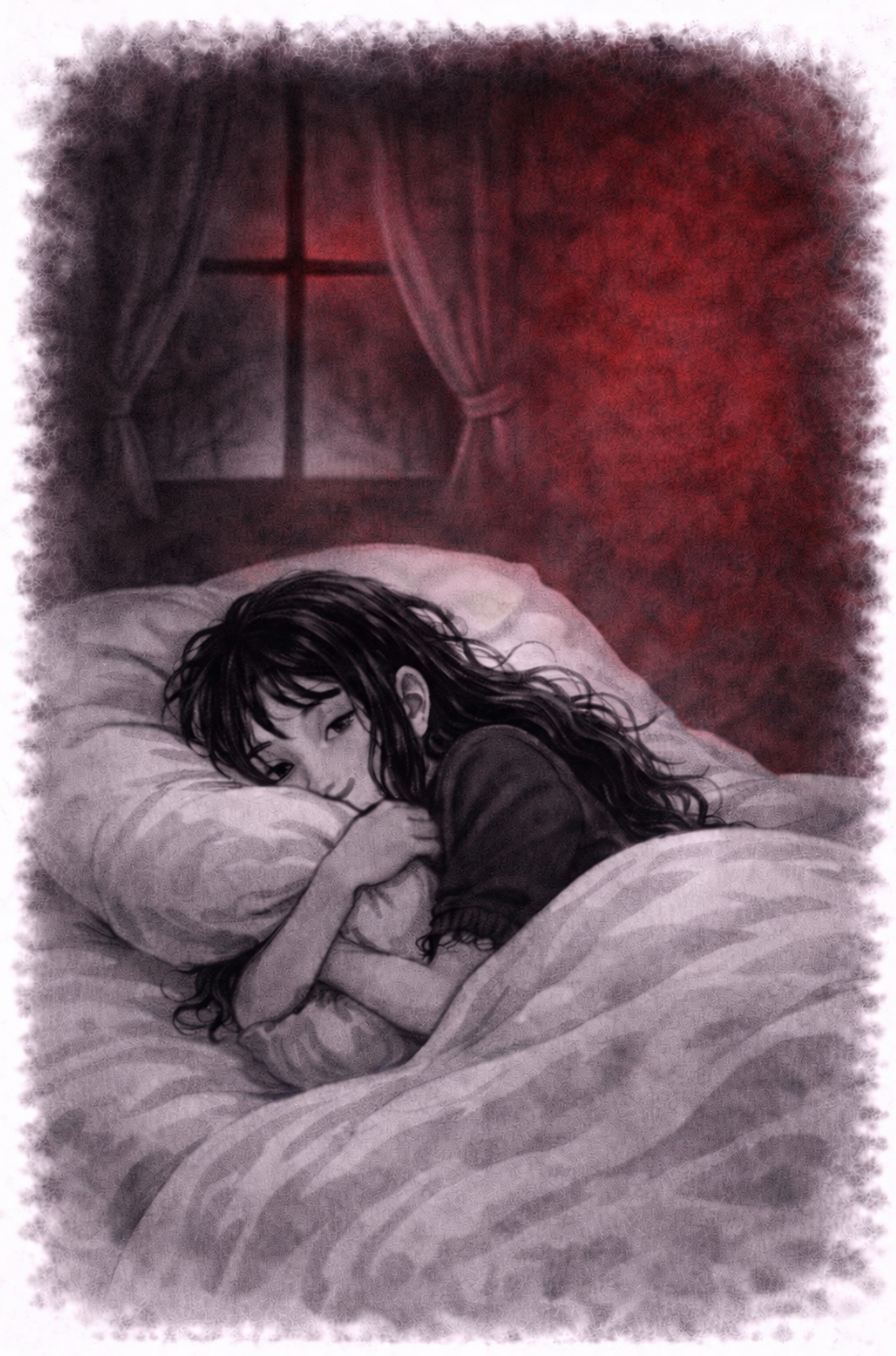
das sobre una cómoda y tirándolas con rabia al aire y al suelo.

El anciano, negando en silencio con la cabeza, volvió a recostarse sobre la cama y cerró los ojos. La tensión a la que le sometía Clementina había terminado por agotarle; a él y a Alicia, que de inmediato supo que la conversación del interior de la sala acababa de concluir y, por lo tanto, también su presencia al otro lado de la puerta en mitad del oscuro pasillo.

Su vestidito viejo y su pelo negro habían comenzado a secarse. En general todo su cuerpo había empezado a recuperar su estado habitual y eso hizo que la pequeña Alicia se sintiera estupefa por un instante, ávida de espíritu y muerta de sueño a la vez. El día acababa de terminar para ella en ese preciso momento por lo que sin más, y temiendo que su abuela saliera en cualquier momento del cuarto como una furia y la encontrara allí, se apresuró con cautela a su habitación y se metió en la cama.

Durante diez largos minutos, abrazada a la almohada con la vista perdida en el techo intentando descubrir, ya no sólo quién podía ser el anciano que descansaba casi a su lado, sino ese ser, esa persona de la que hablaban, y el trato que decían tener en común.

Había demasiadas cosas que desconocía de su abuela; cosas que quizá nunca sabría o que aún era pequeña para saberlas. Incluso cosas que, en cierto



modo, deseaba no conocer, por lo que decidió no darlo más vueltas y comenzar a dormir, no sin antes, reacomodándose sobre el colchón y apretando fuerte contra su pecho la llave que había encontrado en el cementerio y que aún mantenía a resguardo en el puño de su mano derecha, desear buenas noches a sus padres, a su amigo Denis y al pirata Ricardo qué, en cuanto se quiso dar cuenta, ya se encontraba amparado a la puerta de su cuarto a la llamada de los buenos días.

La noche se pasó como una estrella fugaz y Alicia, por supuesto, aún tenía ganas de continuar durmiendo. Todo su cuerpo era un completo dolor y su cara lo reflejaba como un espejo, con los ojos hinchados, los labios resecos y las mejillas llenas de tizones y barro seco.

El tiempo cada vez pasaba más rápido dentro de la mansión; los días y las semanas desde que hacía que había llegado a ella, pero Alicia no acababa de acostumbrarse a los madrugones a los que tanto su abuela como Ricardo la sometían.

El sol apenas empezaba a levantarse en el horizonte a través de la ventana. La lluvia y el frío habían cesado y la villa seguía de forma misteriosa inundada de copiosa nieve. «Una jornada más en el sublime infierno», como Alicia solía oír decir a su padre cada invierno antes de su salida de la casa para ir a trabajar. Una frase que durante años pasó por alto desconociendo su significado pero que ahora comprendía a la perfección. Y sólo la

hacía falta retirar su mirada del hermoso paisaje exterior y bajar al gran salón a desayunar junto a su abuela para demostrarlo.

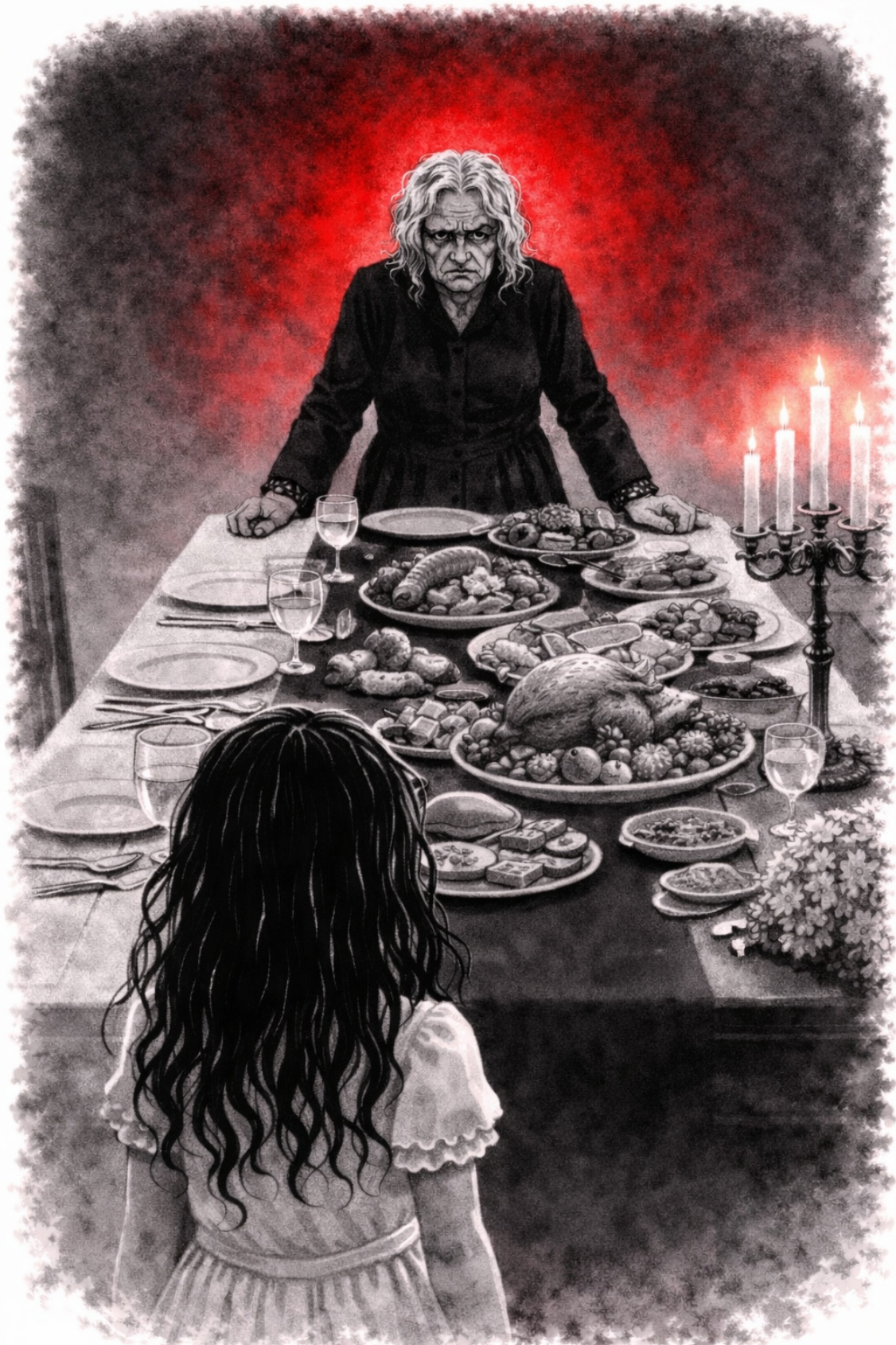
Clementina ya estaba esperándola impaciente, como de costumbre, amparada en el extremo de la basta mesa de madera oscura atiborrada de exquisitos manjares. El mismo ritual de cada nueva jornada pero que ni la anciana ni la propia Alicia acababan de tomarle el pulso para llevarlo a cabo juntas y sin gritos; algo en esa mañana de nuevo imposible si la pequeña niña no hacía nada por arreglar su desastrosa apariencia y, sobre todo, por no abrir la boca en relación a lo sucedido el día anterior.

Cuando al cabo de un largo rato logró adecentarse y bajó a tomar el desayuno, Clementina, hervía como una coliflor.

— ¡Se puede saber dónde ha estado ayer por la noche, mocosa! — gritó la señora dando un fuerte golpe sobre la mesa sin dejar entrar a la pequeña del todo por la puerta e impidiéndola sentarse frente a ella.

— ¿Cómo? — repuso Alicia haciéndose la sorprendida lo mejor que pudo.

La niña, que se había alisado el pelo en demasía con sus manos y se había limpiado la cara a la perfección con su atuendo negro tras quitárselo, se había colocado esta vez sobre ella el vestidito blanco que su abuela le regaló al llegar a la mansión, con el fin de apaciguar la tormenta que había



previsto y que le había llegado de un plumazo, complaciéndola o distrayéndola con ese sencillo y para ella banal trapo.

— ¡No me tomes por idiota! Lo sé todo...

Pero su plan no surtió efecto, como tampoco la mentira de Ricardo. O eso, o la había oído llegar por la noche y espiar su conversación con el anciano.

Sea como fuere Alicia no se iba a dar por vencida a la primera ni a ceder tan pronto a la verdad por mucho que su abuela dijese ya saberla.

— ¡Por qué te quedas ahí abobada y en silencio! — prosiguió implacable Clementina.

Alicia no se inmutó, con la cabeza gacha, las pulsaciones aceleradas y un centenar de lágrimas que no pudo evitar colgando de las próximas palabras que escupiera la boca de su abuela.

— Pero abuelita — objetó la niña con un hilo casi roto de voz —; no sé a qué se refiere. Si yo anoche me fui temprano a la cama, ¿no se lo dijo Ricardo?

— Conque eso se empeñan en hacerme creer los dos. Está bien. Tendré que hacerte comprender las cosas de otro modo.

Clementina se puso en pie y permaneció en silencio unos segundos mientras observaba a la niña de arriba abajo con la mirada torcida y la mandíbula apretada. Era la calma antes de la tempestad y Alicia la vio llegar protegiéndose los oídos antes de que su abuela volviera a levantar la voz.

— ¡Vete a tu alcoba ya! Subiré a ponerte el castigo que mereces de inmediato.

La pequeña obedeció sin rechistar, aguantando el llanto, la rabia y las ganas irrefutables de marcharse de la mansión para no volver jamás, ya el destino la deparase morir de soledad y frío como había estado a punto la noche anterior.

Los gritos, las discusiones y los menosprecios estaban empezando a colmar la paciencia de la pequeña Alicia. Por más que el pirata se empeñara en hacerla creer que todo lo que hacía su abuela era por su bien y qué, en el fondo, ese ser diabólico era una buena persona, la rueda de ratón en la que se encontraba subida debía de detenerse de inmediato, pues estaba segura de que el mayordomo volvería a subir de un momento a otro a su cuarto y al verla triste y a punto de llorar la volvería a comer el cerebro con palabras bonitas diciéndola que Clementina hace las cosas por motivos refundados, cosa que acabaría creyéndose, otra vez, hasta lo más profundo, a esperas de la siguiente puñalada que vuelva a dar comienzo al círculo vicioso.

Por otro lado, Alicia estaba segura, pese a que él se equivocara, de que si el joven melencólico se empeñaba en defender a su abuela era porque la quería y no deseaba verla sufrir. La prueba estaba en haberla encubierto frente a ella sobre lo de la noche anterior. Sin embargo, agradeciendo de corazón cada gesto que el pirata tenía con ella, lo que

más deseaba la niña es que la defendiera plantándole cara como el anciano del cuarto vecino.

Aún recordaba la cara de la anciana Clementina frente al hombre calvo, manteniéndola a raya como a un león enjaulado instantes antes de irse a dormir. Cada vez estaba más curiosa sobre ese desconocido que había comenzado a ser para ella casi un héroe y sin lugar a dudas, de igual forma que había encontrado la manera de ir al cementerio la pasada tarde, encontraría la forma de conocerlo. Pero no iba a ser ese día, con su abuela a punto de subir a castigarla a saber de qué forma horrenda y con las tareas de la mansión aún por hacer.

Alicia, preparándose para ese momento, se desfundó el vestidito blanco y volvió a colocarse el negro con el que había amanecido, aún más arrugado, sucio y maloliente de lo que recordaba, cuando de entre su mugre se desprendió, precipitándose contra el suelo, la llave que había encontrado en la tumba de sus padres y que ella misma había dejado allí a resguardo antes de bajar a desayunar.

Cuando de inmediato la rescató de la madera, un nuevo plan de juego y desobediencia ya se había empezado a cocinar en su interior. Era eso o esperar sentada la ira de Clementina, que al no poder ser ya mayor de lo que era, nada tenía que perder. Además el día sólo había hecho más que comenzar y el tiempo sobraba para limpiar y cum-



plir castigo, por lo que agarró fuerte la llave y salió de su alcoba dispuesta a todo.

Si sus averiguaciones eran certeras, la llave debía de abrir la puerta del ático, donde habría de encontrar, bajo el símbolo de una mariposa, la piedra mágica que tanto deseaban los seres de los que no podía hablar y que atormentaban la paz de sus padres en el cementerio local.

La vida de Alicia comenzaba a correr peligro desde ese preciso instante. Ricardo se lo había dicho de forma clara hacía ya tiempo y su experiencia en aventuras de ese calibre era más bien nula; pero si había sido capaz de adentrarse en la oscuridad de la alcoba de sus padres y salir de allí indemne sin que se percataran de ello, también sería capaz de aquello. Mantendría tan a resguardo en lo profundo de su alma y de su mente la ubicación del diamante que si alguna vez se llegase a cruzar con los monstruos ni se percatarían que lo sabe.

El secreto al que la niña estaba a punto de acceder era un peso que debería de llevar durante toda la vida y del que no podría hablar con nadie; ni con Ricardo, ni con Clementina y, mucho menos, con su nuevo amigo Denis. Pero pese a todo el sacrificio y el riesgo que suponía la misión, meditando profundamente el próximo y crucial paso a dar con la mano ya extendida hacia la puerta del ático y la llave a tan solo unos centímetros de la cerradura, Alicia, a través de un pro-

fundo suspiro y esbozando una media sonrisa en sus labios, decidió llevarla a cabo.

Cuando introdujo la llave en la falleba y la giró despacio, el corazón estaba a punto de salirse del pecho. Pese a todas las conjeturas, en el fondo estaba segura de que aquella llave no abriría ninguna puerta de la mansión, mucho menos aquella, haciendo que todas sus ilusiones se esfumaran tan rápido como la amabilidad de su abuela o como todas las cosas buenas que la habían pasado en la vida. Sin embargo, cuando un leve carraspeo viajó desde el interior de la cerradura hasta sus oídos y la puerta comenzó a separarse del marco bajo un chirrío atronador, el mundo se detuvo sólo para ella y sus ojos claros comenzaron a bailar dentro de sus órbitas.

Al otro lado de la puerta, una empinada escalera se perdía en lo alto en la oscuridad. Alicia la subió a tientas asegurando cada paso e intentando controlar sus emociones. Cuando llegó arriba del todo, la completa negritud había dado paso a la penumbra. Un puñado de haces de luz se adentraban por dos ventanas cubiertas de polvo situadas al fondo de un amplio espacio abarrotado de objetos entre cubiertos con sábanas blancas y telas de araña inmensas que se hilaban unas con otras a través de vetustas vigas equidistantes que conformaban el techo de la mansión.

El lugar a simple vista era aterrador, fantasmagórico, con olor a viejo y a malas vibraciones



que erizaron los bellos de la pequeña sin permiso previo, mientras se adentraba lentamente sin dirección predefinida, perdiéndose entre los artículos que se ocultaban bajo las sábanas que había empezado a retirar cautelosa.

Como en uno de los museos en los que nunca había estado, Alicia empezó a descubrir sillas antiguas, jarrones con formas extrañas, cuadros con pinturas coloridas, vajillas y mantelerías extrañas sobre mesitas rotas, y cientos de arcones de diferentes formas y tamaños.

Estaba claro que Clementina no pasaba nada por alto, y hallar el lugar exacto en el que había escondido la piedra mágica iba a ser una tarea más complicada de lo que esperaba y que podría llevarla un tiempo del que no disponía, por lo que decidió enfocar de forma diferente su dispositivo de búsqueda más allá de ir dejando a la luz uno a uno cada enser con el que se cruzaba.

Haciendo alarde de sus dotes investigadoras, supuso que el diamante debía de encontrarse oculto en uno de los abundantes arcones más que encima de alguna mesa o a la vera de algún frágil adorno, por lo que se dispuso, olvidándose de todo lo demás, a irlos abriendo uno a uno y a revisarlos de ojeada en su búsqueda.

Al cabo de un rato, cuando las tablas de madera polvorienta del suelo del ático se encontraban sumidas casi por completo de las telas que Alicia iba retirando de los diferentes soportes de almace-



namiento, se percató que había un grupo de ellos, no muy lejos de donde se encontraba, que tenían algo diferente a los demás. Tres baúles excesivamente grandes estaban apilados unos encima de otros. Eran los únicos de todos los que había visto que tenían esa disposición, de los pocos también, que no se encontraban tapados, y las únicos que, de forma sorprendente, poseían un color mucho más oscuro.

La estructura de madera, al acercarse, era más alta que ella misma, pero se las ingenió para bajar al suelo el arcón más alto sin que se la cayera encima y sin que se dejara la poca fuerza de la que disponían sus flácidos brazos en el intento. En su interior encontró un puñado de cuadernos viejos mezclados con carboncillos sobre hojas dobladas y rotas en las que predominaba un único esbozo masculino: el mayordomo Ricardo. Alicia las contempló absorta olvidando por un momento el plan original y dejando volar su imaginación a través de las formas y de los paisajes que veía en otras.

Los dibujos, que se contaban por cientos, presentaban a un pirata un tanto cambiado al que Alicia conocía, sin el traje respetuoso de su oficio, sin parche sobre su ojo derecho y embrujado, en casi todas ellas, por la simpatía de una niña pequeña, aún más pequeña que ella misma, a la que si no sostenía en sus brazos, acunaba entre sus piernas, o vigilaba sus sueños sobre las ropas de una anti-



gua cama ante la atenta mirada de una hermosa mujer tan alta como delgada.

Alicia, recordando la conversación que había mantenido con el mayordomo a la salida del cementerio, rápido cayó en la cuenta de que la niña, siempre iluminada por una gran sonrisa y un pelo más negro que el de la propia noche, no podía ser otra que su hija y, por consiguiente, la mujer que se postraba a su lado: su amada esposa.

—Wau —susurró Alicia boquiabierta mientras seguía hurgando en el baúl en busca de más material sorprendente sobre Ricardo y su familia, sobre la ubicación de la piedra mágica o, incluso, sobre su abuela o el anciano calvo y arrugado.

Pero entre aquella madera ya no quedaba nada más que no hubiera visto y que distaran de los dibujos del mayordomo, por lo que decidió bajar al suelo el segundo arcón apilado y proseguir la búsqueda, cuando al retirarlo de la superficie del inferior descubrió algo sorprendente. La silueta de una mariposa plasmada con trazos gruesos de color negro sobre la tapa plana y rectangular daba casi por concluida su misión, a sabiendas que bajo ella se encontraba lo que había subido a buscar.

—Wau —volvió a susurrar cada vez más entusiasmada.

Tras un nuevo profundo y largo suspiro Alicia comenzó a abrir el arcón de forma pausada mientras sus pulsaciones se aceleraban. Cuando lo hizo

por completo un centenar de bolas de papel en blanco se hicieron a la luz tenue del ático.

La niña las fue retirando lentamente una a una pero tras un largo rato en esa labor, a ella la parecía que seguía habiendo las mismas en el interior del baúl, como si se estuviesen reproduciendo misteriosamente o como si según las iba sacando ellas solas volviesen a meterse dentro. Pero la pequeña observó el suelo a su alrededor y todo estaba lleno de ellas como gigantescos copos de nieve. Algo raro estaba sucediendo entonces; y tras mantenerse pensativa unos instantes sin encontrar una respuesta lógica, decidió afrontar el problema de forma directa.

Alicia introdujo sus manos, y casi sus brazos por completo, en el interior del arcón a través de las bolas de papel y empezó a palpar el espacio a tientas mientras el roce de las pelotas con su piel la producía infinidad de cosquillas agradables. A la espera de toparse con algo duro y de poco tamaño, al cabo de un rato no encontró absolutamente nada hasta que, apunto de sacar sus manos de entre las hojas, chocó contra un objeto grueso y alargado. Cuando lo extrajo sólo tuvo palabras para volver a repetir:

—Wau...

Y allí estaba de nuevo ante sus brillantes ojos de la misma forma que hacía tiempo atrás cuando lo había rescatado de debajo de la cama de sus padres: su amado diario, su fiel confidente, con la



ALICIA

inscripción dorada en su cubierta dándola la bienvenida de nuevo entre sus brazos.

—¡Mi diario, al fin! —gritó Alicia brincando y estrujando el librito contra su pecho—. Ni siquiera había empezado a buscarte y ya te he encontrado. ¡Genial! Volveré a mi cuarto y te esconderé para no volver a perderte jamás.

La niña, olvidando por completo la intención de encontrar la piedra mágica, ante la emoción insostenible que la acababa de producir aquél reencontro regresó veloz a su cuarto dejando el ático hecho un completo desastre, y sentada al borde de su cama observó su bien máspreciado como si fuera lo más importante de la vida; lo único importante de su vida mientras acariciaba una y otra vez las imponentes letras mayúsculas de la tapa que rezaban su nombre de la forma más sublime que jamás había visto y que ocultaban sus más profundas inquietudes, sus más asombrosos juegos y sus más impresionantes peripecias capaces de sobrevivir al tiempo entre el desgastado cartón negro que las envolvía.

El sol ya había salido por completo en la villa y a la luz clara y brillante que se adentraba por los ventanales de su cuarto, el diario tomaba un aspecto muy diferente al que tenía en el ático y al que recordaba bajo el techo de la casa de sus padres siempre entre las sombras y la luz tenue de las velas. De una forma indescriptible para Alicia, era como más bonito; hasta como más grande y con

muchísimas más páginas, y salvo por un único detalle difería de ser la más pura perfección de todos los libritos y de todos los diarios. Y es que cuando lo abrió para leer un trozo de su contenido, y así poder recordar una parte de su pasado, se topó con un galimatías indescifrable que frenó sus expectativas en seco; tanto o más como solía hacerlo Clementina de forma habitual desde que la conocía, y la que como había prometido se presentó en su cuarto sin ni siquiera llamar a la puerta, para castigarla o, directamente, matarla, de lo cual cada día creía más capaz.

En un acto reflejo, Alicia escondió su diario tras de ella antes de que su abuela se percatara de él y se lo arrebatara de las manos.

—¡Hola abuelita! —exclamó de la forma más amable y simpática posible intentando apaliar su obvio enfado.

Clementina, que se mantenía de pies a duras penas, llevaba agarrado su bastón como una fusta, elevado y apuntando a la niña de forma amenazante. Su rostro era serio, su mirada envenenada y su voz, cuando respondió al saludo de su nieta, escalofriante.

—Sólo lo diré una vez. Limpiarás la cocina hasta dejarla más blanca que la nieve. El suelo, con tu lengua si es necesario, centímetro a centímetro hasta quedar impoluto. Y lo quiero para antes el anochecer. De no ser así, no probarás bocado en mucho tiempo. ¡Entendido, mocosa!



ALICIA

Alicia, aguantando el llanto más que de costumbre ante la embestida impiadosa de su abuela, asintió fingiendo el semblante triste y decaído, mientras su cabeza no se desprendía un segundo de su adorado librito, ese que en tan sólo un segundo parecía haberla devuelto un ápice de alegría y esperanza a su áspera vida frente a los pies y el bastón de aquella diabólica mujer, que nada más concluyó su severo mandato, abandonó el aposento de la niña tan rápido como había entrado en él. Pero la pequeña, en esos momentos, no estaba para obedecer ninguna orden.

Regresando el diario a sus muslos y a sus manos volvió a contemplarlo atónita como antes de que Clementina irrumpiera en la habitación.

—¿Pero qué sucede? —se preguntó volviendo a abrir el librito y contemplando que el enigmático galimatías aún seguía ahí presente.

La pequeña cerró de un golpe el diario y miró otra vez las letras de su cubierta: ALICIA; doradas como el oro sobre un fondo tan negro como su vestido. Sería capaz de reconocer aquél librito de entre todos los que hubiera en el mundo. Indiscutiblemente aquél era su diario, pero no conseguía explicarse por qué no podía leer lo que temporadas atrás había escrito en su interior.

Una serie de símbolos y formas raras se abalanzaban sobre sus ojos como una cruel adivinanza, incapaz de descifrar una frase, una palabra o tan siquiera una sola letra; ni de la primera, ni de

la segunda, ni de la tercera, ni de las sucesivas páginas que una a una fue corriendo veloz hasta qué, sin darse cuenta, recordó que ella no sabía leer.

Por un momento Alicia suspiró aliviada. Nada extraño le sucedía a ella o a su diario y su contenido, los detalles explícitos de su pasado, aún se encontraban a salvo para su alegría y tranquilidad. Una alegría que sabía iba a durar poco pues, aunque no quisiera o creyera que el día era lo suficientemente largo, debía ponerse de inmediato a la tarea encomendada por su abuela si quería evitar problemas mayores. Pero cinco minutos más junto a su bien máspreciado era un placer ante el abismo del infierno que la esperaba en la planta inferior, que no estaba dispuesta a rechazar.

Tenía tantas cosas que contar a su amigo inanimado que estaba segura de que cuando pudiera ponerse a esa labor, no sabría ni por dónde comenzar. Además, hacía tanto tiempo que no escribía, que tampoco tenía por seguro si recordaría la forma de hacerlo al igual que hacía unos instantes no recordaba la forma de leer, aunque esto se debiera básicamente a qué, de entrada, no sabía leer. Y eso era algo a lo que tenía que poner remedio, pues más que redactar sobre el blanco papel sus últimas peripecias, lo que más anhelaba era recordar las ya vividas.

Existían, que Alicia se diese cuenta en eso momento, tres opciones a su alcance para llevar esto a cabo aunque en realidad sólo una que la conven-

ciese por completo, y sobre ninguna de ellas sobrevolaba la idea de que alguien la enseñara a leer, una labor que la tomaría un tiempo desmesurado y que para cuando quisiese aprender de seguro ya estaría de camino a la otra vida junto a sus padres. Lo más sencillo era buscar a una persona que leyese el diario por ella y, una de ellas, podía ser su abuela; aunque en su actual estado de ánimos dudaba mucho de que quisiera hacerlo. Por otro lado, Alicia tampoco quería que Clementina conociese todo lo que allí había escrito. Su pasado era lo único que permanecía intacto e inasequible a su mal genio y eso era algo que debía de salvaguardar. La segunda opción era Ricardo. En él si confiaba y seguro estaría dispuesto a ayudarla, pero tenía demasiada vergüenza en pedírselo después de lo sucedido el día anterior. Otro favor más, aparte de encubrirla ante su abuela, sería pedir demasiado a su bondad. La tercera persona a la que podía acudir, y a la que acudiría, era su nuevo amigo Denis. Él mismo lo había dejado caer que sabía leer y ya habían vivido cosas juntos de una importancia mayúscula que le convertía en apto para leer su preciado diario poniendo en sus manos y en su boca su vida entera. Con lo cual, la decisión ya estaba tomada.

Olvidándose, o haciéndose la olvidada y desobedeciendo una vez más las órdenes de Clementina, Alicia decidió alargar los últimos cinco minutos de placer que debían de dar paso al co-

mienzo de sus tareas domésticas. Agarró fuerte su diario y se dispuso a ir a ver a su vecino, tan enérgica y entusiasmada que ni por un segundo se percató de cómo iba a poder abandonar la mansión, muy al contrario que en la pasada jornada, con todos los criados en sus labores y su abuela rondando de un lado para otro.

Antes de comenzar a descender por las escaleras, al final del corredor superior, Alicia se topó cara a cara con el pirata, que con su habitual amabilidad le preguntó:

—¿Cómo ha pasado usted la noche, señorita? ¿Ya se encuentra mejor?

La niña, que no esperaba encontrárselo allí, se quedó en blanco por un momento, aunque de forma inconsciente asintió con la cabeza.

—¿Seguro que se encuentra bien? La presiento algo rara —insistió el joven melencólico preocupándose por ella mientras la observaba temblar los brazos y apretarlos con fuerza contra su pecho ocultando un gran objeto—. ¿Qué lleva usted ahí, señorita?

El pirata prosiguió sin dar tiempo a responder a la niña, que no sabía cómo deshacerse de él o de su diario, sin parecer maleducada, para no preocuparle con sus problemas.

—Es sólo un librito que había en mi cuarto, nada más —aclaró la pequeña con voz temblorosa—. Sólo... pues... sólo iba a limpiarle un poco el polvo y a volverlo a poner en su sitio, eso.

— Me parece que hace usted muy bien, señorita — alabó el pirata Ricardo acercándose un poco a ella y acariciándola de forma tierna el pelo—. ¿Me deja verle?

— Pues... pues... — dudó ella, acorralada y casi sin más remedio que enseñárselo. Aunque quizás así con suerte, pensándolo fugazmente, si se lo enseñaba, al ver que sólo era un libro normal y corriente, cabía la posibilidad de que la dejara continuar su camino como había planeado— Claro. ¡Mira!

Alicia, aflojando sus brazos, sostuvo el diario sobre sus manos y se lo mostró al mayordomo, que nada más verlo borró su sonrisa habitual de la cara y se separó unos centímetros de ella.

— ¿Y de dónde dice usted que ha sacado ese librito? — dudó Ricardo con la mirada dolorida señalándolo como si la niña sostuviera más de uno sobre sus manos.

Alicia se dio cuenta al instante de que el pirata empezaba a sospechar que algo tramaba y prefirió no mentirle más; o al menos, no mentirle del todo.

— Pues... bueno... en realidad es un diario y era de mi mamá. Pero está vacío, ¡mira!

La pequeña abrió su librito ante los morros del pirata intentando mantener ocultas las primeras páginas, las que a su modo ya había escrito, pero Ricardo apenas le prestó atención y salió corriendo escaleras abajo como si sus pies hubieran empezado a arder en llamas.



La niña nunca antes le había visto comportarse así, pero bien era cierto que ya tenía la posibilidad de respirar aliviada pudiendo proseguir su camino a casa de su amigo Denis con total normalidad. Pero sólo por un momento, porque cuando bajó a la planta inferior y enfiló el camino del gran corredor hacia la puerta de entrada sin cruzarse con un solo sirviente, los gritos del joven melencólico procedentes de la sala de estar, volvieron a sorprenderla, y si no hubiera sido por su particular acento, nunca hubiese jurado que era él quien levantaba la voz.

—¡Qué narices significa eso entonces! ¡Cómo puede ser posible! —vociferaba enérgico a Clementina, amparada junto a la mesita redonda en mitad de la sala, con el rostro pálido y la mirada perdida.

—No puede ser posible... —tartamudeaba ella sin saber qué decir.

—¡Lo es! ¡Y quiero que me lo explique todo ahora mismo! ¡Se lo ordeno! —proseguía el pirata amenazante.

—¡No tengo nada que explicarte maldito criado! —se defendía la señora Clementina como podía— Hicimos un trato, ¡recuerdas! Ahí se acaba todo; ¡todo maldito embustero! Yo ya no sé nada más. Y eso que tú dices, te lo repito: ¡no puede ser posible!

Pero Ricardo no se apabulló ante las palabrotas de la señora y continuó su ataque.

—La conozco desde hace demasiado, ¡sabe más que el diablo! Pero a mí no me asusta como a la niña, ¡y le juro que va a hablar! Por las buenas o por las malas...

Alicia no daba crédito de lo que estaba sucediendo, ni de los motivos por los que estaba sucediendo, pero lo que sí tenía claro era que a su abuela todo se le volvía en su contra últimamente: el hombre calvo, ahora Ricardo... y eso, aparte de ser nuevo, era demasiado extraño y raro. Pero algo contra lo que ni podía ni quería luchar.

Que la niña empezaba a estar cansada de los gritos y los menosprecios a los que la sometía Clementina era una gran verdad tanto como que su pelo, incluso sucio, era más negro que la noche; pero que esos gritos en cuestión, por el motivo que fuera, la resultaban como música para sus oídos y como una valsa salvadora en mitad de la tormenta en medio del océano, también lo era. Y no podía negar que estaba encantada de presenciar a su abuela tomar de su propia medicina, mientras el mayordomo seguía machacándola sin piedad.

—Hicimos un trato, así es... ¡pero también una promesa, señora! No me obligue, ¡hable! ¡Necesito saber qué está pasando aquí!

Los gritos de Ricardo eran cada vez más ensordecedores y su evidente nerviosismo le trababa la claridad de sus palabras haciendo que no llegaran con nitidez a la pequeña, con medio pie fuera de la mansión y una sonrisa de oreja a oreja a sa-

riendas de que, con los criados perdidos y a sus tareas y el pirata y su abuela enzarzados en una discusión que tenía todas las probabilidades de ir para largo, de que perdiera Clementina y de qué, por consiguiente, este trágico hecho borrara de su memoria por completo cualquier acontecimiento previo en el que se hubiera visto involucrada, como por ejemplo el castigo que la había impuesto hacía solo un rato, podía acudir a ver a su vecino y amigo Denis con la mayor de las tranquilidades.

En el exterior la temperatura era cálida, aunque no lo suficiente para deshacer la nieve; y el silencio era total. La villa, hasta donde la vista de Alicia alcanzaba, se encontraba casi despoblada e invadida de una brisa suave de aire que levantaba el polvo de nieve más superficial del suelo dotándola de un aspecto mágico y sublime, como de cuento.

Denis, junto al vallado de madera, se encontraba donde siempre, montado en su curioso triciclo intentando avanzar con gran dificultad abriéndose paso entre la capa de nieve que casi cubría las ruedas del juguete por completo provocando que, a veces y aunque pareciese imposible, se cayera contra el suelo al quedarse bloqueadas.

Aunque no la conociera, Denis tenía suerte de tener la madre que tenía, y que pese a no haberla visto tampoco jugar nunca a su lado, no se separaba de él casi en ningún momento, y le permitía que pasara tiempo en el exterior de la casa ha-

ciendo lo que más le gustaba; sin riñas, sin voces, sin malas caras; y no es que tuviera envidia del pequeño pues ella nunca había conocido el significado de tal palabra y, a su modo, siempre había encontrado la manera de ser igual o más feliz que su amigo, pero todas las mujeres con las que había tratado en su vida no parecían precisamente un trozo de pan como ella.

Ahí estaba el ejemplo de su madre, que pese a quererla y apreciarla ahora más de lo que nunca la había querido y apreciado en vida, no había sido lo benevolente y complaciente que a ella la hubiera gustado. Y mucho menos su abuela, a la que por suerte había dejado de oír gritar por un momento, ya fuera porque sus voces no llegaban desde la sala de estar hasta el exterior de la casa o porque Ricardo seguía sin permitirle hacer de las suyas.

— ¡Hola, Denis! — saludó Alicia acercándose hasta el muchacho que, al verla, detuvo su juguete de inmediato y la devolvió el saludo.

El niño vestía ropa limpia y completamente nueva a la que había llevado los últimos días, con zapatos y pantalones marrones y una chaqueta roja abotonada por completo.

— ¿Te puedo pedir un favor? — abordó Alicia su deseo sin dilación mientras le mostraba a su amigo su mejor sonrisa.

— Sí, claro — respondió Denis bajando del triciclo y situándose frente a ella —. Pero no será uno como el de ayer, ¿verdad? Porque en ese caso...



— ¡No!, no es nada de eso.

— Pues entonces pídemelo todo lo que quieras — accedió complaciente—. ¿Es sobre la piedra mágica? ¿La encontraste? ¿Y la llave del cementerio, ya sabes de dónde es?...

Alicia no sabía por dónde empezar a responder a su amigo, que ante la incertidumbre de lo que le iba a pedir se había comenzado a ilusionar bajo sus propias cávalas y bajo el influjo que la niña le proporcionaba desde incluso antes de conocerla, en su más profundo deseo de compartir sus juegos y aventuras con otra persona de su edad.

— No, Denis, no encontré la piedra — le explicó Alicia—. Pero la llave, que abría la puerta del ático de la mansión de mi abuela, me condujo a algo mucho mejor.

— ¿A qué? — preguntó Denis absorto por completo en el misterio de la niña de la misma forma que Alicia solía estarlo ante las historias de Ricardo, con la imaginación sobrevolando las posibilidades, y las pupilas bañadas en relucientes estrellitas.

— A mi... a mi diario — contestó la niña enseñándose.

— ¿A tu diario? — se extrañó el niño esperando una respuesta más emocionante.

— Sí. Pero tengo un problema con él y necesito tu ayuda.

— ¿Qué problema?

—Quiero leerle pero no puedo porque... porque no sé leer —dijo Alicia tímida y avergonzada agachando la cabeza, escondiendo al alma y bajando el tono de voz.

—¡Pues yo te ayudo a leerlo! Yo... ¡Yo sí sé leer! —exclamó el niño enérgico abalanzándose sobre Alicia en un abrazo que, a ella, la pilló de improviso—. Pero vamos dentro, así te enseñó mi cuarto.

Como si de un ajuste de cuentas se tratara, el pequeño Denis agarró fuerte la mano de la muchacha y la arrastró con fuerza hacia el interior de la casa devolviéndole así el gesto del día anterior mientras Alicia, muda y asombrada por completo, se limitó a dejarse llevar hasta que Irene, amparada como de costumbre bajo el marco de la puerta de entrada, les detuvo.

A solo un palmo de distancia, la madre de Denis era más guapa de lo que Alicia había podido contemplar desde la ventana de su alcoba, con el pelo estropeado como el suyo, la ropa deshilachada y la mirada apagada, pero con una esencia indiscutible sobrevolando sobre toda ella que la dotaba de belleza y feminidad. Y su voz, incluso, cuando habló sorprendiendo a la niña, resultó ser más dulce que la suya propia, educada y exquisita casi tanto como un pellizco de azúcar en mitad de la leche.

—Tú debes de ser Alicia, nuestra vecina —dijo casi sin moverse.



—Sí madre, es ella —dijo Denis antes de que la niña pudiese contestar—. ¿Puede pasar a mi cuarto a jugar?

—No —contestó rotunda Irene mientras se agachaba colocándose a la altura de los pequeños—. Os propongo algo mucho mejor.

—¡Qué! —exclamaron al unísono Denis y Alicia sorprendidos y emocionados ante aquellas palabras.

—Os llevaré a jugar a un lago muy bonito que hay muy cerca de aquí y que descubrí ayer por casualidad.

—¡Sí, genial! —corearon ambos felices.

—Jugaremos con el agua y allí te ayudaré a leer tu diario, ¿te parece bien, amiga?

—Sí amigo—contestó Alicia al muchacho sin soltarle un segundo la mano.

—Tengo que ir a hacer unas obligaciones a ese lugar —les explicó la mujer irguiéndose de nuevo y dirigiéndose a Alicia en especial— y no quiero dejar a mi niño solo como ayer, pero tú, hija, tendrías que hablar con tu familia y que te concedieran el permiso de venir con nosotros.

—Y lo tengo señora —reaccionó astuta Alicia sabiendo que si meditaba esa posibilidad durante más de un segundo no iría a ninguna parte más allá de las limitaciones de la mansión de su abuela.

—¿Ah, sí? —se extrañó Irene.

—Sí, señora —mintió sin pestañear lo más mínimo y sin hacer ningún gesto delatador—. Mi

abuela se ha tenido que ausentar de la casa con los criados y me ha dicho que me quede jugando con Denis hasta la tarde.

— En ese caso sí que puedes venir con nosotros. Estaremos de regreso mucho antes de que caiga el sol.

Denis y Alicia asintieron a la par mientras la mujer continuaba diciendo:

— Ahora quiero que me esperéis aquí un momento en lo que voy a recoger dentro unas cosas que necesito; y marchamos.

Los niños volvieron a asentir como marionetas mientras Irene se perdía en el interior de la casa para regresar al rato cargada de cientos de artilugios que la cubrían hasta la cara, que se sostenían con gran dificultad sobre sus brazos y que la aplastaban con fuerza las manos y las intenciones.

— ¿La ayudo, señora? — se ofreció Alicia amablemente al verla aparecer de nuevo en el exterior de la casa.

— No cariño, gracias. Y no me digas señora. Me llamo Irene; dime así mejor. Y ahora emprendamos el viaje. Seguidme y tener cuidado de no tropezar con alguna rama oculta ni resbalar con la nieve en las pendientes.

— Sí madre, te seguimos — confirmó Denis educado mientras empezaron a caminar con destino al lago.

Alicia con las manos encadenadas, una al diario y la otra a su amigo, era la felicidad hecha per-



sona, y aunque su expresión contenida lo demostraba sólo a medias, su alma y su corazón eran una gran fiesta de gozo y algarabía que fue incrementando a medida que se introdujeron a través de paisajes hermosos muy diferentes a los que ya conocía de la villa y que la cubrían las pupilas por completo.

—Qué mamá tan simpática tienes —alabó Alicia a su amigo, manteniéndose ambos bien juntos varios metros por detrás de Irene.

—Sí, es la mejor —contestó él orgulloso.

—¿Pero no se ha enfadado contigo por lo sucedido ayer?

—No. Pero... ¿qué pasó ayer?

—¡No te acuerdas! —exclamó Alicia asombrada.

—Sólo de algunas cosas, hasta que me quedé dormido en un suelo muy duro donde había mucha oscuridad y desperté en la cama de mi cuarto. ¡Qué miedo pasé!

—Cuando nos perdimos —le explicó ella en un susurro para que Irene no se percatara de lo que decía—, Ricardo de encontró y te cargó en sus brazos hasta tu casa.

—Pero cuando yo me desperté —apuntó Denis en su mismo tono de voz— ni Ricardo ni mi madre estaban en la casa. No había nadie. Incluso por un momento creí que aún seguíamos en el bosque o en el cementerio. Pero... menos mal que no.

Alicia se encogió de hombros.

—Quizá tu mamá llegó más tarde que tú a la casa —supuso la pequeña—. Antes, en el jardín, dijo que fuéramos con ella al lago porque no quería dejarte solo como ayer— ¿No recuerdas haber oído la puerta por la noche?

—No —contestó serio y pensativo volviendo a recuperar el tono de voz normal.

—Seguro que así sucedió, amigo. Y por cierto, gracias por querer ayudarme con mi diario antes que seguir jugando con tu artilugio con ruedas.

Denis, ante las palabras de agradecimiento de la niña, asintió mudo con una gran sonrisa mientras ella seguía diciéndole:

—Es un juguete muy bonito; y te debe de gustar mucho porque siempre estás jugando con él.

El niño volvió a asentir.

—Sí. Es un regalo de padre. Lo llama: triciclo.

—¿De tu papá?

—Sí.

—¿Y dónde está tu papá? —preguntó curiosa Alicia— Yo nunca le veo junto a tu mamá o contigo en el jardín.

—Padre está de viaje. Un viaje muy largo por trabajo. Me suele escribir a menudo. Cuando era más pequeño madre me leía las cartas antes de acostarme, y con ellas y su enorme paciencia me enseñó a leerlas por mí mismo.

—¿Y crees que tú me podrías enseñar a leer mi diario algún día?—preguntó Alicia con voz tierna.

—¡Claro que sí! —contestó efusivo el niño—. Aunque es muy difícil.

—Lo sé. Cuando esta mañana intenté hacerlo yo sola los ojos no paraban de darme vueltas y vueltas —bromeó la pequeña.

—Pero aprenderás como así lo hice yo. Tú eres muy lista.

—Yo no soy eso —repuso Alicia soltando de golpe la mano de su amigo y volviendo a abrazar su librito contra el pecho.

—¿Y por qué no?

—Porque yo sólo soy una maleducada y una mocosa —soltó enfurecida recordando los calificativos que con tanto ímpetu se habían empeñado en grabarla a fuego primero su madre y después su abuela.

—Pues yo no creo que seas esas cosas —objetó Denis.

—¿Y por qué no? —preguntó ahora Alicia asombrada ante la insistencia de su amigo por alabarla.

—Porque yo te he visto ir hasta sitios muy lejanos sin perderte —contestó él enumerando cada motivo con sus dedos—, descubrir tesoros donde no parecía haberles y protegerme de la noche, de la lluvia y del frío.

Alicia dudó por un momento con la cara arrugada y la mirada perdida en el cielo.

—Lo último no lo hice yo —corrigió—, sino el pirata Ricardo.

— Pero tú también estabas allí. Y todo eso sólo lo hace gente lista.

Alicia volvió a dudar sin saber qué responderle. Era posible que el niño tuviera razón, pero nunca lo sabría con certeza bajo el mundo que la rodeaba en esos instantes, por lo que para ella era mejor hacerse ilusiones de todo lo contrario.

Ya se había equivocado en demasiadas ocasiones dando vueltas, como una noria moderna en su cabeza, a todos los problemas familiares y personales que la habían acontecido en los últimos meses. Desde negar la muerte de sus padres; de negar que les quería. De negar que eran buenas personas cuando desconocía el significado del bien y del mal y de negar las actuaciones de su abuela para con ella como correctas pese a lo que siempre le decía el pirata Ricardo. Esta vez no cometería el mismo error aunque, contradictoriamente, no prosiguiera negando la alabanza de su amigo, y aunque en las discusiones con Clementina se defendiera de sus insultos calificándose de todo lo contrario. Pese a todo, lo que creyó mejor conveniente en esa ocasión era dejar el cauce seguir su curso, pues si algo había aprendido desde que vivía en la mansión era que el tiempo, daba todas las respuestas correctas.

— ¡Mirad niños! ¡Ya hemos llegado! — gritó Irene plantada al borde de una gran masa de agua para que Denis y Alicia, rezagados, se acercaran para ver el hermoso paisaje.

Por culpa de su intensa conversación los muchachos no se habían percatado del mundo que había comenzado a rodearles, pintado como un hermoso sueño de un inmenso y brillante cielo azul bajo el que se encontraba, cercado por una hilera de árboles tras los que se alzaba una gran montaña, un lago de forma redondeada y de agua cristalina y peces de colores que chapoteaban sin cesar. Bordeando la superficie acuática, varias agrupaciones de madera simulaban toscos bancos desde donde contemplar la puesta de sol, el atardecer o el paso de las estaciones y de las estrellas fugaces. La mujer les condujo hasta uno de ellos invitándoles a que se divirtieran con la nieve que aún quedaba sobre el suelo y a que la esperasen allí sin introducirse en el agua mientras regresaba de su obligación en relación a los artículos que había llevado con ella.

Denis y Alicia asintieron una vez más en completa armonía y sin prestarla demasiada atención, encerrados en una burbuja de felicidad en la que habían empezado a existir sólo ellos dos y los peces que uno a uno iban contando y clasificando por colores y tamaños hasta donde fueron capaces de recordar, y mientras imitaban sus aleteos, los movimientos de sus bocas y sus saltos fuera del agua cada vez más altos.

—¿Por qué saltarán tanto? —preguntó Denis a su amiga brincando y con las manos estiradas al sol— Yo no llego tan arriba... —jadeó.



— Porque necesitan respirar — respondió Alicia con seguridad.

— ¿Pero tan alto? — insistió el niño sin parar quieto un segundo.

— Claro. Porque así cogen mucho más aire antes de volverse a meter en el agua y pueden nadar durante mucho más tiempo.

— ¡Ah! — se asombró el niño — Ves cómo eres muy lista. Sabes muchas cosas.

Alicia le sonrió amable mientras le veía, agotado y sudoriento, tomar asiento sobre el banco de madera.

— No tantas — aseguró ella —. Por ejemplo no sé leer. ¿Y qué sentido tiene tener un libro que no puedes leer porque no sabes?

— ¿Te refieres a tu diario?

— Sí — respondió Alicia —. ¿Ves como no soy nada lista? ¿A cuántas personas conoces que hayan escrito algo y luego no sepan leer lo que han escrito?

— Pues a ninguna — respondió Denis —. Pero conozco personas que saben leer y no saben escribir lo que leen.

— A sí, ¿quién?

— Yo — contestó serio el muchacho señalándose con sus propios dedos bajo la mayor de las mentiras que había dicho nunca, con el fin de que Alicia se sintiera un poco mejor.

— No me lo creo — soltó ella incrédula mirándole fijamente.

—Pues es la verdad —repuso Denis con firmeza convenciéndola.

—¡Si quieres yo te puedo enseñar! Mi mamá se pasaba todo el día escribiendo y yo aprendí a la perfección de ella.

—¡Vale! Pero antes vamos a leer tu diario.

—Muy bien, amigo.

Alicia tomó asiento junto al muchacho en las maderas y le entregó su librito con mimo, cediéndole algo sagrado, frágil y de inconmensurable valor. Denis, acariciándolo incesante, lo observó curioso antes de abrirlo.

—Alicia —leyó despacio en las grandes letras doradas de la cubierta.

La niña al oírle hablar le miró impaciente, con un suave temblor en los brazos y en las piernas y un sabor amargo en el paladar que se acentuó a medida que fue abriendo el librito y esperaba el comienzo de la narración de la primera de todas sus historias y confesiones. Pero el pequeño Denis, para sorpresa de Alicia, se quedó callado por un buen rato.

—¿Qué sucede? —preguntó ella cabizbaja al ver que su amigo corría una y otra las páginas de su diario sin leer ninguna—. ¿Está mal escrito y no puedes leerlo verdad?

—¡No! —negó Denis de inmediato con semblante de preocupación— Ahora empiezo amiga, sólo qué...

—¡Qué!



—Pues... —dudó el niño sin saber si debía de decir a su amiga la verdad de lo que estaba contemplando o mejor mentir para no desplomar su evidente ilusión.

—Pues qué, Denis. ¡Venga lee ésta! ¡Ésta misma!

Alicia había señalado una página al azar, una igual que el resto para los ojos del pequeño con rayas y trozos extraños en tinta negra que no sabía cómo interpretar y, menos aún, como leer.

Pero su amiga la esperaba como las flores a la primavera, presionándole y comprometiéndole, amparado al borde de un precipicio por el que no quería aventurarse pero el que no tenía más remedio que afrontar. A fin de cuentas, pensó, la vida de Alicia no podía haber sido muy diferente a la suya, e inventarla una historia de su pasado mencionando alguna suya haciendo como que lee lo escrito por ella, no podía ser tan complicado.

Para empezar ninguno de los dos tenía a su padre al lado y semejar una de las cartas que le escribía Alexander modificando su contenido por detalles que conocía de su amiga era una buena forma de llevar a cabo su intención de ayudarla. Por lo que, tomando aire y fijando su mirada al galimatías que tenía delante, a la par que recordaba las enseñanzas de su madre sobre la forma de escribir un diario y tomaba posición de las palabras que iba a decir desde el punto de vista de la niña, cauteloso y seguro comenzó a contarla:

Mi papá se acaba de marchar de casa y vuelvo a estar triste porque ya no va a estar a mi lado durante un tiempo. Espero que todo le vaya bien y se pase pronto su ausencia. La casa no está igual sin él. Antes de marcharse me ha dicho que iba a ir al mismo sitio de siempre a hacer las mismas cosas aburridas de siempre y que cuando volviera me iba a traer un regalo. Un regalo muy bonito.

Alicia había empezado a contemplar perpleja a su amigo mientras él, confuso ante los ojos tan abiertos de la niña, no sabía si lo estaba haciendo bien o dando palos de ciego, hasta que ella dijo:

— ¿Yo he escrito eso? Si mi papá nunca me regaló nada.

«¡Mal, mal, mal!», pensó Denis. «Tengo que inventar otra cosa para que se crea que lo que digo es lo mismo que ella escribió en su diario».

— Sí, eso es lo que pone aquí — respondió a su amiga con total serenidad mientras se preparaba para seguir su lectura ficticia y mientras Alicia se encogía de hombros incrédula.

Pero cuando mi papá salió por la puerta mi mamá me dijo que si no me portaba bien hasta que volviese iba a dar mi regalo a otro niño.

La cara de Alicia cambió de semblante como comenzaba a hacerlo el cielo en lo alto, tiñéndose de desconcierto y malos recuerdos. Denis, sin quererlo, había provocado ahora que una lágrima co-

menzara a escaparse por los ojos de su amiga, perdido en su propósito como un ratón en un laberinto. Pero antes de darse por vencido del todo intentó corregir una vez más su improvisación para hacerla real para ella. O, al menos, para que volviera a estar lo contenta que estaba hace un instante saltando tan alto como los peces del lago.

Yo sé que eso que dice mi mamá no es verdad porque yo siempre me porto bien y aunque mi papá nunca me haya traído un regalo, pese a que dijera que lo haría, tengo el sentimiento de que esta vez va a ser verdad. Cierto es que no hablo mucho ni con mi mamá ni con mi papá y a veces son duros conmigo pero les quiero y doy las gracias por tenerlos.

La pequeña Alicia, refregándose los ojos con las manos, sonrió tímidamente. La resultó agradable contemplar cómo entre la oscuridad que recordaba de su casa y de su familia que se negaba a tomar a César y Apolonia como buenos, había dejado plasmado, quizá sólo en un arrebató, que sentía amor por ellos, ese mismo sentimiento que ahora ya por fin aceptaba y comprendía; aunque aún se la escapara a la razón el misterioso regalo de su padre a quien nunca había visto volver al final del día sin otra cosa que no fuera una borrachera. Pero si Denis lo había leído es porque así había sucedido.

El muchacho, por su parte, haciéndose eco de la mejoría de su relato a través de los labios de Ali-



ALICIA

cia, no quiso perder la inspiración y se apresuró veloz en avanzar unas cuantas páginas del librito para proseguir leyendo lo que a su modo de ver eran las confidencias de varios días después, justo cuando el padre de su amiga, volvió por fin a casa.

— Escucha amiga — dijo el pequeño Denis entusiasmado golpeando a la niña en uno de sus brazos para que prestara más atención de la que ya prestaba —. Escucha lo que escribiste aquí al cabo de unas jornadas.

Mi papá ha regresado hoy. Estoy feliz, pero también triste porque no me ha traído ningún regalo, aunque él dice que tiene una cosa escondida para mí, pero que no está en la casa. Me ha dicho que le ha mandado a una persona de su confianza que se lo guarde hasta que me haga un poco más mayor y pueda utilizarla. Dice que es un juguete muy bonito.

— Y... ¿quién es esa persona a la que se lo había mandado guardar? — interrumpió, ahora intrigada, Alicia a su amigo — ¡No lo digo más adelante! ¡Venga Denis, lee a ver!

— Pues... — dudó él tomándose su tiempo haciendo como leía — ¡Ah sí, aquí!

— ¡Qué!

— Escribiste que la persona a quien tu papá le mandó guardar el regalo era un hombre que sólo tenía un ojo y que en el otro llevaba un parche.

— ¡Ricardo! — gritó Alicia de inmediato — Él tiene mi regalo. ¡Tengo que volver a la mansión de

inmediato! ¡Vamos, Denis!, digamos a tu mamá que nos lleve de vuelta.

—¡Espera Alicia! —se adelantó a decir el muchacho agarrando una de las manos de su amiga antes de que saliera disparada como una gacela y le quedara allí solo.

—¡Qué!

—Qué aquí has escrito —explicó Denis señalando un punto cualquiera de una de las hojas—, que ese día fue el primero que nevó.

—Y eso qué importa.

—Pues mucho amiga. Porque ahora recuerdo que el primer día que nevó, un hombre alto y con solo un ojo vino a casa y dejó una cosa muy grande y bonita. En realidad me la dejó a mí porque madre en ese momento no sé dónde estaba. Me dijo que si yo la podía cuidar y yo le dije que sí y que lo iba a hacer muy bien hasta que volviera a por ella.

—Entonces tú tienes mi regalo —dedujo la pequeña Alicia.

—Sí. ¡Qué casualidad!

Denis, ante los ojos de asombro de su amiga, había comenzado a dar saltos de alegría mientras su madre Irene regresaba de sus recados haciendo presencia entre los árboles que rodeaban a cierta distancia el lago.

—Pero yo no sabía que el triciclo era tu regalo —explicó el niño cuando detuvo los brincos—. Me he dado cuenta ahora que he leído tu diario.

— ¿Qué triciclo?

— Mi triciclo, el juguete con ruedas con el que me encontraste esta mañana cuando viniste a verme.

— ¡No! ¡Ése tan bonito!

— Sí, amiga.

— ¿Pero no me dijiste que te le había regalado tu papá?

— Eso creía yo. Pero tu diario lo ha dejado bien claro y me ha refrescado la memoria.

— ¿Seguro?

— Sí, amiga. Me debí de confundir pero ahora lo recuerdo perfectamente. Es el regalo que me dejó Ricardo. EL triciclo es tuyo y nada más que volvamos a casa te lo daré.

— Wau...

Alicia no podía creerse lo que estaba escuchando y las piernas comenzaron a temblarla de nuevo imaginándose encima de él.

— Yo le he cogido todos los días pero sólo para asegurarme de que las ruedas giraban bien y no cogía polvo — se excusó Denis mientras la niña se le echaba encima en un abrazo, gritando:

— ¡Muchas gracias amigo!

— Pero espera, ¡qué estoy recordando una cosa más!

— ¡Más! — se asombró Alicia de nuevo.

— A los pocos días de que Ricardo me entregara tu regalo volvió a la casa para hablar con madre, y yo les escuché.

— ¿Y qué decían?

— Ricardo contó a madre que él también tenía un regalo para ti. Pero no uno que le hubiera dado tu papá, sino uno propio.

— ¿En serio?

— Sí. Y dijo que sabrías lo que era una vez que recibieras el regalo de tu papá. ¡A sí que seguro que un día de estos te lo da!

— Wau...

— Y dijo a madre —concluyó Denis— que esa sorpresa suya era algo que iba a ser muy importante para ti y, por lo tanto, para él también, porque te quiere mucho.

— ¿Qué pasa con madre, hijo? —interrumpió Irene la conversación de los pequeños llegando hasta el mismo lugar en donde les había mandado quedarse, con la cara alegre y los músculos relajados de un gran peso que ya no llevaba encima.

— Nada... nada señora... —se adelantó a decir la pequeña Alicia — quiero decir, Irene. Su hijo me contaba lo buena que es usted y se preguntaba dónde estaría.

— Pues yo ya he terminado de hacer lo que tenía previsto y, sintiéndolo mucho por vosotros, tenemos que regresar a la villa ya mismo. El tiempo está empeorando mucho de pronto y en unos minutos será mejor que estemos a cubierto.

— Muy bien, pues volvamos pues —dijo Alicia que ya sólo pensaba en montar sobre su nuevo triciclo y en hablar a continuación con el pirata.

— En marcha — concluyó Irene agarrando a los niños de las manos con gran ternura mientras comenzaban a moverse.

El cielo se había vuelto oscuro como el carbón y grandes copos de nieve comenzaron a caer con violencia como las bombas de una guerra, una costumbre inesperada que había comenzado a ser habitual en la región en las últimas semanas y a lo que nadie acababa de familiarizarse; mucho menos Denis y Alicia, que con el mal recuerdo de la jornada anterior aún presente, empezaban de nuevo a verse empapados, escalofriados y muertos de miedo ante la oscuridad total que se avecinaba. Pero Irene no estaba dispuesta a que por su culpa, por haberse excedido en el tiempo de su cometido y por no haber previsto el giro brusco de la climatología, pudiera pasarles cualquier cosa a los niños, por lo que como una auténtica heroína forzada les cargó a costas demostrando de nuevo su extraño e impresionante estado muscular, y corrió enérgica mientras los muchachos desde las alturas, se contemplaban asustados y sorprendidos a la vez, viendo pasar todo a su alrededor con extrema rapidez, a través de sendas que ya no recordaban y por las que la mujer les condujo segura, para en menos de lo que ninguno de ellos se imaginaba, estuvieran de nuevo en sus hogares.

Cuando Irene dejó a Alicia a las puertas de la mansión y ésta la atravesó hacia su interior, la noche ya había caído por completo, viéndose obli-



gada a tener que posponer la recogida del regalo de su padre hasta la mañana siguiente. Algo que pese a impacientarla, no la importaba demasiado, pues la resultó más agradable ser consciente una vez más de que sus padres sí la querían, tanto o más como también la quería Ricardo y como comenzaba a quererla su nuevo amigo Denis, que sin pensarlo se había entregado a sus juegos como si la conociera de siempre, y a ayudarla con su diario como sólo hace la gente a la que importas, de la manera más altruista y desinteresada posible.

Tras varios días de intensas emociones y descubrimientos, con el cabello y el vestidito empapado esta vez a medias y las pupilas más brillantes que nunca, Alicia sentía que empezaba a ser feliz o, al menos, que empezaba a desvelar los misterios de la vida, hallando la manera de dejar de lado todo cuanto no la gustaba y la causaba dolor y sufrimiento, para concentrarse en lo que realmente importaba, algo que a su modo ya había hecho bajo la oscuridad de la casa de sus padres pero que había perdido, como su diario, en el traslado a la mansión de su abuela; una imponente edificación de lujo y abundancia a través de la que también había empezado a valorar una única cosa, como era el valor de los detalles más sencillos: ya fuera un vestido, como del que nunca se desprendía, un libro, un triciclo o una historia de monstruos y piedras mágicas que aún tenía pendiente de investigación.

Y que recordara, también tenía pendiente la conversación con el pirata sobre su otro regalo, lo cual era algo que podía llevar a cabo en ese mismo instante si le encontraba a él antes que Clementina la encontrase a ella y la volviera a gritar por no ponerse a la labor que la había encomendado como castigo en la mañana. Pero cuando Alicia se adentró varios pasos en el recibidor y contempló el alboroto sobre el que se cernía la casa, supo de inmediato que eso no iba a ser una tarea fácil.

Todos los criados, como hacía varios días, volvían a correr acelerados de un lado para otro nerviosos, gritando, pidiendo ayuda y dando órdenes que nadie acababa de cumplir; solicitando que prepararan el carruaje, que fueran a llamar a un boticario, que dejaran la entrada disponible o que acudieran a levantar un cuerpo lo que tuvieran más fuerzas.

«¿Qué estaba sucediendo otra vez?» pensó Alicia mientras se hacía a un lado para que no la atropellaran como de costumbre. «¿Sería de nuevo que ocurría algo con el anciano valiente que dormía a su lado?» Sin embargo, ninguno de los criados bajaba ni subía por las escaleras que conducían a la segunda planta y por las que le habían cargado hace dos días para a continuación llevarse de la mansión, cuando de pronto, del pasillo corto y estrecho que tenía delante y que conducía a la cocina, un grupo de sirvientes salió portando a su abuela Clementina, con los ojos cerrados como si

estuviera dormida y la ropa y el pelo desaliñados como jamás la había visto.

—¡Ricardo! —gritó la niña al verle entre la multitud que acompañaba a la señora, y levantando las manos para hacerse notar entre el jaleo.

El mayordomo, al verla, se acercó hasta ella mientras el resto del grupo sacaba a la mujer por la puerta principal y se perdían en la oscuridad del exterior.

—¡Alicia! ¿Dónde estaba usted? ¿Otra vez está empapada? —se asombró el pirata acariciando su pelo húmedo.

—¿Qué está sucediendo? ¿Qué le pasa a mi abuela? —atajó ella haciendo caso omiso a sus preguntas y empezando a ponerse nerviosa.

—Nada señorita —respondió—. Sólo que su abuelita suya de usted ha enfermado y nos hemos visto en la obligación de trasladarla a un lugar donde pueda ser atendida tan bien como ella se merece.

—Pero... ¿es grave?

—¡No! ¡En absoluto! —contestó Ricardo mintiendo mal mientras observaba a la pequeña cazarle en su error, con ojos de asombro, semblante asustado y un ligero temblor en todas sus extremidades que hicieron, que sin pretenderlo dejara caer al suelo su preciado diario.

—Pero... ¿qué tiene? ¡Dímelo! ¿Se va a poner bien? —prosiguió Alicia perdiendo los nervios y levantando la voz más de lo habitual.



En un segundo toda la felicidad que había descubierto y experimentado con los últimos acontecimientos se la echó encima como un depredador hambriento y sin alma, volviéndose en su contra por exceso, por error o por el simple hecho de que una niña como ella, engendrada para sufrir del primero al último de sus días, no tenía el derecho ni el privilegio de disponer de semejante capricho.

A la pequeña Alicia, que había empezado a llorar, la pareció asombroso como cambiaba la vida en un abrir y cerrar de ojos, pues aunque Clementina y ella se llevaran como el gato y el ratón, al igual que sus padres nunca habían dejado de ser sus padres, y como bien en más de una ocasión ya había recapacitado con la ayuda de Ricardo sobre el tema, no dejaba de ser su abuela y no la deseaba ningún mal; aunque en esos instantes la resultara hasta gracioso como ella no la dejaba un segundo tranquila hasta estando enferma y separadas, arrebatándole la alegría con la que había atravesado la puerta de la mansión hacía sólo unos minutos y haciendo que las lágrimas nuevamente asomaran por sus ojos esta vez, hasta sin hablar.

—Pero, ¿se va a poner bien? ¡Ricardo, contéstame! —insistió la niña mientras el pirata se había quedado atónito con la mirada fija sobre el librito que acababa de caérsela.

—Aún sigue usted llevando encima este libro —afirmó hablando despacio el mayordomo mien-

tras recogía el diario de la niña del suelo y lo volvía a ojear.

—Sí, es que... —se aventuró a decir Alicia sin saber muy bien qué responder.

—¿Es que aún no ha terminado de limpiarlo?

—Sí, eso es. Pero mi abuela... ¡qué importa mi diario ahora!

—¿Tu diario? ¿A qué se refiere, señorita?

—¡Ricardo, mi abuela! ¡Por favor! —seguía insistiendo la pequeña sin darse cuenta de que acababa de confesarle algo muy importante, algo que en su momento había decidido ocultarle.

—Sólo respóndeme a una pregunta —continuó el mayordomo omitiendo la necesidad de información de la niña en cuanto a lo que estaba sucediendo—; pero necesito la verdad. Este librito, ¿no es de su abuela de usted, verdad? Quiero decir que no estaba en su cuarto junto con el resto de cosas que encontré allí cuando ella la trajo a la mansión.

Alicia no comprendía qué relevancia tenía aquello en un momento como ese, pero traicionándose a sí misma le contó la verdad con el fin de retomar la conversación sobre Clementina lo antes posible.

—No. Es un diario y es mío, no de mi abuela. Era de mi mamá. Ella era escritora; trabajaba desde casa y por encargo para un hombre, y el baúl de su alcoba estaba siempre repleto de libritos en blanco. Pero éste nunca le utilizó para sus man-

dados. Yo lo encontré un día tirado bajo su cama y como ponía mi nombre me lo quedé y lo utilicé como diario como así había oído contarla en una de las lecturas de las tantas cosas que escribía. Como así le había dicho don Rafael a Ramón que se utilizaban aquellos libritos cuando un día el adolescente le visitó en su negocio. Pero no vayas a leer lo que he escrito, por favor. Y ahora, me dices lo que pasa con mi abuela...

Ricardo quedó impactado por cuanto estaba escuchando y su rostro se había vuelto pálido como el de un fantasma y frío como el hielo, mientras sin percatarse empezaba a negar con la cabeza y a separarse de la niña con pasos cortos.

—¿No? ¿Qué no? —preguntó Alicia observando el gesto extraño del pirata.

—¿De dónde ha sacado usted ese nombre? Ramón... —insistió Ricardo serio sin tranquilizar a la pequeña.

—Ya te lo he dicho, de las historias que mi mamá escribía para el hombre para el que trabajaba pero... ¿por qué te alejas? ¿Qué está pasando? Alicia cada vez estaba más confundida sin entender lo más mínimo el comportamiento y el interrogatorio del mayordomo que continuaba alejándose de ella con el diario entre sus manos.

—Su abuela de usted se va a poner bien —explicó el hombre por fin desde la distancia, casi en el umbral de la puerta principal—. Pero necesita cuidados que en esta casa no la podemos ofrecer.

No se preocupe por nada. Yo tengo que ir con ella y ahora no puedo contarla mucho más; sólo necesito que se quede en la casa y descanse.

—¡No! —repuso Alicia— ¡Quiero ir contigo y con mi abuela!

—No, hágame caso. Lo mejor es que se quede usted aquí.

—¡No! —insistió lanzándose a la carrera hasta su posición y abrazándose a él— Yo voy contigo.

Pero Ricardo no era el mismo hombre de siempre, ese ser incapaz de negar lo más banal a aquella niña que la miraba con ojos tiernos y encharcados como los de un gato, hablándole sin decirle una palabra y suplicándole desde lo más profundo de su corazón.

—¡Maricela! ¡Maricela! —llamó Ricardo al aire mientras agarraba a la niña por los hombros y se situaba a su altura como en otras ocasiones— ¡Maricela por favor, tráigame el suero negro de la despensa disuelto en agua! ¡Dese prisa!

—¿Quién es Maricela? —preguntó Alicia— ¿Por qué estás tan raro Ricardo? Hay algo que no me gusta en todo esto...

—No se alarme señorita. Confíe en mí. ¿Cuándo la he mentado?

—Nunca, pero...

—Pero nada entonces —interrumpió el mayordomo refregándola los ojos intentando que dejara de llorar—. Está bien. Vendrá conmigo, pero sé que hoy ha estado fuera y que lleva todo el día

sin comer por lo que antes de que la lleve con su abuela deberá tomarse el preparado que la está preparando Maricela.

—Está bien Ricardo. Está bien... —se conformó Alicia mientras a través del pasillo de la cocina, del mismo por el que había sacado a cuestras a su abuela, veía acercarse a una mujer de mediana edad, con mandil y gorro de color blanco, que cargaba en sus manos un gran vaso que parecía contener chocolate.

—Aquí tiene Ricardo, el suero que me ha pedido —dijo la mujer al llegar hasta donde se encontraban.

—Gracias Maricela —agradeció el pirata sin apenas mirarla.

—¿Eso es lo que me tengo que tomar? —se asombró la niña al ver la gran cantidad de líquido que contenía el recipiente.

—Sí, señorita. Y está muy rico. Lleva agua, chocolate y un ingrediente secreto. Es una bebida especial que a su abuela no la gusta que preparemos porque es muy dulce. Pero usted necesita ahora mucha fuerza para mantenerse despierta hasta que lleguemos hasta donde ella se encuentra y el azúcar la vendrá bien. Tómeselo todo.

Alicia no se lo pensó dos veces y lo ingirió casi de un trago deseando emprender la marcha como acababa de prometerle Ricardo, y alentada también por el dolor de barriga que la provocaba el hecho de no haber probado bocado desde el día

anterior. Aparte, también, de que el sabor dulzón de aquél preparado especial sabía exquisitamente delicioso.

—Muy bien Alicia. Eres muy buena. Ahora dele el vaso a Maricela y tenga cuidado de no caerse.

—¿En no caerme? ¿Por qué? —se extrañó la pequeña.

Pero Alicia ni tiempo tuvo de girarse hacia la sirvienta cuando una punzada en las piernas y en la sien la provocó que su cuerpo comenzara a fallar por completo sin que pudiera hacer nada para evitarlo, hasta desplomarse en menos de un minuto sobre el suelo mientras se cerraban sus ojos lentamente observando impotente a Ricardo perderse en la oscuridad del exterior de la mansión cargado aún con su diario en las manos; y a Maricela a su lado sosteniéndola la cabeza con la mayor de las normalidades, sin extrañarse lo más mínimo de que de repente se hubiera caído al suelo y de que se estuviera quedando pesada y profundamente dormida delante de sus propios ojos, unos azules y penetrantes tan claros y hermosos como los cielos de la mañana, hasta que escasos minutos más tarde dejó de vérselos por completo, convirtiéndose todo cuando la rodeaba en paz y sueño; un largo y sosegado sueño.

Cuando Alicia volvió a despertar habían pasado cinco días y la luz que entraba por los ventanales de su alcoba la produjo una gran molestia en

los ojos que la impidió levantarse de la cama con normalidad. Cuando lo logró y miró a través del cristal observó la villa aún bañada de blanco bajo un cielo despejado y un sol cálido. Al otro lado de la verja, más allá de los límites de la mansión, Denis no se encontraba donde todos los días. Tampoco Irene a la entrada de la casa y, mucho menos, el triciclo de su padre, el regalo que su amigo había cuidado con tanto ímpetu y que ahora era suyo, todo suyo pero que debía de ir a recoger. Algo que decidió hacer en ese mismo momento justo después de pasar por alto el largo tiempo que había estado dormida y justo, y de que todas sus neuronas se despertaran por completo y recordara bruscamente los últimos sucesos trágicos que había presenciado a la llegada del viaje al lago y que habían sido, casi con total seguridad para ella, los que la habían provocado la pérdida del conocimiento.

—¡Mi abuela! ¡Mi diario! —exclamó asustada hablando sola en mitad del cuarto— Tengo que ir a encontrar a Ricardo. ¡Me mintió! Pero, ¿por qué lo haría si el nunca miente?

La pequeña ya no llevaba puesto su adorado vestidito negro. Podía verse reflejada con una hermosa tela blanca de princesa a través del reflejo de algunos adornos situados en los extremos más bajos de las librerías que se alzaban frente a las paredes, cargadas de libros, juegos y artilugios que Clementina había puesto ahí para ella para su



gozo y algarabía, pero de los que sin embargo nunca había disfrutado.

Por un momento, y mirándolos desde el centro de la estancia con la misma atención con la que se miraba a ella también, cayó en la cuenta de que era la primera vez que prestaba tanta atención a todas aquellas cosas que, habiéndolas deseado tanto cuando su abuela la montó en el carruaje al conocerla, habían pasado a convertirse en meros adornos y en la más pura indiferencia.

Que Alicia había nacido pobre lo sabían hasta los que no la conocían. Era algo con lo que había crecido, algo que se había aferrado fuertemente a su alma y a su corazón y que se reflejaba en su cara, en sus aptitudes, en sus vestiduras e, incluso, en sus formas de diversión. Algo que la niña ya estaba segura que nunca cambiaría, tuviera todo aquello delante o viviera bajo los muros de una mansión. Algo, igualmente, que ni quería ni deseaba que cambiara ya que era el sustento diario de una felicidad construida a su manera sin fechas de caducidad, sin horas límite, sin importar si es de día o de noche, si llueve, nieva o hace calor. Una felicidad casi plena que colmaba sus jornadas desde que se levantaba hasta que caía rendida de cansancio, o desmayada, como creía que había ocurrido en la última ocasión.

Aqué! nuevo día volvía a ser uno de esos intensos. Lo primero de todo que debía de hacer Alicia era buscar a Ricardo para que la llevase junto a

su abuela. Una vez comprobase que ella estaba bien abordaría al pirata con preguntas sobre su regalo misterioso y los motivos por los que se llevó su diario. Debía también acercarse a la casa de su amigo para recoger el triciclo y continuar la lectura de su librito, si es que Denis no creía oportuna empezar ya mismo a enseñarla a leer como había prometido y, sobre todo, debía de continuar con la búsqueda de la piedra mágica investigando los arcones que la habían quedado por abrir en el oscuro y tétrico ático. Y todo ello pasaba por salir por la puerta de su cuarto, atravesar el largo pasillo superior, bajar las escaleras y contar hasta diez antes de lanzarse a la aventura. Pero cuando Alicia, al final del corredor inferior y con los ojos cerrados, en su cuenta aún llegaba por el número cuatro, el profundo e inquietante silencio la alarmó.

Cuando abrió de nuevo los ojos la mansión parecía desierta, algo que no había percibido a la salida de su alcoba y que allí, a la base de las escaleras, la erizó el bello. Aún recordaba las consecuencias de la última vez que había presenciado algo parecido, amparada en mitad de la soledad mística del cuarto de su madre. Pero al cabo de unos segundos, cuando en aquél pasado un estruendoso golpeteo en la puerta de entrada provocaría el cambio más importante de su vida, en aquella ocasión el silencio perduró. El silencio más inquietante bajo el que jamás había estado y que parecía cada vez más profundo y aterrador a me-

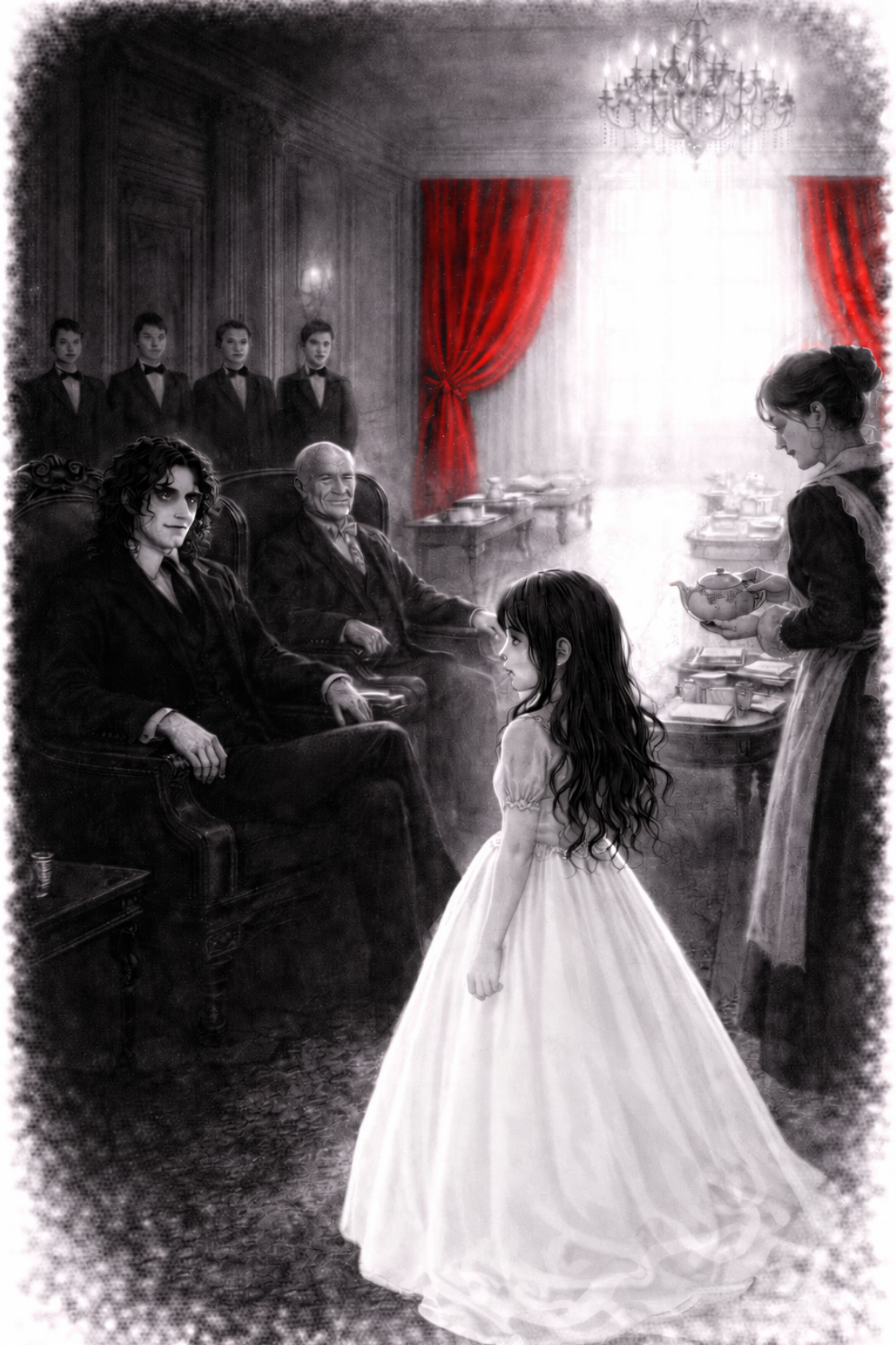
dida que se adentraba en las diferentes estancias de la planta por las que no solía ir nunca y en las que no encontró a nadie. Tampoco en la salita de estar ni en la cocina; hasta que puso pie en el gran salón y la estampa con la que se encontró, hizo que quedara inmóvil y sin aliento.

Al final de la sala, bajo una enorme y hermosa claridad, todos los sirvientes y criados de la mansión se encontraban de pies, tras varias mesitas bajas cargadas de papeles y sillones grandes en los que reposaban Ricardo y el anciano calvo, con semblantes brillantes y sonrientes y sin mediar palabra alguna.

Alicia, sorprendida, con la boca entreabierta y las pupilas más grandes que sus emociones, observó que el mayordomo, al igual que ella, no vestía como de costumbre, y cuyos nuevos ropajes más sublimes que los habituales aunque de igual tonalidad oscura le hacía parecer un señor importante en toda regla. Maricela, la mujer de ojos azules y la única sirvienta que no permanecía quieta con el resto, había comenzado a servirle con tranquilidad y sigilo una taza de té que él, al tenerla en su manos, la ofreció sin hablar y con exquisita educación al hombre mayor, el cual la recibió inclinando su cabeza en agradecimiento y diciendo:

—Gracias. Mil gracias.

—No —respondió Ricardo mientras el anciano y él separaban sus miradas y las dirigían hacia la de Alicia, que se sorprendió aún más de lo



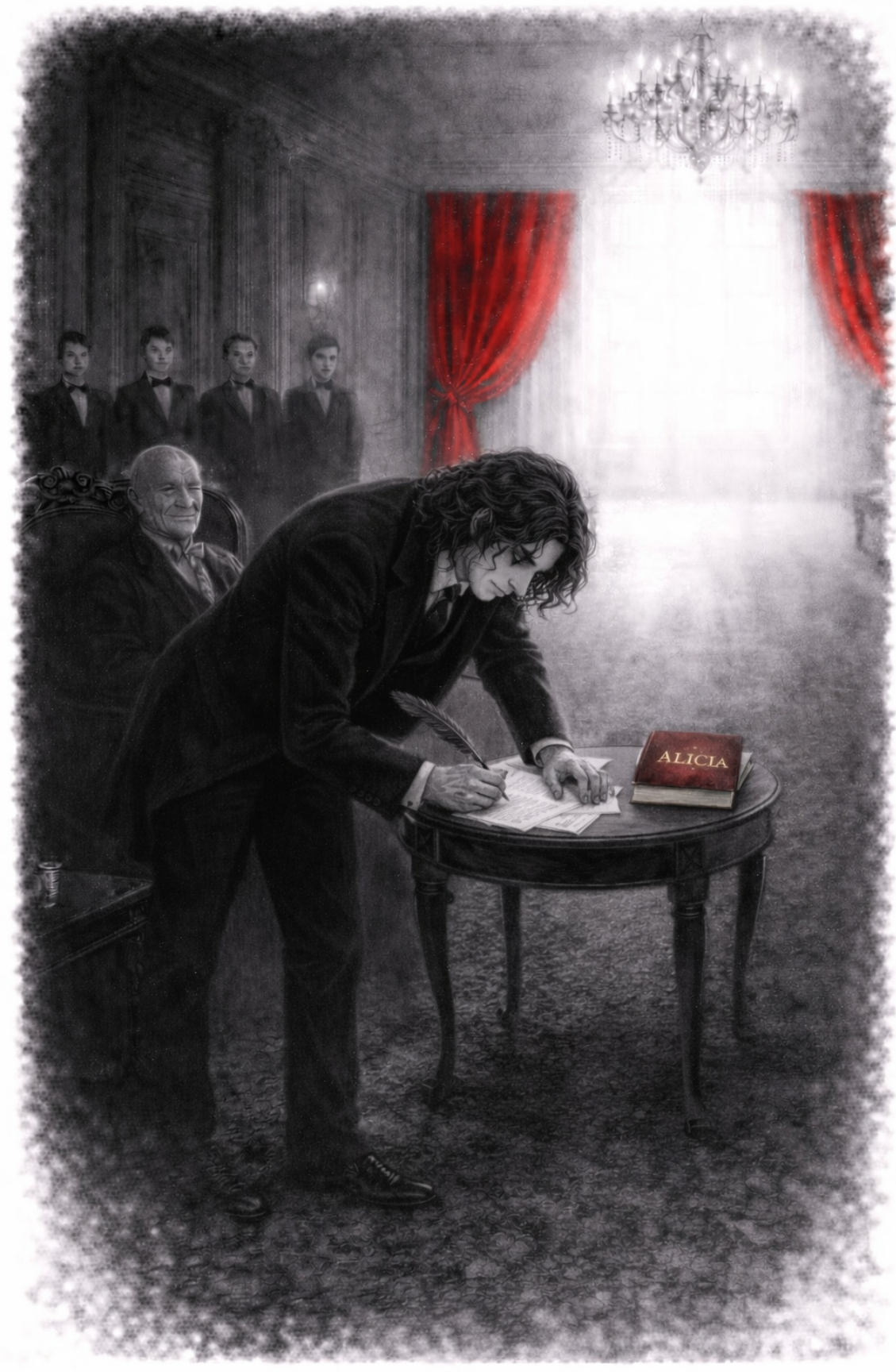
que ya estaba pensando que no se habían percatado de su presencia—. Gracias a ella, y a usted señor Ramón por todo cuanto intentó hacer y no pudo y por cuanto ahora está haciendo por nosotros.

—No es nada aún, mi querido —repuso Ramón dando pequeños sorbos a la humeante infusión—. Todavía no habré hecho nada de lo que me pueda sentir orgulloso hasta que usted firme la nueva herencia.

El anciano, dejando con dificultad la taza sobre una de las mesitas, agarró un puñado de hojas y se las entregó al melencólico Ricardo que, extrayendo una hermosa pluma de color gris del interior de su traje se dispuso a escribir algo en ellas. Cuando concluyó, entregó la pluma al señor Ramón y colocó las hojas en una mesa diferente a la que habían estado antes y sobre la que se encontraba, más deslumbrante que nunca, el diario de la pequeña Alicia, mientras con una sutil indicación a través de una de sus manos llamaba a la sirvienta a su lado.

—Maricela, haga el favor de servir una taza de té a mi hija, pero antes acompáñela a sentarse junto a nosotros.

—Muy bien señor —contestó la mujer al pirata mientras se acercaba a la niña y la agarraba de forma tierna por los hombros, mientras Alicia bajo una gran conmoción se dejaba guiar sin saber que esta vez, sin estruendo alguno, su vida iba a volver a cambiar para siempre.





Una niña analfabeta. Una familia horrenda.
Un diario que se convertirá en su salvación
a través de juegos infantiles y una imaginación inocente.
Secretos que saldrán a la luz
y que cambiarán su vida para siempre.

